



EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

# FIJOS LOS OJOS EN JESÚS, QUE INICIÓ Y COMPLETA NUESTRA FE



RÍMINI, 14-16 ABRIL 2023



# FIJOS LOS OJOS EN JESÚS, QUE INICIÓ Y COMPLETA NUESTRA FE

---

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD  
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2023

En portada: Beato Angélico, *Presentación de Jesús en el Templo*, fresco, detalle, 1442, Florencia, Museo de San Marcos. © Raffaello Bencini/Archivi Alinari, Florencia.

*«Con ocasión de los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “Fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe”, el Santo Padre Francisco le dirige un cordial saludo, deseando que estas jornadas de reflexión susciten el deseo de mirar con confianza al futuro, conscientes de que Cristo Resucitado ha cambiado el rumbo de la historia, abriendo un horizonte de esperanza para nosotros mismos, para la realidad y para el misterio de la vida. Con estos deseos, Su Santidad asegura su recuerdo en la oración y envía gustosamente su bendición apostólica, prenda de todo bien deseado».*

**Cardenal Pietro Parolin**, Secretario de Estado de Su Santidad  
13 de abril de 2023

# *Viernes 14 de abril, por la noche*

*Sergej Rachmaninov*

*Vísperas, op. 37, Aleksandr V. Svešnikov – Coro de la Academia Estatal de la URSS*

*“Spirto Gentil” n. 17, (Ricordi-BMG) Universal*

## ■ SALUDO INTRODUCTORIO

### **Daide Prosperi**

Invoquemos al Espíritu Santo para que nos conceda la sencillez de corazón de los niños, llenos de curiosidad y deseo, que no temen nada ni oponen ninguna objeción o perplejidad frente a la novedad que encuentran; y que nos haga estar disponibles para acoger los frutos de Su acción, para que ella pueda regenerarnos en el camino de estos días.

### *Desciende Santo Espíritu*

Comienzo dando lectura al telegrama del Santo Padre:

«Con ocasión de los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “Fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe”, el Santo Padre Francisco le dirige un cordial saludo, deseando que estas jornadas de reflexión susciten el deseo de mirar con confianza al futuro, conscientes de que Cristo Resucitado ha cambiado el rumbo de la historia, abriendo un horizonte de esperanza para nosotros mismos, para la realidad y para el misterio de la vida. Con estos deseos, Su Santidad asegura su recuerdo en la oración y envía gustosamente su bendición apostólica, prenda de todo bien deseado. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

Estos días seguirán los Ejercicios espirituales, junto a nosotros que estamos en Rímíni, amigos conectados desde Italia y más de 30 países. En las próximas semanas tendrán lugar los Ejercicios en otros 69 países.

Ha pasado un año desde los últimos Ejercicios de la Fraternidad predicados por el padre Mauro Lepori (Abad general de la Orden Cisterciense), y estoy realmente contento de que este año vuelva a acompañarnos en las meditaciones de estos días. Le agradezco de corazón en nombre de toda la Fraternidad su valiosa disponibilidad. Creo que el año pasado fue bien la cosa *[aplausos]*.

¿Por qué estamos aquí otra vez? ¿Por qué hemos vuelto?

Ha sido un año considerablemente intenso, lleno de acontecimientos y provocaciones importantes en nuestra vida. Los Ejercicios del año pasado marcaron un paso fundamental en nuestro camino: estábamos aún inmersos en discusiones e interpretaciones sobre la situación que estábamos atravesando cuando el padre Mauro volvió a situarnos con fuerza delante de las palabras que Jesús dirigió a Marta: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria»<sup>1</sup>. Palabras que sonaron para nosotros como una pregunta: ¿dónde podemos encontrar en nuestra experiencia cotidiana esta única cosa necesaria?

El primer dato que podemos reconocer es que durante el camino recorrido estos meses hemos estado acompañados. El propio don Giusani, con esa discreción que recordarán los que lo conocieron, nos ha acompañado en el sufrimiento dramático que hemos afrontado. No lo digo de manera fideísta, sino cargado de razones. Es decir, lo digo pensando en lo difícil que habría sido navegar a través de la tempestad del último año y medio si no hubiéramos estado acompañados –por una feliz y tal vez nada casual coincidencia– por la memoria incesante de don Gius, que las celebraciones por el centenario de su nacimiento han reavivado potentemente entre nosotros durante todo este tiempo. Celebraciones que, entre otras cosas, nos llevaron hasta la plaza de San Pedro el 15 de octubre, como bien recordamos, convocados por el Santo Padre. ¡Menudo cambio supuso el encuentro con el Papa! Para los que participaron con sencillez, fue realmente un nuevo inicio. Cuántos volvimos a empezar allí abandonando dudas e incertidumbres, con el corazón henchido de promesa y relanzados a una tarea fascinante. Volvimos a levantar la mirada, que se había replegado un poco hacia nuestros asuntos internos, para fijarla de nuevo en los ojos de Aquel que, a través del carisma de don Gius, nos ha elegido para cosas grandes. Pedro, con la fuerza que Dios otorga a sus ministros en la Tierra, nos levantó y nos devolvió la certeza de que somos queridos, amados, estimados. Pudimos recordar la palabra que también a nosotros, igual que hizo con el profeta Jeremías, nos dirige Dios: «Con amor eterno te amé», dice el Señor, «y nunca te abandonaré»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Lc 10,41-42.

<sup>2</sup> Cf. Jer 31,3.

Luego trabajamos durante tres meses sobre las palabras que el Papa nos dijo ese día, encontrando en ellas algunas indicaciones fundamentales sobre la mejor manera de vivir con madurez la gran responsabilidad que se nos ha confiado, que es la de contribuir con nuestra vida y con nuestra comunión para que fructifique el carisma que a través de don Giussani Dios ha confiado a la Iglesia. Así hemos podido experimentar en nuestra piel qué significa lo que veíamos este verano en la Asamblea internacional de Responsables y que luego trabajamos en nuestras comunidades hasta la audiencia con el Papa: la co-esencialidad entre carisma e institución. O, como decía el Santo Padre, entre «el carisma y la autoridad, que son complementarios, ambos necesarios»<sup>3</sup>.

Como recordaréis, este verano retomábamos por analogía las figuras de Pedro y Juan, y concluía la introducción de la Asamblea de Responsables con dos preguntas. En un primer momento nos preguntábamos por qué el Señor había querido que existiera esa tensión irreductible en la comunión entre carisma e institución, una unidad en la que se da una tensión tal que no existe un punto único por el que pase toda la profecía, toda la gracia, toda la acción del Espíritu. La respuesta a esa pregunta hoy nos parece más clara por la experiencia que hemos vivido caminando juntos, asistidos paternalmente por la autoridad de la Iglesia. La segunda pregunta, si recordáis, se quedó un poco en suspenso: si es cierto que Juan era el más carismático, nos preguntábamos, ¿por qué no elegirlo a él en vez de a Pedro como guía última de la Iglesia? ¿Por qué no elegir al discípulo «que Jesús amaba» (como dice el evangelio)?<sup>4</sup> Hoy, a la luz de las palabras del papa Francisco, creo que podemos comprender al menos en parte el significado de la elección de Jesús. Creo que todos llevamos grabada aún en la memoria la voz de don Giussani resonando en la plaza de San Pedro y haciendo vibrar nuestro corazón con uno de sus potentes comentarios al «sí de Pedro»<sup>5</sup>. Ese «sí» tan pobre, sencillo y al mismo tiempo grandioso, porque es capaz de vencer sobre el sentimiento de indignidad y pequeñez que invade

<sup>3</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. de *Huellas*, n. 10/2022, p. 17.

<sup>4</sup> Cf. *La vida: respuesta a Otro que me llama*, Apuntes de la síntesis de Davide Proserpi en la Asamblea internacional de responsables de Comunión y Liberación, La Thuile (AO), 30 de agosto de 2022, *clonline.org*

<sup>5</sup> Cf. *Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación*, 1989, Rimini, transcripción de uno de los vídeos presentes en la muestra virtual GIUSSANI100; recogido en L. Giussani, *La verdad nace de la carne*, a cargo de Julián Carrón, Encuentro, Madrid 2020, pp. 115-116.



el corazón de Simón. Pues bien, cuando el Papa habló de la humildad como condición indispensable para responder de forma adecuada a la llamada del momento presente, no pude evitar oír en esa insistencia de Francisco el eco de la voz de don Gius hablando de Pedro, ese arisco pescador al que el Señor, al confiarle la inmensa responsabilidad de su Iglesia, no le hace más que una sola pregunta: «¿Me amas?», «¿me amas?».

Durante estos meses he visitado muchas de nuestras comunidades en todas las regiones de Italia y también en el extranjero. He podido comprobar que la preocupación del Santo Padre nos sugiere el camino para que pueda surgir ese «potencial» del carisma que, como él nos decía, está «todavía en gran parte por descubrir»<sup>6</sup>. Es un punto que considero muy importante, así que permitidme que profundice en ello un momento.

¿Qué es la humildad, esa humildad de la que habla el Papa? La humildad no es decir: «No valgo nada, no soy nada» sino que, por el contrario, la humildad es decir: «No soy nada, pero Tú eres más fuerte que mi nada, que mi pequeñez; y si me llamas a grandes cosas, aquí estoy; frágil y limitado como soy, aquí estoy. Sí, Señor, tú sabes que te amo, estoy contigo, consciente de que solo con tu ayuda, solo si Tú estás conmigo, puedo hacer lo que me pides». En definitiva, la humildad es reconocer que no tengo más que este «sí». Y sin embargo, este «sí» basta si mientras lo digo no me pongo a pensar que puedo hacerlo con mis fuerzas, si mientras lo digo soy totalmente consciente de que sin Su ayuda constante no podré avanzar ni un metro. Para mí la humildad es esto.

Pero justamente esa primera pregunta que Jesús le hace a Pedro me ha ayudado a reflexionar este año. Para ser precisos, la primera vez Jesús no le pregunta a Pedro: «¿Me amas?» sin más, sino: «¿Me amas más que estos?»<sup>7</sup>. Imaginemos la escena: seguro que por ahí cerca estaba también Juan, y Jesús le pregunta: «¿Me amas más que estos? ¿Me amas más que él? Él, que estuvo al pie de la cruz acompañando a mi madre rota de dolor mientras me crucificaban, después de que tú acababas de negarme tres veces. Él, que reclinó su cabeza sobre mi corazón en el gran momento de la Última cena, el único al que confesé la identidad del traidor. Él que, cuando estaba en el sanedrín y me procesaban, me insultaban, me escupían y me abofeteaban, estaba allí conmigo, siempre cerca. Él que, mientras tú me

<sup>6</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 15.

<sup>7</sup> Jn 21,15.

negabas, tuvo el coraje de decir que era uno de los míos, que me pertenecía». «¿Me amas más que él? ¿Puedes afirmarlo?». ¡Está claro que a *esta* pregunta Pedro no podía responder con un «sí», con ese «sí»! De hecho, él no responde a esta parte de la pregunta. Cualquier comparación, cualquier medición sobre quién es mejor, más bueno, más amante o más inteligente ya no cuenta, ya no tiene importancia. Más aún, no solo ya no importa, sino que así es aún más bonito: la humillación de la comparación se transforma justamente en un valor positivo, porque es como si hiciera el «sí» de Pedro mucho más humilde, es decir, claramente consciente del hecho de que él es elegido no por ser el mejor sino a pesar de su indignidad y pequeñez frente a una tarea para la que en el fondo nadie (¡ni siquiera Juan!) está a la altura.

Se empieza así a intuir al menos una de las posibles respuestas a la famosa pregunta: ¿por qué Pedro y no Juan? La respuesta que en estos meses me ha resultado cada vez más clara es la siguiente: porque nadie más ni mejor que él, el que le negó, podía tener claro que, para hacer bien su tarea, necesitaba no solo la gracia de Jesús sino también la contribución de Juan, de Andrés, de Pablo y de todos los demás.

Creo que esto mismo es verdad para nosotros: yo necesito al Señor, desde luego –y de qué manera!–, pero también te necesito a ti. Porque si no reconociera que te necesito a ti, además de al Señor, fácilmente acabaría pensando que yo soy el único mediador de la gracia de Jesús, cayendo en el personalismo y en la autorreferencialidad de los que la Iglesia nos advierte. De ahí nuestra insistencia este año en centrar la mirada en nuestra *comunión*. Sin esta humildad, la humildad que nos hace conscientes de que necesitamos los unos de los otros, aun dentro de un seguimiento claro y nítido de la autoridad indicada, todos podemos caer presos de nuestra parcialidad, de nuestros particularismos.

Proseguía el papa Francisco: «Esta actitud de humildad la resumiría con dos verbos: *recordar*, es decir, llevar de nuevo al corazón, recordar el encuentro con el Misterio que nos ha conducido hasta aquí; y *generar*, mirando adelante con confianza, escuchando los gemidos que el Espíritu hoy nuevamente expresa. “Al hombre humilde, a la mujer humilde no solo le interesa el pasado, sino también el futuro, porque sabe mirar hacia adelante, sabe contemplar las ramas con la memoria llena de gratitud. El humilde genera, invita y empuja hacia aquello que no se conoce”»<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 14.

Se realiza así «el milagro del cambio», que solo el seguimiento de Cristo hace posible en nuestra vida, como hemos visto en la Escuela de comunidad de estos meses. «Al hombre no se le pide más que mantener fiel y lealmente vivo el deseo y la voluntad de ser humilde y obediente ante la grandeza del Ser que lo hace»<sup>9</sup>.

La presencia de Cristo entre nosotros es lo que vence con el tiempo nuestras fragilidades, nuestras pequeñeces, nuestras mezquindades. No porque las elimine por arte de magia, sino porque, con el tiempo, hace que no sean determinantes, las redimensiona continuamente. Y por eso puede dominar cada vez más entre nosotros el apego a Cristo. Este apego es, en efecto, el único camino verdadero hacia la *unidad*, hacia la victoria de la unidad sobre la división.

Justo después de la audiencia del 15 de octubre, os escribí estas palabras: «Nuestra tarea se ha concretado: la propuesta educativa de los próximos años tendrá como finalidad fijar los pasos del camino trazado por el Santo Padre. Cuanto más dispuestos estemos a seguirle, tanto más nuestra compañía, siendo fiel al carisma recibido, será un lugar vivo, lleno de luz, de unidad y de esperanza para la Iglesia y para la humanidad entera, y más podrá corresponder –con todos los límites de nuestras pobres personas– a las expectativas que el papa Francisco nos ha expresado con vigor paterno: “La Iglesia, y yo mismo, espera más, mucho más”»<sup>10</sup>.

Los Ejercicios que nos disponemos a realizar son una etapa fundamental en este camino, considerando también la recomendación que nos ha dirigido estos meses el prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, el cardenal Kevin Farrell –al que agradezco que esté aquí estos días viviendo con nosotros estos Ejercicios espirituales–, su recomendación –decía– sobre la importancia de una formación adecuada sobre la cuestión del carisma. Por ello, junto al padre Lepori y los amigos que guían nuestra compañía, nos parecía útil para el camino espiritual de la Fraternidad dedicar el gesto de los Ejercicios, y el trabajo que retomaremos después en los grupos de Fraternidad, a profundizar en las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad– a través de la mirada particular de nuestro carisma. Estas virtudes llenan al hombre del

<sup>9</sup> L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 68.

<sup>10</sup> D. Prosperì, *Carta a todo el movimiento después de la Audiencia con el papa Francisco*, Milán, 20 de octubre de 2022, [clonline.org](http://clonline.org)

amor de Cristo y lo hacen capaz de vivir plenamente en relación con Dios. Esto fundamenta y determina la acción del cristiano. Giussani habló y escribió muchísimo sobre este tema, como sabemos. Pensemos, por ejemplo, en el contenido de textos como *¿Se puede vivir así? o Si può (veramente) vivere così?*

Este año fijamos nuestra atención en la fe. ¿Qué es la fe? ¿Qué experiencia tenemos de la fe y cómo podemos experimentarla en nuestra compañía?

Para empezar este gesto, me permito proponeros las palabras que don Giussani dirigía a un pequeño grupo de amigos reunidos como nosotros en los Ejercicios espirituales de 1968. Son palabras que ya nos propuso escuchar Julián en la Jornada de apertura de curso de 2018 de viva voz del Gius. ¡Parecen pensadas y dichas para nosotros hoy! Decía Giussani:

«La fe es lo que nosotros buscamos, la fe es aquello en lo que queremos penetrar, la fe es lo que queremos vivir. A nuestro alrededor parece que todo colabora, que todo es connivente con una fuerza activa que trata de eliminar, de arrancar o de vaciar la fe, que trata de reconducirla a categorías puramente racionales, naturalistas, fuera y dentro del mundo cristiano. Ahora dentro, además de fuera. Es la fe auténtica, o la autenticidad de la fe, lo que nosotros buscamos. No buscamos otra cosa. Justamente por eso, el discurso de estos días y el trabajo de estos días indican algo en lo que cada uno de nosotros arriesga, arriesga su persona. Por eso hemos tratado de ser claros en la intención antes de venir aquí. Estamos preparados para hablar con todo el mundo, para ir a cualquier lugar del mundo, pero necesitamos una casa, necesitamos un lugar en donde la palabra sea palabra, “expresión”, en donde la relación sea “corazón”, sea cordial, en donde la compañía sea positiva, en donde las palabras tengan un sentido y las intenciones tengan un sentido, el pan sea pan y el agua sea agua»<sup>11</sup>.

Ahora podemos responder a la pregunta inicial: ¿por qué estamos aquí otra vez? Para mendigar Su presencia.

Dispongámonos, pues, a la escucha, en la forma a la que nos reclamaban las palabras del Papa que acabamos de recordar: «El humilde genera, invita y empuja hacia aquello que no se conoce».

---

<sup>11</sup> «Introducción de Luigi Giussani en los Ejercicios espirituales del Centro cultural C. Péguy (Varigotti, 1 de noviembre de 1968)», en J. Carrón, *¡Vivo quiere decir presente!*, supl. de *Huellas*, n. 9/2018, Madrid 2018, p. 4.

■ INTRODUCCIÓN  
Mauro-Giuseppe Lepori

«*Mis ojos han visto a tu Salvador*»

**Reavivar el carisma**

En la *Vida* de san Bernardo de Claraval se narra que, para despertar el deseo de conversión, se repetía a menudo la pregunta: «*Bernarde, ad quid venisti?* – Bernardo, ¿para qué has venido?»<sup>12</sup>. No se trata de preguntárselo para lamentar la pérdida de la pasión inicial, o para tratar de reavivarla de forma voluntarista, sino para redescubrir la conciencia de que ese fuego inicial sigue siendo un misterio escondido en nuestra vida, en la vida de una comunidad o en la de una relación como la matrimonial.

San Pablo escribe a Timoteo: «Evoco el recuerdo de tu fe sincera, la que arraigó primero en tu abuela Loide y en tu madre Eunice, y estoy seguro que también en ti. Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos»<sup>13</sup>.

Timoteo es todavía joven, y sin embargo Pablo lo invita a no demorar el compromiso de avivar el fuego del don de Dios (literalmente, del *carisma* de Dios) que habita en lo más profundo de su ser. La «fe sincera» que ha recibido por tradición de su abuela y de su madre y el don sacramental de su vocación, recibido por la imposición de las manos de Pablo, no son realidades que haya que buscar con nostalgia en el pasado, como cuando uno vuelve a ver el álbum de las fotos de aquellos días memorables, sino brasas ardientes que tenemos la responsabilidad de reavivar, de atizar (literalmente, el término griego se podría traducir por «renovar la vida del fuego», del fuego de Dios).

La pasión inicial, el fervor, el ardor del primer encuentro, del «amor primero», como se dice en el Apocalipsis<sup>14</sup>, la sinceridad de una fe sincera, no hipócrita, no cubierta por el polvo de las interpretaciones, de las teorizaciones... todo esto se puede reavivar, se puede atizar otra vez.

<sup>12</sup> Guillermo de Saint-Thierry, *Vita prima*, I, 4; PL 185, 238.

<sup>13</sup> 2 Tim 1,5-6.

<sup>14</sup> Ap 2,4.

¿Por qué? Porque permanece, no se apaga. ¿Cómo es posible? ¡Porque no soy yo quien ha encendido todo esto, quien se lo ha dado a sí mismo! Se trata de un «carisma de Dios», de un don de la gracia de Dios, de una manifestación del Espíritu Santo. Por eso, cuando uno se da cuenta de que, por el contrario, ha dejado que las brasas se cubrieran con infinitas capas de cenizas, de obiedad, de olvido, de distracción, de descuido, entonces uno puede darse cuenta de repente de cuánta ceniza recubre la relación con su mujer, con su marido, con su comunidad, con su vocación, con la compañía de personas inherentes al carisma que ha encontrado, o con los sacramentos que ha recibido, desde el bautismo en adelante, y que se siguen recibiendo.... Cuando uno se da cuenta de todo esto, ¿qué debe hacer?

Bastaría con recobrar la conciencia de que el carisma, bajo todo esto, está ahí, está vivo, arde. No porque nosotros seamos de algún modo capaces, ¡sino porque Dios es misericordioso y fiel! El carisma es «don gratuito de Dios» y, como escribe san Pablo a los Romanos a propósito de la elección de Israel, «los dones y la llamada de Dios son irrevocables»<sup>15</sup>. Por su naturaleza, Dios no puede retirar un don porque en Él, que es Amor, todo es gratuito. Para Dios, revocar un don sería como renunciar a ser Él mismo. En cierto sentido, el infierno es el “depósito eterno” de los dones irrevocables de Dios.

Un carisma, una vocación, una gracia, pero también y sobre todo el don de la vida, el don de la existencia, de ser quienes somos, de tener un alma, no son nunca dones que haya que «rehacer» o «recrear», sino dones que reavivar, que atizar.

Y esto hay que hacerlo siempre y en cualquier caso, aunque uno sea casi un santo. Timoteo era un discípulo excelente y un excelente joven pastor. Sin embargo, Pablo le recomienda que reavive el carisma que ha recibido, incluso el sacramental, porque esto nunca es algo obvio, y no puede serlo, porque el carisma es el don de Otro. Pablo escribe esta carta a Timoteo probablemente durante su último encarcelamiento, por tanto entre los años 58 y 62 después de Cristo. Es decir, unos treinta años después de Pentecostés. Es como si para nosotros la muerte y resurrección de Jesús, y el Pentecostés que se produjo cincuenta días después, hubiesen sucedido en torno a 1993. Nos creemos que al princi-

---

<sup>15</sup> Rom 11,29.

pio la comunidad cristiana vivía del carisma de Pentecostés como si tal cosa. En realidad, desde el principio los apóstoles tuvieron que renovar siempre la invitación a reavivar el don del Espíritu, a no entristecerlo<sup>16</sup>, a no apagarlo<sup>17</sup>. Y en esto vemos que Pentecostés no fue una descarga de energía que mantiene a la Iglesia en marcha hasta la Parusía, sino que ella, al igual que Cristo, es un acontecimiento siempre presente que la libertad debe acoger constantemente y dejar actuar. Y en esto consiste precisamente el reavivar el carisma al que siempre nos invita la Iglesia.

### **«Reaviva en ti»**

Pero, ¿cómo ocurre esto? Debemos admitirlo: todos padecemos una incapacidad estructural para mantener vivo el fuego del carisma que llevamos dentro. Cuanto más creemos que se mantiene encendido, más vemos que se apaga, que se cubre de cenizas, que produce más humo que llama. ¡Qué padre tan tierno era san Pablo para Timoteo, su discípulo predilecto, y para muchos otros! Es como si le escribiese: «Timoteo, no te escandalices si percibes una y otra vez cómo disminuye el fervor del don de Dios que has recibido, si en el desgaste de los días y del ministerio sientes que decae esa pasión que al principio te parecía que nunca se apagaría. No te sorprendas de ser así. Lo que puedes hacer es comenzar de nuevo cada día a reavivarlo, a reavivarlo en ti, en ti en primer lugar, ¡y esto es lo que lo reavivará también en las personas que se te han confiado, en las comunidades de las que eres responsable y en el mundo entero!».

Con frecuencia tenemos una idea del carisma como si fuese una especie de manto que se lanza sobre un determinado grupo de personas, y creemos que para permanecer fieles al carisma debemos estar atentos a no salirnos del manto o, si lo preferís, del recinto. En cambio, igual que el día de Pentecostés, el don de Dios es un viento que sopla con fuerza y que envuelve a todos los presentes, sí, pero el fuego que emana de él se posa sobre cada uno de ellos, una llama para cada uno, como si el Espíritu la depositara con cuidado y atención maternales. El Espíritu elige para cada uno el modo y la forma en que el carisma se posa sobre él. El don de Dios es el único Espíritu, pero se puede percibir y vivir cuando

---

<sup>16</sup> Cf. Ef 4,30.

<sup>17</sup> Cf. 1Tes 5,19.

es acogido personalmente por cada uno. Y es en cada corazón donde cada uno reconoce el carisma específico que recibe una compañía, un pueblo de personas. En el fondo, la comunión que liga a muchas personas en un carisma particular solo se puede reconocer en el corazón de cada miembro. Es en cierto modo lo que se dicen los dos discípulos de Emaús: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»<sup>18</sup>. El corazón de ambos testimoniaba el carisma que los unía.

«Reaviva en tí». La conciencia de que el don de Dios, aunque sea común, debe ser reavivado en cada uno de nosotros para reavivarlo entre todos es fundamental para permanecer unidos en un camino vocacional, en una misión. Cuántas veces, por ejemplo en el matrimonio o en las comunidades, nos quejamos de que se ha apagado el don inicial, y nos detenemos ahí quejándonos de que los demás no colaboran para reavivar el carisma. ¡Ojalá entendiésemos, en cambio, lo potente que es la libertad individual que parte humildemente de sí misma, que empieza a reavivar en sí el don recibido! Es realmente como atizar un fuego, y el fuego, cuando arde, se comunica por su propia naturaleza. ¡Cuando el Espíritu Santo aferra a una persona, aunque sea la más insignificante, aunque sea como una pequeña paja, da comienzo a un incendio! Pero es el Espíritu, el Fuego, lo que se difunde, no la paja o la leña que permite que arda.

Por eso, la responsabilidad con respecto a un carisma grande para la Iglesia y la gloria de Cristo en el mundo es total en cada uno de nosotros, se juega en cada uno por entero.

Quiero subrayar esto porque a menudo nos encontramos con personas que se quejan del empobrecimiento del carisma en su conjunto, o bien en los responsables, pero que después no se plantean la cuestión de qué ha sido del carisma en su relación con su mujer o su marido, con los hijos, con el trabajo, con la decisión de implicarse en la política, con el uso de su dinero, con el modo de escuchar las noticias y de reaccionar ante ellas, con el modo de gestionar el tiempo, con la oración, etc. Es en esa capilaridad personal donde un carisma vive o no vive, aunque sea el más importante en la historia de la Iglesia.

Como os decía el Papa en la audiencia del 15 de octubre: «Junto al servicio de la autoridad es fundamental que, en todos los miembros de

---

<sup>18</sup> Lc 24,32.



la Fraternidad, permanezca vivo el carisma, para que la vida cristiana conserve siempre la fascinación del primer encuentro»<sup>19</sup>.

En resumen, ¡el carisma se reaviva en nuestros corazones! Y cuando hacemos gestos como estos Ejercicios, la audiencia del Papa, los grandes Meeting, todo está vivo si el carisma se reaviva en mí, en ti, en cada uno de nosotros.

## **Una plenitud humana extraordinaria**

El Evangelio, el Nuevo Testamento, está lleno de ejemplos de personas que vivieron esto de forma extraordinaria, y sin embargo sencilla, para que se nos pudiese transmitir la belleza fascinante de una humanidad nueva.

Tomemos al anciano Simeón, que aparece el día de la presentación del niño Jesús en el Templo de Jerusalén, cuando tenía cuarenta días.

«Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

“Ahora, Señor, según tu promesa,  
puedes dejar a tu siervo irse en paz.  
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,  
a quien has presentado ante todos los pueblos:  
luz para alumbrar a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel”.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción –y a ti misma una espada te traspasará el alma–, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones”»<sup>20</sup>.

Cada noche, el cántico de Completas viene a resumir, a recoger, y a menudo a recuperar el sentido de nuestro día, recordándonos que el día

---

<sup>19</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 17.

<sup>20</sup> Lc 2,25-35.

tiene sentido si en él vivimos el sentido de toda nuestra vida, que consiste en desear y abrazar a Jesucristo. Toda la vida vale, tiene sentido, se nos da, se nos pide solo para esto: para desear y esperar a Cristo y para abrazarlo en la sencillez de su venida en la carne: un Niño de cuarenta días que cabe en nuestros brazos, que cabe acurrucado en nuestro pecho, es decir, que cabe en el afecto de nuestro corazón, que cabe por entero en nuestra mirada. *Cabe*, no solo en el sentido de las dimensiones de su pequeño cuerpo. Cabe en el sentido de *querer estar con nosotros* como misteriosa voluntad, misteriosa libertad de Dios que consiente en estar con nosotros, que lo quiere, que se entrega para llenar nuestros brazos, nuestro corazón, nuestra vida, el espacio humano de nuestra vida.

Simeón dejó toda su vida libre, vacía, sedienta para esto, para este abrazo que lo llena, que lo cumple. Para este abrazo más allá del cual solo existe la eternidad del abrazo del Padre.

### **Un don del Espíritu que nos permite abrazar a Cristo**

Veremos que la fe es esto, debe ser esto para no resultar abstracta, para no ser solo una idea, una convicción cerebral o sentimental.

Pero lo que me apremia que entendamos esta noche, favorecidos –¡así lo espero!– por el silencio con el que entraremos en la noche y viviremos estos días, es que el abrazo de Simeón y su confesión de fe –«¡Él está aquí! ¡Él es la salvación! ¡Él es la luz del mundo!»– constituye el comienzo de un carisma del Espíritu Santo que llena su frágil persona y tiene dimensiones universales.

En este episodio es evidente que *el carisma es siempre un don del Espíritu que nos permite reconocer y abrazar a Cristo*.

Hasta tres veces subraya Lucas en tres versículos distintos la obra del Espíritu en este hombre anciano. No sabemos quién era ni a qué se dedicaba en la vida. Considerarlo como sacerdote es una tradición que no encuentra fundamento alguno en este Evangelio. Simeón era simplemente un hombre, un hombre educado en el pueblo de Dios, moldeado por la Ley y por los profetas, por el deseo de salvación, de luz, de santidad, es decir, de Dios, que llenaba su corazón, vaciándolo de todo lo demás. Un hombre, como dice el Evangelio, «justo y piadoso»<sup>21</sup>, es

---

<sup>21</sup> Lc 2,25.

decir, un hombre consciente de que, a pesar de la tendencia al pecado que hay en nosotros, estamos hechos para un designio verdadero sobre nosotros, un designio bueno para nosotros, para una justicia, un ser justos, un estar en armonía, que es lo único que le permite al corazón encontrar paz, lo único en lo que el corazón puede encontrar una verdad sobre sí mismo que pueda no solo conocer sino experimentar.

Simeón sabía que el hombre y la mujer fueron creados justos (que la criatura humana fue creada justa), en perfecta armonía con el Creador y con toda la creación, dentro de un amor que armoniza todo en la belleza de la luz de Dios, porque estaban hechos a su imagen y semejanza<sup>22</sup>.

Pero Simeón también conocía y experimentaba en sí mismo toda nuestra limitación para restablecer esa justicia, para armonizarnos con Dios, entre nosotros, entre el hombre y la mujer, para armonizarnos con toda la creación. Por eso era «piadoso», es decir, anhelaba con todo su ser una salvación que no podía darse a sí mismo. Anhelaba un salvador. Y hasta que lo encontró, toda su justicia, la verdad de la posición justa de su persona, se concentraba en el deseo, en la petición, en la espera de Aquel que encarnaría el consuelo de Israel.

«Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él»<sup>23</sup>. ¿Puede haber un retrato más completo que este de lo que es un hombre verdadero? ¡Qué humanidad tan plena la de aquel que desea la justicia consciente de que tiene que esperarla y recibirla de Otro, y que la desea como un bien para todo el pueblo, como un consuelo para todo el pueblo! Por eso Dios le responde y se complace en esa verdad humilde y total de sí, dándole la compañía del Espíritu, que es la comunión de Dios, en Dios. Dios se complace tanto en la verdad humana de un deseo sincero de salvación que la cubre con la sombra del Espíritu como para protegerla, como para no dejar que se apague esa pequeña llama a la que el mundo entero amenaza, a la que todo tiende a apagar en el corazón del hombre.

Simeón esperaba y el Espíritu vino sobre él. Esperaba y el Espíritu acudió enseguida a avivar en él ese don, el don de un corazón inquieto por el deseo de Dios y del consuelo del pueblo.

---

<sup>22</sup> Cf. Gén 1,26-27.

<sup>23</sup> Lc 2,25.

Esto nos recuerda que *el primer carisma del hombre, el primer y fundamental don de Dios en nosotros, es el corazón que está hecho para encontrarse con Cristo*, el corazón inquieto por Dios. El primer (y en el fondo, el único) carisma es «haber sido hechos para Dios», un carisma ontológico, que coincide con nuestro ser, pero cuya conciencia se refleja en la inquietud: «Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti»<sup>24</sup>.

Se trata de un carisma ontológico, estructural, pero también histórico, existencial, que repercute en todo lo que sucede en la vida y en el mundo.

### **La familiaridad con el Espíritu Santo**

Para Simeón, la complacencia de Dios por su deseo se reflejaba en una familiaridad, una amistad. De hecho, el Espíritu le habla, no importa cómo, y mueve sus pasos, lo empuja y acompaña: «Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo»<sup>25</sup>. Simeón vivía cara a cara con el Espíritu Santo.

Nosotros estamos un poco acostumbrados a tratar al Espíritu como a un extraño o como a un soplo sin rostro. No estamos habituados a vivir una familiaridad con Él, a tener una relación con Él, por tanto a dialogar con Él y a caminar con Él. Y sin embargo, Él lo hace con nosotros, nos trata así. Es evidente que la familiaridad con el Espíritu Santo condujo a Simeón al encuentro y a la familiaridad con Jesús, porque el Espíritu Santo es la familiaridad de Dios y en Dios. El Espíritu Santo es el don de Dios por excelencia, es el don absoluto de Dios, es Dios que nos entrega el don de Sí mismo en la Trinidad. Quien acoge grandes carismas, y quiere acogerlos hasta el fondo del don que son para la Iglesia, no piensa tanto en la acogida del carisma específico en cuanto tal, sino en la acogida del Espíritu en cuyo don se contienen y se donan todos los carismas. Por eso estas personas tienen familiaridad con el Espíritu, sobre todo en la forma de la petición. ¡Cuánto nos insistía don Giussani en la invocación «*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*»! Desvelaba y transmitía una familiaridad con el Paráclito que nunca aprenderemos suficientemente.

<sup>24</sup> San Agustín, *Confesiones*, I, 1,1.

<sup>25</sup> Lc 2,26-27.

Quien quiere acoger un carisma particular de un fundador, desvirtúa el carisma mismo, lo reduce a «algo», normalmente a un conjunto de reglas, actitudes y palabras, si no acoge del fundador la familiaridad con el Espíritu Santo que anima todo carisma de vida divina, de gracia y que nos familiariza con Cristo. Y desde Pentecostés la Iglesia ha entendido siempre que la mejor y más íntima familiaridad que podemos tener con el Espíritu Santo es la de la Virgen María, la que se vive a través de la Virgen, la que los apóstoles hicieron suya en primer lugar. Sí, «*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*».

### **Movidos por el Espíritu hacia Cristo**

Simeón fue al Templo aquel día «movido por el Espíritu». Pero no como una marioneta teledirigida desde arriba. ¿Por qué Simeón es tan dócil al Espíritu? ¿Tal vez porque es su esclavo? No, es dócil porque quiere alcanzar la plenitud de vida que el Espíritu le ha prometido. El Espíritu nos mueve hacia nuestro cumplimiento, nos mueve hacia Cristo. Mueve la inquietud del corazón hacia su paz. Como explica san Pablo, otro gran familiarizado con el Espíritu Santo y amigo suyo: «El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios»<sup>26</sup>.

Nosotros somos incapaces de desear de modo puro, sincero, lo que cumple nuestro corazón, lo que más vale de la vida, aquello para lo que existimos. No necesitamos solo el cumplimiento, sino la decisión de perseguirlo, el camino para alcanzarlo y el encuentro para abrazarlo. Es el Espíritu quien, por gracia de Dios, por la misericordia del Padre, nos da todo esto a lo largo de nuestra vida, a través de etapas y caminos misteriosos. Y cuando uno llega a Cristo, entiende que todo cobra sentido, que había una guía a través de todo este bosque lleno de oscuridades e insidias: la guía del Espíritu Santo, que habla al corazón, que indica el camino, nos mueve a seguirlo y nos conduce a la meta. ¡Esta era la guía que nos llevaba a Cristo!

---

<sup>26</sup> Rom 8,26-27.

¿Nos hemos parado alguna vez a mirar hacia atrás, a reconsiderar nuestro camino? ¿Nunca nos hemos dado cuenta de que alguien nos guiaba de forma misteriosa a través de mil instrumentos: una palabra, un encuentro, una lectura, una experiencia, un dolor, una desilusión, una caída, o un asombro, una emoción ante la belleza, la bondad o la verdad?

Quizá nunca le hemos dado las gracias al Espíritu Santo por todo esto. Y esto no es grave para Él, sino para nosotros, que nos privamos así de una conciencia agradecida por nuestra vida, sea lo que sea lo que nos haya pasado. Y si muchas cosas en la vida nos parecen poco dignas de agradecimiento y nos mueven más bien a la queja y el rencor, quizá deberíamos reconsiderarlas a la luz de la verdadera finalidad de la vida que el Espíritu nos revela, la que prometía a Simeón: «Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor».

Ver a Cristo, abrazar a Cristo, este es el valor y la finalidad de toda la vida, aunque el encuentro se produzca solo al final, como le pasó a Simeón, a la profetisa Ana o al buen ladrón. El Espíritu no nos promete éxito, riqueza, salud, honores. El Espíritu no elimina el hecho de que tenemos que morir. *El Espíritu nos promete y nos hace experimentar en el corazón que nuestra vida no está definida por la muerte, sino por el encuentro con Jesús.* ‘Definir’ está compuesto por el verbo ‘*finire*’, terminar, intensificado por la partícula ‘de’. Equivale a ‘de-terminar’. Pues bien, ¿hay algo que nos de-fina y nos de-termine más potentemente que la muerte? En la experiencia humana, la muerte parece definir y determinar toda la vida, toda la historia humana. Pensemos en el espectáculo de muerte que es la guerra en Ucrania, las tragedias de los migrantes en el Mediterráneo, el terremoto en Turquía y Siria, los tiroteos en Estados Unidos, por no hablar del constante y oculto espectáculo de muerte que son los millones de niños abortados... Y sin embargo, el Espíritu le anuncia a Simeón que este sentimiento no es verdadero, no es justo: antes que por la muerte, su larga vida está definida por el encuentro con Cristo. Y esta es una definición que la muerte nunca podrá derrotar ni sustituir. Al encontrarse con Jesús, al abrazar a Jesús, Simeón exulta desde la certeza y la paz de que es Jesús quien define su vida desde siempre y para siempre, en todo, incluida su muerte.

## **La irradiación universal de cada carisma**

El encuentro con Cristo abate todos los límites de la vida: no solo la muerte, sino también la soledad, la cerrazón en nosotros mismos o en nuestros correligionarios. En efecto, Simeón canta enseguida la universalidad de la salvación que ha traído Cristo:

«Ahora, Señor, según tu promesa,  
puedes dejar a tu siervo irse en paz.  
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,  
a quien has presentado ante todos los pueblos:  
luz para alumbrar a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel»<sup>27</sup>.

Este hombre, en la vejez de su cuerpo, lleva un deseo, una pasión de joven enamorado, de niño que se deja asombrar por signos imperceptibles que nadie más ve, como esa pareja de jóvenes esposos que en el inmenso templo y en medio de la muchedumbre lleva a un recién nacido y dos palomas para el rito de la Presentación. ¡Quién sabe cuántas parejas y cuántos niños se presentaban cada día en el templo de Jerusalén! Pero este hombre no era «justo y piadoso» únicamente para sí mismo, no esperaba al Mesías solo para sí. Llevaba dentro la espera de todo el pueblo de Dios, más aún, la espera de «todos los pueblos», de «todas las naciones». De hecho, ningún don de Dios, ningún carisma es solo para uno mismo, o solo para un círculo restringido, porque eso significaría que su llama no es tal, no estaría ardiendo, no iluminaría con luz verdadera. La luz es el símbolo más explícito del carisma, del don de Dios, del amor de Dios, porque si no se le impide, si no halla obstáculos, irradia hasta el infinito. Y si encuentra obstáculos, también los ilumina, los transforma en reflejo de su don.

Decíamos que los dones de Dios son irrevocables, pero nosotros podemos sofocarlos, podemos reducir su irradiación. Cada carisma está destinado a una irradiación infinita, incluso el carisma más insignificante, más escondido. Recuerdo siempre a una mujer que nos invitó a un café en Etiopía. Entre aquella gente, cuando se invita a un café no es como cuando lo hacemos nosotros, que en treinta segundos metemos la cápsula en la máquina, apretamos el botón, llenamos la taza y nos

---

<sup>27</sup> Lc 2,29-32.

la bebemos en diez segundos mientras seguimos charlando, olvidando enseguida que nos hemos tomado el café. Allí era toda una ceremonia.

Cuando san Pablo enumera los distintos dones del Espíritu, mencionaba entre otros también el suyo. «Teniendo dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado, deben ejercerse así: la profecía, de acuerdo con la regla de la fe; el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a la enseñanza; el que exhorta, ocupándose en la exhortación; el que se dedica a distribuir los bienes, hágalo con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace obras de misericordia, con gusto»<sup>28</sup>.

La belleza de aquel servicio y aquella acogida correspondía a un carisma cuya irradiación no estaba sofocada, y por eso aquel momento sigue edificándome literalmente años después. Precisamente porque los dones del Espíritu, incluso los más insignificantes, son llamas cuya luz irradia hasta el infinito. Pero puede decirse lo mismo de la palabra verdadera que nos dice un sacerdote, de la corrección misericordiosa, pero sincera, que nos hace un amigo, o de un gesto de generosidad, del ofrecimiento que un enfermo hace de su sufrimiento, de la sonrisa gratuita que alguien, quizá un desconocido, te ofrece mientras tú estás demasiado encerrado en tu grisura... Santa Teresa de Calcuta decía: «Jamás sabremos cuánto bien puede hacer una simple sonrisa»<sup>29</sup>.

A menudo tenemos la preocupación, y con razón, de que nuestra vida sea útil, que dé fruto. Sin embargo, este deseo bueno de plenitud de vida lo sofocamos casi enseguida con la pretensión de que el fruto sea nuestro y no el del Espíritu, no el del carisma, el del don de Dios que se nos ha confiado. Entonces empezamos a soñar frutos ilusorios, gloriosos, pero de *nuestra propia* gloria. Por eso desperdiciamos la infinita gama de fecundidad que el Espíritu de Dios quiere expresar en todo lo que vivimos, hacemos, decimos, pensamos y rezamos.

Volviendo al viejo Simeón, es extraordinario ver cómo el anhelo de su corazón, la pasión de su deseo de salvación, cuando alcanzan su fin, su meta tan esperada y deseada, no se encierran ni un momento en una posesión sofocante del don de Dios. Por el contrario, reflejan inmediatamente su esplendor. Simeón abraza al Niño, pero lo hace para revelar a todos cuánta luz irradia Él, cuán precioso es este tesoro para todos. El

---

<sup>28</sup> Rom 12,6-8.

<sup>29</sup> Teresa de Calcuta, *La alegría de amar*, Martínez Roca, Barcelona 1997, p. 167.



gesto, las palabras, el rostro de este anciano reflejan toda la luz de Cristo. Fray Angélico lo expresó admirablemente en el fresco que acompaña estos Ejercicios<sup>30</sup>. Y reflejar esta luz es el sentido de toda su vida. Ahora puede incluso morir. No solo porque ha abrazado a Cristo, sino porque ha podido anunciarlo con un testimonio tan potente, tan transparente, tan humilde y cierto, que nos alcanza todavía hoy con la misma intensidad de aquel día, y seguirá irradiando a Cristo hasta el fin del mundo.

¡Pero toda esta insistencia es para despertar en nosotros la conciencia de que ninguno de nosotros está llamado a menos que esto! ¡Cada uno de nosotros tiene un don para reconocer a Cristo que ha de reflejar hasta los confines de la tierra y hasta el fin del mundo! Cada uno de nosotros está hecho y ha sido llamado para poder llegar a cantar personalmente el *Nunc dimittis* de Simeón como definición exhaustiva de toda su existencia. No como un punto final de la vida, como un «canto de cisne», sino como un culmen que reconoce que la muerte es, también ella, un don que se nos da para irradiar eternamente el reflejo de la luz de Cristo. En el Paraíso no haremos otra cosa que reflejar hasta el infinito la luz del rostro bueno de Dios, y cada uno de nosotros expresará esta belleza, originalísima en cada uno, pero que procede por completo del rostro del Señor. La belleza de los bienaventurados es el reflejo originalísimo que cada uno está llamado a ofrecer del rostro de Dios; reflejo tan original como la mirada que Dios tiene sobre cada criatura humana, sobre cada uno de nosotros.

Pero no debemos esperar tener esta conciencia solo al final, antes de morir. La Iglesia y la liturgia nos educan para ejercitarla cada noche, al final de cada día, que puede ser el último. Pensemos en ella, *ejercitémosla* (puesto que estamos viviendo unos *Ejercicios*), cuando recitemos el *Nunc dimittis* de Simeón en las Completas.

Así lo expresa don Giussani al meditar este Cántico de Simeón:

«Qué gusto leer todos los días el Cántico de Simeón: “Mis ojos han visto a tu salvador” [...] al igual que rezar el cántico de la Virgen María, rezar en las Completas el *Nunc dimittis* es actualizar la profecía de lo que ha sucedido: el reino de los cielos entre nosotros, el Misterio encarnado que habita el tiempo y el espacio humanos. [...] Es conmovedor porque poder decirle al Señor que es nuestro salvador, poder pedirle que siga

---

<sup>30</sup> Beato Angélico, *Presentación de Jesús en el Templo*, fresco, detalle, 1442, Florencia, Museo de San Marcos.

siendo lo que es para nuestra existencia, obtiene la gracia a pesar de toda nuestra miseria y nos deja ir como el anciano Simeón, en paz. [...] Todo está dicho en esta palabra, todo está recogido en esta Presencia que miramos. Una Presencia que podemos pensar y que es impensable, de la que podemos tener una imagen, porque es un hombre como yo, y que a la vez es inimaginable, porque es la presencia misma de Dios, del Misterio, en la carne de un hombre. Y en este hombre, que carga sobre sí todo el mal, se hunde mi miseria, quedando redimida, rescatada, perdonada»<sup>31</sup>.

Mañana veremos cómo esta plenitud humana que se irradia, movida por el Espíritu hacia el encuentro con Cristo, es la fe.

---

<sup>31</sup> L. Giussani, *La verdad nace de la carne*, Encuentro, Madrid 2020, pp. 185-186.

# SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 4,1-12, Sal 117; Jn 21,1-14*

**HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR GIUSEPPE BATURI  
ARZOBISPO DE CAGLIARI Y SECRETARIO GENERAL  
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA**

«Es el Señor». Juan le indica a su amigo Pedro la presencia del Señor que estaba junto a ellos. Y precisamente Juan, el que es amado y ama, puede reconocer al amante y al amado porque solo el amor sabe reconocer. El reconocimiento de Juan, lleno de sorpresa pero también de afecto, lo hemos visto muchas veces también en nuestros padres y maestros, especialmente en las palabras, en la mirada y en la tensión total de la persona de don Giussani. Él abrió nuestra mirada al reconocimiento: «Es el Señor», es la presencia que el corazón desea y espera, es la fuerza que nos empuja a buscar la felicidad y la libertad, es el ideal por el que construir un mundo nuevo, por el que decir nuestro «sí» para siempre y educar a los hijos. La razón de todo eso es el Señor presente.

Don Giussani dio nombre y abrió nuestros ojos a la gran Presencia que habita el corazón del mundo, despertando así nuestra esperanza, porque el Señor está aquí, está con nosotros. Entonces podemos percibir que la vida está habitada por Dios, está incluida dentro de un horizonte infinito y eterno, capaz de dar sentido a todo y de gravitar alrededor de un centro: es Él, el Señor. Mostremos pues, al comenzar estos días, nuestro agradecimiento a Dios por el encuentro con el carisma de don Giussani y recordemos a cuantos nos han ayudado y siguen abriendo nuestra mirada y nuestra mente al reconocimiento de la fe, que siempre es reconocimiento de una Presencia que nos atrae y que es la razón de todo.

Pedro –como hemos escuchado– se lanza al mar y va hacia Jesús. Había tenido miedo, había tomado la espada para herir, había renegado y había huido. Pero ahora va hacia Jesús sin vacilar, porque Él es el amado. Así, en esta amistad recuperada, en esta familiaridad que Jesús ofrece hasta con un plato de comida, todo se reconcilia, a la espera de la gran pregunta: «¿Me amas?». Pero ya está todo reconciliado, porque no hay posibilidad de paz y reconciliación con nosotros mismos y con nuestra historia, con todo nuestro pasado, sin estar delante del Señor

presente, sin estar dentro del espacio que abarca su mirada. Porque Pedro va hacia Jesús para dejarse mirar.

Lo que nos salva no es un razonamiento, ni una interpretación, ni un recuerdo a menudo hecho de remordimientos, ¡sino un encuentro vivo, ahora! Nos salva y reabre la vida a un nuevo inicio, a la posibilidad de volver a empezar con Jesús, delante de Él. En la amistad con Él, todo puede volver a empezar siempre, todo puede llegar a ser nuevo. En la vida personal, así como en la trama de nuestra amistad, todo recobra vigor y puede esperar un nuevo inicio. Estar con Jesús supone para Pedro la posibilidad de estar también con los demás discípulos de un modo nuevo porque es Jesús quien los convoca.

Aceptemos también nosotros estos días la invitación de Jesús a estar con Él para poder aprender a estar entre nosotros y caminar entre los hombres, leer su deseo y decir a todos que es al Señor a quien buscan en sus alegrías o inquietudes. Porque decirle al mundo que el Señor está presente coincide siempre con interpretar el deseo de los hombres.

Pero el reconocimiento del Señor sucede durante la pesca y a causa de la pesca. En el trabajo, en la construcción de la familia, en el compromiso profesional o político, en definitiva, en el desarrollo de nuestra pasión por la vida es donde podemos reconocer el signo del Señor presente, cuyo rasgo distintivo es siempre una sobreabundancia (¡cuántos peces! Más de los que eran capaces de recoger con sus propias fuerzas). Siempre hay una desproporción entre nuestras fuerzas y capacidades y la fecundidad que recibimos como don. El Señor se deja reconocer en esa desproporción entre lo que hacemos y lo que recibimos como sobreabundancia de vida, de alegría y de verdad. Una sobreabundancia cuya única razón es una gracia, el don de una Presencia, que agradecemos porque llena la vida y que siempre invocamos como mendigos porque ahora el Señor está aquí, está entre nosotros y se lo pedimos: «Ven de nuevo a nosotros, oh Jesús, Maestro y Señor».

# *Sábado 15 de abril, por la mañana*

Johann Sebastian Bach

*Cantata BWV 82, Ich habe genug, The Monteverdi Choir – The English Baroque Soloists –*

*John Eliot Gardiner – Edizioni Archiv*

*Motete BWV 229, Komm, Jesu, Komm, Monteverdi Choir – John Eliot Gardiner – Edizioni Erato*

*Ángelus*

*Laudes*

■ PRIMERA MEDITACIÓN

**Mauro-Giuseppe Lepori**

## *La fe que informa la vida*

### **La nube de testigos**

El título de estos Ejercicios está inspirado en un pasaje de la carta a los Hebreos:

«En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, *fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe*»<sup>32</sup>.

El autor de la Carta a los Hebreos acaba de enumerar en el capítulo anterior una larga serie de testigos del Antiguo Testamento que tomaron decisiones y realizaron acciones que habrían carecido de sentido sin la fe en la promesa del Señor que se realizó en Cristo una vez que hubieron muerto. Todos estos testigos, desde Abel a Noé, desde Abrahán y Sara hasta Jacob, desde Moisés a David o la madre de los Macabeos, son una multitud, literalmente una «nube» que nos rodea. ¿Qué significa una «nube de testigos»? Se ha empleado a veces la expresión «multitud de testigos» porque el autor ha querido expresar con la figura de la nube una realidad que nos rodea con miríadas de elementos, como una nube de arena en el desierto. Pero para los hebreos, la nube recuerda también la presencia misteriosa y sagrada de

---

<sup>32</sup> Heb 12,1-2; la cursiva es mía.

Dios que acompañaba al pueblo de Israel en el desierto, protegiéndolo de día e iluminándolo de noche. Una nube sagrada en la que entraba Moisés para encontrarse con el Señor, para escucharlo y dialogar con Él. Los testigos de la fe forman en torno a nosotros esta nube misteriosa que vuelve visible la presencia invisible de Dios. En el monte de la Transfiguración también todos los presentes, Jesús, Moisés, Elías y los tres apóstoles, penetran en la nube, completamente absorbidos en el misterio del Padre que deja escuchar su voz. Parece como si Dios hubiera querido reaccionar a las palabras instintivas de Pedro: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»<sup>33</sup>. Una expresión humanamente sencilla, pero que, en el fondo, banalizaba toda la sacralidad del evento, reduciéndolo a... ¡una bonita acampada en la montaña con los amigos!

«No sabía lo que decía –continúa el evangelio de Lucas–. Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo”» (Lc 9,33-35)<sup>34</sup>.

A la sombra de esta nube, Pedro, Santiago y Juan vuelven a tomar conciencia de la sacralidad del Misterio del que han sido testigos, que es el misterio de Cristo, «luz para alumbrar a las naciones», decía el anciano Simeón, el misterio desvelado por el Padre, que lo presenta con un amor de predilección y nos pide que lo escuchemos.

Entonces podríamos pensar que la «nube de testigos» de la que habla la Carta a los Hebreos quiere decir para nosotros que los testigos de la fe que nos iluminan y nos hablan desde la Sagrada Escritura, desde la historia de santidad de la Iglesia y en las personas verdaderas con autoridad que conocemos personalmente, que todos estos testigos constituyen para nosotros esa nube del Espíritu Santo en la que el Padre nos revela el don del Hijo amado al que estamos llamados a escuchar, a quien estamos llamados a obedecer, a quien estamos llamados a seguir.

Este es el esplendor misterioso, luminoso y lleno de autoridad de la Iglesia en el que, incluso en la sombra de nuestra humanidad, de la humanidad de cada santo, de cada bautizado que da un testimonio de fe, el Misterio se revela en una compañía de personas.

---

<sup>33</sup> Lc 9,33.

<sup>34</sup> Lc 9,33-35.

## Sorprendidos por el testimonio de fe

¡Cuántas veces nos sentimos como Pedro y los demás, humillados y asustados ante la manifestación de un testimonio de fe extraordinario que nos sorprende y que procede de personas con las que quizá nos relacionamos a diario sin darnos cuenta de la luz que llevan! Lo mirábamos todo desde la superficie de lo humano, con todos los aspectos positivos y negativos de un temperamento, de un modo de ser y de actuar o de no ser y no actuar. Estábamos con esas personas de forma frívola, sin mirarlas realmente, o mirando solo lo que nos gustaba; estábamos con ellas sin escucharlas, o escuchándolas sin atención. Y de repente, por una u otra razón, quizá en una circunstancia en la que al final las necesitamos, o porque estas personas fallecen, la nube nos cubre y en ella, cuando desaparece toda apariencia, escuchamos precisamente su testimonio de fe y tenemos que reconocer, confundidos, que es una manifestación de Dios, de Cristo, del Misterio que nos crea y nos salva.

En la autobiografía de Takashi Pablo Nagai, que acaba de publicarse con el título *Lo que no muere nunca*<sup>35</sup>, un texto que para mí se puede comparar con las *Confesiones* de san Agustín, el autor narra su camino de fe, el camino que lo llevó a la fe cristiana y después a vivir en la fe una vida intensa y dramática, hasta verse inmerso física y espiritualmente en el corazón de la destrucción atómica de Nagasaki, con la conciencia llena de fe de que se trataba de un sacrificio del Cordero por la paz en el mundo. Pero el mismo Takashi Nagai se da cuenta, casi solo al final —en concreto después de encontrar los huesos carbonizados de su mujer Midori bajo las cenizas de la casa destruida por la bomba atómica, junto a la cadena del rosario con el que ella estaba rezando— de en qué medida fue la fe de su mujer la que pidió y obtuvo de Dios su fe y la fecundidad extraordinaria de su vida. La presencia mariana de Midori acabó por revelársele como la presencia más evidente del Misterio en su vida. ¡Y él no se había dado cuenta! Por eso entendió que, después de la bomba, él también tenía que vivir testimoniando la fe del mismo modo, desde el fondo de su impotencia, enfermo de leucemia, siempre en cama, en una cabaña de pocos metros cuadrados, ofreciéndose a sí mismo con Cristo y experimentando la fecundidad increíble del testimonio.

<sup>35</sup> Takashi Pablo Nagai, *Lo que no muere nunca*, Encuentro, Madrid 2023.

Sentí la misma conmoción y confusión hace algunos meses cuando, al visitar la habitación de mi viejo amigo Luciano —el carpintero que, junto con su mujer Nella, me dieron a conocer el movimiento en 1976— después de que él sufriera una hemorragia cerebral que hace un mes lo llevó al cielo, vi que en el armario de su cuarto tenía una nota en la que estaban escritas las fechas más importantes de mi camino vocacional, y en particular la fecha de nuestro primer encuentro: «Una amistad de otro mundo. 25 de febrero de 1976. Cuarenta y cuatro años... de gracia» (lo había escrito en 2020). En ese momento es como si reconsiderara toda mi vida contenida en la memoria y en la oración de ese hombre sencillo, contenida en su fe, que ve en los encuentros humanos el acontecimiento de una gracia que no tiene fin y que es algo de otro mundo. Podría decir lo mismo de muchas otras personas, quizá de personas a las que no conozco, a las que conoceré en el cielo, y cada uno de nosotros puede decirlo de muchas personas. Sí, realmente hay una «nube de testigos», una nube sagrada en la que Dios está presente y nos habla, una nube que guía y protege la vida, como protegía al pueblo de Dios en el desierto.

Estos testigos nos revelan que existe un punto de madurez de la fe que consiste para todos en aceptar ser el grano de trigo que cae en tierra y muere para dar un fruto que ya no es propio, aunque todo el ser del grano de trigo haya sido hecho para dar ese fruto.

«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto»<sup>36</sup>. Hay quien entiende esto enseguida y lo vive incluso en medio de una actividad fecunda y eficaz. Y por eso vive también la plena actividad, la plena misión, con un espíritu de continua mendicidad. Pienso en don Giussani, en los Papas que el Espíritu ha dado y da a la Iglesia en estas últimas décadas, en la Madre Teresa... A menudo se nos pide, por el contrario, que experimentemos en cierto modo el derrumbe de nuestra eficacia para descubrir con sorpresa que es justamente desde ahí, y no desde la cima de nuestras torres de Babel, nunca acabadas, desde donde nuestra fe está viva y da fruto.

---

<sup>36</sup> Jn 12,24.



## Testigos de la fe

Pues bien, lo que queremos entender es precisamente que esta «nube» que nos revela al Misterio está constituida por *testigos de la fe*. Y cada uno de nosotros está llamado a formar parte de ella. Ellos son esa multitud que describe el Apocalipsis, que nos ofrece una imagen de los elegidos en el cielo: «Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: “¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!”»<sup>37</sup>.

Son los mártires, término que significa literalmente «testigos», que con todo el cuerpo, el alma y la voz gritan su testimonio eterno, sellado en la tierra con su sangre, el testimonio de la salvación obrada por Dios en el Hijo, Cordero inmolado y glorioso: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». ¡La fe proclama que solo Dios nos salva!

¿Por qué la nube de testigos, delante de nosotros en la tierra y delante de Dios en el cielo, da testimonio de la fe, se podría decir que «solo» de la fe? ¿Por qué no de la caridad, de la esperanza, de la verdad, de la justicia, de la generosidad? Ciertamente, los testigos de la fe son testigos de todo esto y de mucho más. Pero, ¿por qué son testigos expresamente de la fe? ¿Por qué el Nuevo Testamento, los apóstoles, pero antes el mismo Jesús en el Evangelio, insisten principalmente en la fe?

El pasaje de la Carta a los Hebreos nos sugiere enseguida una pista, más aún, *la* pista para tratar de entender qué es la fe que se nos da y se nos pide con tanta insistencia. Nos dice que debemos ante todo caminar, o mejor, *correr*, con los ojos fijos en Jesús, que da origen a la fe y la lleva a cumplimiento.

Esto quiere decir que solo si fijamos los ojos en Cristo entendemos algo de la fe. Es más, no algo, sino todo, entendemos el origen y el cumplimiento de la fe, y comprendemos que el origen (el Autor) y el cumplimiento (el fin, es decir, la perfección) de la fe son el mismo Cristo. Es como si la fe coincidiese con Cristo. ¿En qué sentido?

---

<sup>37</sup> Ap 7,9-10.

## La fe salva

Hay un juicio, o más bien, un anuncio que Jesús hace a algunas personas que le sorprenden por su fe. Por ejemplo, a la hemorroísa, que cree que solo con tocar el borde del manto del Señor se curará de su enfermedad<sup>38</sup>, al ciego Bartimeo<sup>39</sup>, a la pecadora, que llega a casa del fariseo Simón y lava los pies de Jesús con sus lágrimas, los besa y los unge con perfume<sup>40</sup>, a Jairo, antes de resucitar a su hija<sup>41</sup>, o al único de los diez leprosos curados que vuelve a darle las gracias<sup>42</sup>.

¿Qué les dice Jesús a todas estas personas cuya fe admira? A todos les dice básicamente lo mismo: «¡Tu fe te ha salvado!».

¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que nos salva? ¿No es acaso Cristo el único que nos salva? ¡Sí, desde luego! Y esto nos permite descubrir el significado, el valor, el sentido de la fe, lo que nos interesa verdaderamente de la fe y nos hace desearla antes que cualquier otra cosa, antes que cualquier otra virtud. *La fe es lo que nos abre a Cristo, salvador de la vida y del mundo.*

Esto nos hace entender la profundidad de otra respuesta que Jesús da a quien le pide cualquier cosa con fe, como cuando le dice al centurión: «Que te suceda según has creído»<sup>43</sup>; o bien a los dos ciegos que le suplican que los cure: «Que os suceda conforme a vuestra fe»<sup>44</sup>.

*La fe es el espacio en nosotros que corresponde al acontecimiento de Cristo, a Cristo que ha venido y está presente para salvarnos. La fe es la apertura en nosotros al acontecimiento de Cristo, nuestro salvador.*

Esto es lo más importante que debemos comprender sobre la fe, sobre qué es la fe, sobre lo que ha de significar para nosotros. No es la fe lo que nos salva, sino que la fe permite al Salvador salvarnos, salvar al mundo.

Sin Cristo, sin el acontecimiento de Cristo, la fe no tiene contenido ni sentido. Escribe don Giussani: «La fe, como actitud real que vive

<sup>38</sup> Cf. Mt 9,20-22.

<sup>39</sup> Cf. Mc 10,46-52.

<sup>40</sup> Cf. Lc 7,36-50.

<sup>41</sup> Cf. Lc 8,49-56.

<sup>42</sup> Cf. Lc 17,12-19.

<sup>43</sup> Mt 8,13.

<sup>44</sup> Mt 9,29.

el hombre en su relación con Dios, no es genérica: *es fe en Cristo*, el Signo de todos los signos, el Hombre a través del cual el Misterio se ha revelado»<sup>45</sup>.

O bien, en *Crear huellas en la historia del mundo*: «La fe forma parte del acontecimiento cristiano porque es parte de la gracia que representa el acontecimiento mismo, parte de lo que es este mismo. La fe pertenece al acontecimiento porque, en cuanto *reconocimiento amoroso* de la presencia de algo que es excepcional, es un don, una gracia. De igual modo que Cristo se me ofrece por medio de un acontecimiento presente, también vivifica en mí la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional. Y así mi libertad acepta ese acontecimiento, acepta reconocerlo. De manera que en nosotros la fe consiste tanto en el reconocimiento de lo excepcional que se nos hace presente, como en la adhesión sencilla y sincera que dice “sí” y no pone objeciones: reconocimiento y adhesión forman parte del momento en que el Señor, mediante la fuerza de su Espíritu, se revela a nosotros; son parte del momento en que el acontecimiento de Cristo entra en nuestra vida»<sup>46</sup>.

También la fe de Abrahán, de los patriarcas, de Moisés y de los profetas tenía a Cristo como horizonte y contenido. Era grande, era enorme, porque ya estaba llena del acontecimiento de Cristo. Como dijo Jesús a los judíos: «“Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría”. Los judíos le dijeron: “No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?”. Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy”»<sup>47</sup>.

No dijo que viera a Abrahán, sino que Abrahán lo había visto a Él en la fe: Abrahán estaba ya lleno del acontecimiento de Cristo y de la alegría que eso supone.

Pero estas palabras de Jesús nos permiten entender que el «acontecimiento» en el que cree la fe no es solo algo que sucederá en el futuro. Abrahán «lo vio y se llenó de alegría», porque su fe veía a Cristo. El acontecimiento, la salvación a la que se adhiere la fe, es la persona de Cristo. Abrahán vio que Jesús es «Yo soy», el Dios presente que salva. Por eso Jesús pedía cada vez más a sus discípulos que tuvieran fe en su

<sup>45</sup> L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, op. cit., p. 88.

<sup>46</sup> L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 44-45.

<sup>47</sup> Jn 8,56-58.

persona más que en lo que obraba. Lo que obraba era un motivo o una ayuda para creer, no el contenido de la fe. «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras»<sup>48</sup>. No se trata de creer en las obras, sino de creer en Cristo por las obras que realiza.

Hay un texto precioso de don Giussani que no me resisto a leerlo. Es de 1968. Se trata de la introducción de los Ejercicios espirituales del Centro Cultural Charles Péguy en Varigotti. «Preguntémosnos entonces: ¿qué hicieron para empezar a creer? ¿En qué consistió ese acontecimiento que despertó semejante interés, que determinó tal impresión que la gente se puso en juego por primera vez frente a lo que tenía delante, que la gente percibió por primera vez que se encendía la fe en su interior, que el cristiano empezó a estar en el mundo? ¿Cuál fue ese acontecimiento? ¿De qué tipo fue ese acontecimiento? No creyeron porque Cristo hablara diciendo esas cosas, no creyeron porque Cristo hiciera esos milagros, no creyeron porque Cristo citara a los profetas, no creyeron porque Cristo resucitara a los muertos. Cuánta gente, la gran mayoría, le oyó hablar así, le escuchó decir esas palabras, le vio hacer esos milagros, y el acontecimiento no sucedió para ellos. El acontecimiento fue algo de lo que el milagro o el discurso eran partes, eran segmentos, eran factores, pero fue algo distinto, algo más, algo tan distinto que dio significado al discurso y al milagro. Creyeron por lo que Cristo era. Creyeron por esa presencia, no porque dijera o hiciera esto o aquello. Creyeron por una presencia. No una presencia desdibujada o superficial, no una presencia sin rostro: una presencia con una cara bien precisa, una presencia cargada de palabra, es decir, cargada de propuesta. Creyeron por una presencia cargada de propuesta»<sup>49</sup>.

Si las obras o los milagros no me llevan a creer que es la presencia de la persona de Jesús lo que me salva, y no lo que Él hace, aunque sea resucitar a los muertos o multiplicar los panes y los peces, mi fe es vana, mi fe no es fe. Si no creo que Cristo ha resucitado, y que es *esto* lo que salva mi vida, ya viva o muera<sup>50</sup>, no tengo fe, o bien tengo una fe hecha de recuerdos bonitos de un gran profeta, pero no una fe que me permite tocar la Salvación de toda la vida. Si Cristo no hubie-

---

<sup>48</sup> Jn 14,11.

<sup>49</sup> «Introducción de Luigi Giussani en los Ejercicios Espirituales del Centro cultural Charles Péguy (Varigotti, 1 de noviembre de 1968)», en J. Carrón, «¡Vivo quiere decir presente!», op. cit., p. 8.

<sup>50</sup> Cf. Flp 1,20.

se resucitado, podríamos seguir creyendo en sus milagros, igual que creemos que Elías, Eliseo o los santos han hecho muchos milagros. Pero, ¿qué aporta ahora a mi vida recordar esto? ¿Qué cambia este recuerdo en mi vida? Nada. Quizá me hace esperar que pueda suceder algún milagro más, que me pueda suceder a mí. Pero mi vida sigue abandonada a lo que existe o no existe. Nada la salva *ahora*, nada la llena ahora de sentido.

### **Tomar la forma del acontecimiento de Cristo**

Pero si la fe es reconocer este acontecimiento y abrirse a él, ¿qué cambio debe producir en nuestra humanidad, en nosotros? Hablando en negativo, ¿qué nos perdemos de Cristo y de nosotros mismos cuando no tenemos fe, cuando no creemos, cuando no permitimos que la fe nos salve, abriéndonos al acontecimiento de Cristo?

Pensemos en todas las veces que Jesús tuvo que reprochar a sus discípulos, a sus apóstoles, que no tenían fe, que tenían una fe pequeña, mezquina. Cuán desnudos, llenos de vergüenza e incapaces de responder tuvieron que sentirse, igual que Adán cuando Dios le preguntó dónde estaba después del pecado. Si no hubiese pecado, habría permanecido en la presencia de Dios, su corazón habría permanecido en la presencia de Dios. Adán y Eva se escondieron en su esconderse, no entre los arbustos. Es decir, se escondieron detrás de su libertad de rechazar el don de la amistad de un Dios presente, de un Dios familiar, de un Dios del que eran imagen inmediata, reflejo inmediato. Nuestra libertad nos esconde sustrayéndonos a la presencia amante del Señor. También los discípulos, cuando no tenían fe, se veían descubiertos como niños que se esconden porque han hecho una de las suyas, como los niños pequeños que se creen que están escondidos porque se tapan la cara con las manos cuando su madre los mira con fingida severidad. De hecho, el Evangelio no narra prácticamente ni una sola reacción de los discípulos ante el reproche de Jesús por no tener fe, por tener una fe mezquina, por no tener fe aún. Se quedaban ahí, quietos, confundidos, ¡como si no entendieran ni siquiera de qué les estaba hablando Jesús! Y Jesús, como para echar más leña al fuego, haciendo que se sintieran aún peor: «¡Hay más fe en los paganos, en los publicanos y las prostitutas que en vosotros, que vivís siempre conmigo, que me escucháis hablar todo el día,

que habéis visto cientos de milagros! Y sin embargo, ¡conque tuvierais fe como un grano de mostaza podríais mover las montañas!»<sup>51</sup>.

Jesús les decía esto por el inmenso amor que les tenía. ¡Cómo no iba a exasperarse al ver que rechazaban acoger de Él, viviendo con Él, el don más precioso, el que los abría al don de todo, a la experiencia de todo, a la comunión con Su misterio más profundo que transformaba todo en bien! Es como cuando una madre ve que su hijo se niega a comer, rechaza la leche que ella le ofrece, y por tanto rechaza la vida. Qué doloroso para Cristo vernos rechazar la fe en Él, vernos cerrados o negligentes o, peor aún, indiferentes al don de abrimos a su presencia que salva nuestra vida, que salva el mundo. No solo con una salvación *in extremis*, sino con una salvación que salva la vida mientras vivimos, que salva toda la vida, que la salva no solo de la muerte, sino de la no-vida, de vivir mal, de vivir de forma mezquina, de vivir inconscientemente, de vivir de modo superficial, de vivir sin vivir, de vivir solo para sobrevivir, de vivir sin pedirle más a la vida, en la vida, de vivir sin anhelar el infinito. ¡Qué dolor para Cristo y para Dios Padre, qué gemido del Espíritu Santo, ver que rechazamos la plenitud de vida para la que hemos sido creados! Y esto por aferrar un fruto consumido en pocos minutos, por una satisfacción que se apaga después de treinta segundos, por acumular victorias que nos decepcionan cuando todavía estamos levantando el trofeo ante la aclamación de la multitud, del mundo...

Con cuánto dolor debió de decir Jesús a los fariseos: «Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su rostro, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no lo creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida!»<sup>52</sup>.

### «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»

El dolor de Cristo le lleva a llorar ante Jerusalén porque no ha creído, porque no ha acogido el don de su salvación:

«Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: “¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora

<sup>51</sup> Cf. Mt 21,31; Mt 17,20; Mc 11,23; Lc 17,6.

<sup>52</sup> Jn 5,37-40.

está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita”»<sup>53</sup>.

Jesús no lloró porque Jerusalén iba a ser destruida, porque moriría, sino que lloró porque había rechazado la vida, la vida que la visitaba en Él, Hijo de Dios venido al mundo para que tuviesen vida en Él. Jesús lloró porque Jerusalén no acogió el don de la fe, el don de reconocer la visita de Dios, la presencia de Dios que viene por nosotros. Jerusalén no abrazó a Jesús como Simeón, no se alegró de ser visitada por el Señor. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»<sup>54</sup>, escribe san Juan al comienzo de su Evangelio, pero escribe también: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron»<sup>55</sup>. ¡Qué pérdida tan grande, qué ruina no acoger a Cristo, no tener fe en Cristo! ¿Por qué? Porque «a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre»<sup>56</sup>.

La importancia de la fe radica en la importancia que tiene para nosotros el acontecimiento de Cristo. Quien cree en el nombre de Cristo, es decir, en su presencia, se convierte por gracia en hijo de Dios. Recibe así el cumplimiento total de su humanidad, ese que Adán y Eva quisieron arrebatarse a Dios en vez de recibirlo de su amor y de Su presencia.

Precisamente porque ansía darnos esto, que para nosotros lo es todo, que debería ser todo, porque muere para darnos esto, en un momento determinado Jesús se detuvo, como embargado por una preocupación fulgurante, por un ansia repentina, y se preguntó: «Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»<sup>57</sup>.

Esa pregunta que se plantea Jesús nos produce siempre desazón. Nos preguntamos qué puede querer decir. Nos preguntamos, en el fondo, qué juicio representa sobre la historia. Y en el fondo nos permite entender que el problema del fin del mundo no será tanto una cuestión de catástrofes galácticas, y tampoco de grandes plagas, guerras y terremotos. El problema del fin del mundo será algo mucho más humano, más conforme a nosotros, a nuestro corazón, a nuestra libertad. Es como si

---

<sup>53</sup> Lc 19,41-44.

<sup>54</sup> Jn 1,14.

<sup>55</sup> Jn 1,11.

<sup>56</sup> Jn 1,12.

<sup>57</sup> Lc 18,8.

Jesús predijera que, ante su última venida, la Parusía, el riesgo es que no haya nadie que lo espere, que le diga: «¡Ven, Señor Jesús!»<sup>58</sup>.

Parece que estamos leyendo la frase amarga de Primo Levi en su libro autobiográfico *La tregua*, en el que cuenta su complicado regreso a Italia tras ser liberado de Auschwitz: «La casa estaba en pie, toda mi familia viva, nadie me esperaba»<sup>59</sup>.

Pero si esta pregunta de Jesús afectase solo al fin del mundo, en el fondo podría encogerme de hombros y decir, como si no me afectara: «Cuanto más viejo me hago, menos probable es que el mundo termine durante mi vida. Serán otros los que respondan a la pregunta de Jesús, ¡quién sabe cuándo!». En cambio, la inquietud que produce en nosotros dicha pregunta, o quizá, más que la pregunta en sí, la inquietud que provoca en nosotros el hecho de que Jesús la formule y sea incapaz de responderse, de prever qué será de la fe al final del mundo, Él que todo lo sabe, que todo lo prevé, nos demuestra que esta pregunta nos concierne y que cada uno de nosotros está llamado a responderla. Esta pregunta hiere mi libertad. La respuesta a esta pregunta debe partir de mí. Cuando el mundo termine para mí, ¿encontrará Cristo la fe? Pero incluso cuando todo el mundo termine, ¿encontrará Cristo la fe en mí?

El hecho de que Jesús diga en otro lugar que el Hijo no sabe cuándo llegará el final<sup>60</sup> y que se plantee esta pregunta sobre la fe sin darse una respuesta, nos permite comprender que, más que de la venida gloriosa de Cristo, el fin del mundo depende también de nuestra fe. Porque el fin del mundo, más que un punto final del cosmos y de la historia, será el cumplimiento, la finalidad del cosmos y de la historia. Y este cumplimiento no será, por así decir, «solo» Cristo, sino Cristo reconocido y deseado como cumplimiento de todo. Solo la fe puede permitir esto. Pensemos con qué intensidad han esperado este cumplimiento los santos. Gracias a Dios su fe también lo ha pedido y deseado para toda la humanidad. La fe es el grito «¡Ven, Señor Jesús!», expresado en cada momento y circunstancia, que se abre a la plenitud que la presencia de Cristo da a la vida, al tiempo, a las cosas, a todo.

---

<sup>58</sup> Ap 22,20.

<sup>59</sup> P. Levi, *La tregua*, en *Trilogía de Auschwitz*, Península, Barcelona 2018, p. 469.

<sup>60</sup> Cf. Mt 24,36.



## Morir con una fe total

Pero si esto es verdad, la fe, mi fe, nuestra fe, afecta al mundo entero, también a toda la humanidad inconsciente o indiferente ante Cristo. Por eso necesitamos una nube de testigos que viva de esta fe por nosotros, con nosotros, para crecer en ella.

Recuerdo siempre una expresión del obispo Eugenio Corecco –mi padre en la vida de fe–, que me escribía siete meses antes de morir: «En cualquier caso [se acababa de referir a la oración por su curación], sigamos pidiendo ante todo morir con una fe total, porque esto es y sigue siendo la gracia más grande»<sup>61</sup>.

A una monja le escribía en los mismos términos: «La tentación del enemigo vuelve a surgir y una vez más siento lo difícil que es, sin una fe total, acudir al encuentro del Señor no solo con resignación, que es verdaderamente poco, sino con alegría. Si Él me quiere, le ruego que me dé esta última gracia porque vale inmensamente más que la vida. Aquí está todo (Sal 62,4)»<sup>62</sup>.

Morir, ir al encuentro del Señor con una fe total, como la gracia más grande, que vale más que la vida. Es justamente esta «fe total» lo que Cristo vendrá a buscar al final de nuestra vida y de la vida del mundo.

Pero, ¿qué significa una «fe total»? ¿En qué sentido puede ser total la fe? ¿Es así como murió el anciano Simeón después de reconocer y abrazar a Jesús? ¿Es así como murió san Pablo, si consideramos lo que le escribió a Timoteo? «Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación»<sup>63</sup>.

Vemos que, tanto en san Pablo como en monseñor Corecco, el sentido de la muerte tiene dimensiones de Parusía: consiste en salir al

<sup>61</sup> E. Corecco, «Carta del 23 de junio de 1994», en A. Moretti, *Eugenio Corecco. La grazia di una vita*, Cantagalli-Eupress FTL, Siena-Lugano 2020, p. 371.

<sup>62</sup> E. Corecco, «Carta del 5 de junio de 1994», en *Associazione Internazionale Amici di Eugenio Corecco, Vescovo di Lugano*, Boletín n. 2 (1997), Epistolario: «Dejarse reconstituir por el Espíritu Santo», Cartas de Eugenio Corecco a los contemplativos, a cargo del padre Mauro-Giuseppe Lepori, p. 102.

<sup>63</sup> 2 Tim 4,6-8.

encuentro del Señor que viene, en salir a su encuentro «con alegría», como escribe Corecco, o «con amor», como escribe san Pablo. Todo resumido en la fe. Como el anciano Simeón.

Sin embargo, entendemos que no habrá una fe total al final de nuestra vida y al final del mundo si la fe no empieza a ser aquí y ahora lo que sale en nosotros al encuentro del Señor que viene, nuestra apertura a su presencia, nuestro deseo de encontrarnos con ÉL, de amarlo, de abrazarlo. Cómo no pensar en la frase extraordinariamente esencial de san Pablo a los Gálatas: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»<sup>64</sup>.

Cuando empecé a preparar estas lecciones, me asaltaban, como siempre, distintas cuestiones y problemas relacionados con mi Orden y con otras personas y realidades. Se trata con frecuencia de problemas frente a los cuales uno se siente impotente, porque está en juego la libertad más o menos sincera de las personas. Y esto me causa a menudo tristeza, irritación, desánimo. Pero al meditar sobre la fe, justamente cuando me esforzaba por buscar, sin encontrarla, una solución a una situación deteriorada, y por eso estaba triste, entendí de repente que la pregunta de Jesús sobre el fin del mundo me la debía plantear inmediatamente, precisamente en medio de esa situación complicada e intrincada. «Pero yo, ¿tengo fe? ¿Tengo la fe? ¿Afronto esta circunstancia ante todo con fe, antes de buscar otras posiciones, otras decisiones, otras soluciones?». Entonces empecé a percibir cómo todo, en todo y siempre, me planteaba la pregunta final de Jesús. Porque, ¿qué pasa con mi fe mientras estoy tranquilamente con alguien, o me ocupo de cosas cotidianas, o cuando estoy cansado después de un trabajo, o cuando leo un correo, cuando respondo, cuando preparo una intervención, cuando voy a la iglesia a rezar, cuando converso en la mesa con mis hermanos, cuando escucho las noticias del mundo, de la guerra en Ucrania, etc.? En todo esto, cuando viene Jesús, ¿encuentra fe en mí? ¿Encuentra en mí la fe?

En la vida, todos y todo nos interpela continuamente. Incluso quien no nos pregunta nada nos interpela. Todo interpela a nuestra persona, todo nos dice: «Pero tú, ¿cómo estás ante mí? ¿Quién eres, qué te define frente a mí?».

---

<sup>64</sup> Gál 2,19-20.

Jesús nos anuncia que la única respuesta adecuada, la única que responde de verdad, la única que es razonable, que corresponde a toda la realidad, a la realidad que desde el instante que vivo llega hasta Aquel que la hace y vendrá a juzgarla, el único rostro que nos define adecuadamente frente a toda la vida y frente a toda la realidad, es la fe, únicamente la fe.

Podéis entender que se trata de algo importantísimo, vital, sin lo cual, cuando llegue el momento de la rendición de cuentas, es decir, cuando toda nuestra realidad se encuentre cara a cara con el Señor glorioso y Él nos refleje en sus ojos toda la realidad que hemos encontrado y vivido, si no tenemos la fe nos quedaremos como aturdidos, sin palabras, sin nada entre las manos, sin capacidad para decir «yo», porque seremos incapaces de decir «Tú». ¡Porque sin fe no sabremos ni siquiera balbucir una palabra de arrepentimiento, una petición de perdón! No es nuestro pecado lo que nos hace pedir misericordia al Padre, sino la fe, el reconocer, aunque solo sea *in extremis*, que Dios es el único amor que puede dar plenitud a la vida.

## La fe es petición a Cristo

Este examen, este juicio final, podría aterrorizarnos. En realidad, la pregunta sobre si habrá fe en la tierra que aparece en el Evangelio de Lucas no llega de repente: es la conclusión de una parábola sobre la oración, sobre la petición insistente y confiada.

«Les decía una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. “Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”. Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme”. Y el Señor añadió: “Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”»<sup>65</sup>.

---

<sup>65</sup> Lc 18,1-8.

Cristo nos pide la fe, nos la exige, y la quiere grande, porque la fe es fundamentalmente petición, es mendicidad, insistencia en el pedir. Al pedirnos la fe, Cristo nos pide la petición. Esperando nuestra fe, Cristo espera nuestra espera.

En definitiva, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará petición en la tierra, encontrará oración, encontrará quien pida su venida? ¿Encontrará quien no haya dejado de hacerse eco del grito del Espíritu y de la Esposa, la Iglesia, que es prácticamente la última palabra del Apocalipsis, y por tanto de toda la Biblia: «¡Ven, Señor Jesús!»<sup>66</sup>?

Entonces podemos entender que tener fe, ser personas de fe, que están firmes en la fe frente a la vida, incluso cuando esta es borrascosa y amenazante, no es una cuestión de fuerza o de poder. No es una cuestión de virtudes valerosas. Es una cuestión de pobreza, de pobreza de espíritu. Porque el pobre pide, el pobre mendiga.

Sin fe somos inadecuados ante la vida porque sin fe pretendemos de nosotros mismos o de los demás ser adecuados, pedimos la adecuación donde no la hay.

Con la fe, el ser adecuados es algo que le pedimos a Dios, es una gracia que pedimos y que acogemos. Y entonces se puede dar incluso una adecuación milagrosa, una adecuación imposible, porque viene de Dios.

Sin fe no pedimos nada, y por eso lo vivimos todo como si fuera nuestro y obra nuestra. Sin la fe, nada es don, nada es gracia, y entonces nada nos asombra, todo lo damos por descontado, todo se vuelve aburrido, nos cansa, incluso las cosas más bellas y grandes de la experiencia humana como la persona amada, los hijos, la familia, los hermanos de la comunidad, el trabajo, la fiesta.

Esta identificación del creer con el pedir (nos recuerda el principio de la teología: «*lex orandi, lex credendi* – la ley de la oración es la ley del creer»)<sup>67</sup> no vacía la fe de todos sus contenidos teológicos y morales, sino que la vacía de todas las pretensiones de producirlos nosotros, de entenderlos solos, de sabérmolos. En la fe todo es petición, todo hay que pedirlo. Y por tanto, en la fe todo es dado, es gracia. Por eso, la fe tiene como contenido fundamentalmente el amor de Dios, es fe en el amor de Dios.

<sup>66</sup> Cf. Ap 22,17.20.

<sup>67</sup> «La ley de la oración es la ley de la fe. La Iglesia cree como ora» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1124).

Entonces resulta también más fácil preguntarnos si tenemos fe o no, resulta más fácil comprobar si, frente a la vida, vivimos con fe o no. Preguntémosnos si pedimos, si rezamos, si vivimos pidiéndoselo todo al Señor que nos hace, si lo mendigamos todo. No hay confesión de fe más recta y ortodoxa que reconocer, pidiéndolo todo, que Dios es Amor y es la consistencia total de nosotros mismos, así como de todos y de todo. Todo procede de Él, todo es un desbordamiento de su amor de Padre al Hijo en el Espíritu Santo. Entonces, no hay confesión de fe que le resulte más agradable a Dios que rezarle como Padre nuestro, reconociéndolo como Padre bueno. No hay confesión de fe más justa y verdadera que el padrenuestro, rezado con Cristo, porque es Él quien nos lo da.

### **¿Qué cambia Jesús en la vida?**

Pero si la fe es esencialmente fe en Jesucristo, ¿qué pide la fe que sea más esencial y vital que el mismo Jesucristo, su presencia que colma el corazón y la vida del hombre?

Una amiga, madre de familia y abuela, que da catequesis en un colegio, me escribió contándome la enorme provocación que había supuesto para ella la pregunta de una niña de diez años: «¿Qué pasaría si Jesús no hubiera nacido? ¿Y si no estuviera presente? ¿Qué cambiaría en nuestra vida?».

Se trata realmente de una provocación sobre la fe. Mi amiga catequista me escribía: «¡Qué provocación tan increíble! Esta niña me ha obligado a plantearme otra vez una pregunta que, sorprendentemente, coincide con lo que estamos estudiando en la Escuela de comunidad, es decir, la fe como adhesión a esa Presencia reconocida y cuyo impacto concreto reconocemos en todos los aspectos de la vida. ¡La fuerza de los niños es que no esperan una respuesta teológica, sino que quieren hechos! Y esto me ha obligado a rebuscar dentro de mí para encontrar la respuesta. No a rebuscar en el sentido de no saber qué decirle, sino que, para responder, he tenido que empezar a descartar todas las respuestas superfluas que me venían instintivamente para llegar al corazón de la cuestión: Jesús, ¿para mí eres realmente indispensable para vivir?».

Continúa mi amiga: «Buscar la respuesta me ha llevado a un intenso “cara a cara” con Él, porque –para terminar– he descubierto otra vez que la respuesta no puede ser más que una Presencia presente en este

momento, que me abraza ahora por completo, tal como soy. “¡Te necesito ahora!”. Y termino suplicándole: “¡Jesús, no me abandones!”».

En resumen, la fe no se testimonia sin Cristo. No solo sin Cristo como contenido de la fe, sino sin Cristo presente reconocido aquí y ahora por la fe, por los ojos de la fe que lo miran a Él. La pregunta que esta niña de diez años ha formulado tan bien, con tanta verdad, es la pregunta acuciante que nos plantea el mundo entero, a menudo de forma tácita o mal formulada, y que por otro lado nos plantea el mismo Cristo.

¿Qué cambia en mi vida el acontecimiento de Cristo, su presencia? Me lo he preguntado de nuevo en estas semanas de celebración de la pasión, muerte y resurrección del Señor. ¿Qué cambia la Pascua en mi vida? ¿Qué huella deja, qué determinación deja? Hay una forma errónea y estéril de plantearse esta pregunta, que es mirarse a uno mismo, examinarse a uno mismo de forma moralista, sentimental o intelectual. Como si una madre, durante el embarazo, pensara solo en cómo cambia ella, en cómo cambia su forma, su peso, en cómo cambian sus fuerzas, y no pensara en el niño, en la presencia del niño que crece en ella. Mi amiga catequista ha captado el núcleo de la cuestión, lo que realmente está en juego. El impacto de la presencia de Cristo en nuestra vida es ante todo, esencialmente, la presencia de Cristo. Y si algo debe cambiar en mí, es que yo sienta, experimente, sufra cuán necesario me resulta Él, cuánto me falta Cristo si no está o no le presto atención; y cuánto llena su Presencia mi vida, cuánto sentido y belleza le aporta.

Sí, lo que cambia la vida es que la presencia del Señor está ahí. Lo que cambia radicalmente la vida es el hecho de que Él está presente. Por eso, en un «cara a cara» es donde se entiende qué cambia o no en la vida que Cristo esté o no. El «cara a cara» es ese reconocimiento, ese decirle «Tú» a Cristo que me permite caer en la cuenta de que Él ya me está diciendo «tú» antes de que yo me dé cuenta. Como los discípulos de Emaús que, aunque no lo habían reconocido durante todo el camino, al escucharlo, al mirar a este peregrino en la penumbra de la noche, se dieron cuenta después de que ya lo percibían, de que su vida ya había cambiado, asumía una forma nueva, de que en ellos ardía como un fuego que permitía al corazón gritar «¡TÚ!» antes incluso de que la conciencia pudiera llamarlo por su nombre.

Esto me recuerda el comentario del encuentro de Jesús con la Magdalena en el que san Gregorio Magno, en la homilía número 25 sobre

los Evangelios, hace decir a Jesús, que se dirige a María de Magdala: «¡Reconoce a aquel por quien eres reconocida!»<sup>68</sup>. Es como si le dijese: «¡Dile “Tú” a Aquel que te dice “tú”!».

Hace un par de semanas cené en casa de mi querido amigo Carras en Madrid, y conocí a Jone, su mujer, que me contó cómo había vivido el comienzo de la grave enfermedad que la dejó completamente paralizada durante meses. En el espacio de unas pocas horas se encontró inmovilizada e intubada, capaz únicamente de ver y de escuchar. Y ahí le dijo «Tú» a Cristo, se puso a decirle «Tú» a Cristo, y esto le dio inmediatamente un sentimiento de su propia consistencia, de su dignidad por haber sido creada y amada por Dios, que ya no la ha abandonado, que la ha determinado más que cualquier otra cosa. Y nos contaba cómo los médicos que la atendían, sin poder hablar con ella, simplemente mirando cómo estaba, reconocían su fe, reconocían que en medio de todo ella tenía una fuerza, una paz que los demás enfermos no tenían: la fe.

## La fe que informa la vida

He aquí el meollo de la cuestión de la fe. Solo si la fe es reconocimiento de una «Presencia presente en este momento», como me escribía mi amiga catequista, una Presencia a la que dices «TÚ» como Jone, anclándote en este «TÚ» como consistencia de toda la vida, que te salva incluso cuando todo falla; solo si la fe es esto, se convierte en nosotros en un punto original del que surge todo, en el eje que irradia una vida realmente transformada por Cristo y que transforma toda la realidad desde dentro. La fe se nos da y se nos pide para devolver a toda la realidad la consistencia que ha perdido lejos de Aquel que la hace.

Desde que leí por primera vez en mi adolescencia el *Diario de un cura rural* de Georges Bernanos, me acompaña una consideración que escribe el sacerdote protagonista en medio de la prueba que está viviendo en su cuerpo enfermo, en las relaciones complicadas con su grey, en su espíritu en lucha con un Dios escondido que lo mantiene en la agonía de Getsemaní.

Escribe en su *Diario*: «¡No, no he perdido la fe! Esa expresión, “perder la fe”, como si se perdiera el monedero o un manojo de llaves, me ha parecido siempre un poco necia. Sin duda pertenece a ese vocabu-

<sup>68</sup> San Gregorio Magno, papa, «Homilias sobre los Evangelios», Hom. 25, 1-2. 4-5; PL 76, 1189-1193.

lario piadoso burgués y “como debe ser”, legado por esos tristes sacerdotes del siglo XVIII, tan habladores. La fe no se pierde, simplemente deja de informar la vida. (...) Cuando un hombre culto va poco a poco rechazando de una manera insensible su creencia, hasta relegarla en un rincón de su cerebro, donde vuelve a encontrarla ayudado por un esfuerzo reflexivo, de memoria, si es que conserva aún ternura por lo que ya no existe y podía haber existido, no sabríamos dar el nombre de fe a un signo abstracto, que se parece a la fe (...) lo mismo que la constelación del Cisne se parece a un cisne»<sup>69</sup>.

«La fe no se pierde, simplemente deja de informar la vida». Es decir, deja de dar forma a la vida desde dentro. *In-formare*, etimológicamente, antes que significar solo y de forma banal «dar noticias», significa «dar forma por dentro», «formar desde dentro».

Y esto nos ayuda a tomar conciencia del verdadero problema de la crisis de fe que todos vivimos, que vive el pueblo cristiano, que vive el hombre contemporáneo, hijo de siglos de una fe abstracta o moralista, desvinculada de la realidad y de la razón. Esto nos ayuda también a tomar conciencia de cómo reavivar nuestra fe, de cómo encontrarla otra vez en nosotros en el rincón de nuestra vida y nuestra conciencia al que la hemos relegado. No la hemos perdido, como dice Bernanos, sino que la hemos dejado de lado, en el trastero de las cosas inútiles que no tiramos pero con las que ya no sabemos qué hacer ni para qué sirven.

Y es que la fe sirve precisamente para informar la vida, para dar forma a la vida. Solo se entiende para qué sirve la fe cuando esta informa la vida, solo cuando da a la vida una forma que solo la fe puede darle. Dejar de lado la fe la vuelve inútil. Pero no se vuelve inútil porque sea inútil en sí misma. Se vuelve inútil porque la dejamos a un lado. Porque una fe que dejamos a un lado ya no ocupa el lugar desde el que puede informar la vida, desde el que puede dar forma a la vida y transformar así el mundo.

### *Regina Coeli*

---

<sup>69</sup> G. Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Plon, Paris 1955, pp. 134-135; la traducción es mía. Cf. G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009, p. 121.



## SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Sábado de la Octava de Pascua, año A: Hch 4,13-21; Sal 117; Mc 16,9-15*

**HOMILÍA DE SU EMINENCIA CARDENAL KEVIN JOSEPH FARRELL  
PREFECTO DEL DICASTERO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA**

Queridos hermanos y hermanas,

en esta octava de Pascua vivimos aún de la plenitud de la luz, la paz y la alegría que emana de la victoria de Jesucristo sobre la muerte. El Evangelio que acabamos de escuchar está tomado del llamado «final canónico de Marcos», ausente en los antiguos manuscritos del segundo Evangelio pero cuyo contenido enriquece nuestra fe. Aborda en varias ocasiones la cuestión de la incredulidad de los apóstoles: ellos no creen el testimonio de María Magdalena, que dice haber visto a Jesús vivo, tampoco creen el testimonio de otros dos discípulos que dicen haberse encontrado con Jesús cuando «iban caminando al campo». Finalmente, el mismo Jesús se les aparece «cuando estaban a la mesa» y los reprende por «su incredulidad y dureza de corazón».

Esta persistente y casi obstinada incredulidad de los apóstoles es un aspecto importante que nos transmite la revelación neotestamentaria sin eliminarlo ni «edulcorarlo». Muchas veces a lo largo de la historia se ha intentado atacar el credo cristiano diciendo que la resurrección de Jesús sería un mito creado por la comunidad de sus primeros discípulos, fruto de una exaltación colectiva o de la glorificación póstuma del maestro, como sucedió en otras muchas creencias religiosas del pasado.

En realidad, el testimonio sorprendente de los relatos evangélicos contradice todas estas hipótesis. El grupo de los discípulos de Jesús no se encontraba en absoluto en un estado de «exaltación colectiva». Por el contrario, los Evangelios nos dicen que estaban temerosos, angustiados y abatidos. Y tampoco se percibe en ellos una actitud de credulidad fácil ni de inclinación al misticismo religioso. De hecho, es evidente, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy, que la mera idea de que Jesús estuviera todavía vivo les parecía poco creíble a los apóstoles. ¡Les resultó extremadamente difícil convencerse de que Jesús había vencido a la muerte!

Por tanto, la incredulidad de los apóstoles es precisamente un signo sólido de la credibilidad del Evangelio. Lo que hay en el corazón de

nuestra fe no es un mito, no es una ilusión colectiva, ni una leyenda creada por la comunidad en busca de consuelo. ¡No! El fundamento de nuestra fe es un hecho: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha vencido realmente a la muerte! ¡Al resucitar, Cristo ha entrado con su humanidad en la dimensión misma de Dios y de la eternidad! Este acontecimiento inesperado y asombroso ha sido constatado por muchos testigos oculares, como estamos escuchando estos días en el relato de las apariciones del Resucitado que la liturgia nos propone.

Estoy convencido de que vosotros también tenéis experiencia de Cristo resucitado en vuestra vida, por eso estáis aquí, por eso estáis en la Iglesia, por eso intentáis vivir como cristianos en el mundo de hoy. Habéis encontrado a Cristo resucitado en la comunidad cristiana, que os ha transmitido su palabra con autoridad. En la palabra de la Iglesia, en efecto, reconocemos la voz misma de Cristo vivo que habla a lo más hondo de nuestro corazón. En la comunidad cristiana habéis reconocido a Cristo resucitado «al partir el pan», como les pasó a los discípulos de Emaús. En la comunidad cristiana habéis encontrado el rostro misericordioso de Jesús resucitado que ha respondido con el perdón a nuestro pecado, a nuestra indiferencia y a nuestra soberbia, como le pasó a san Pablo en el camino hacia Damasco. En la comunidad cristiana habéis encontrado a Cristo resucitado, que nos ha donado su Espíritu, que se ha convertido en fuente de renovación, de renacimiento, de iluminación y de infinitas energías creativas que poner al servicio de los hermanos, como les pasó a los discípulos en Pentecostés.

Queridos hermanos, la comunidad cristiana en la que habéis encontrado a Cristo resucitado ha asumido para vosotros el rostro concreto de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Quizá os habéis encontrado aquí con una «María Magdalena» que os ha hablado de Jesús con agradecimiento y con fervor. Aquí os habéis topado con los dos discípulos «que iban caminando al campo» y que os han contado que han tenido un encuentro impresionante.

Tal vez al principio vosotros también habéis reaccionado con «incredulidad» y «dureza de corazón», pero poco a poco la serenidad, la razonabilidad de la fe y la alegría de los que os han traído ese anuncio os han conquistado. Esos cristianos han mostrado la certeza de un destino bueno que está en el origen y en el culmen de nuestra existencia, un destino que nos ha salido al encuentro y que se ha dado a conocer. Eso os ha fascina-

do. La forma de vivir y de estar juntos de los que decían haber encontrado a Cristo, su compromiso apasionado con la vida, que no deja nada fuera de su interés, todo eso os ha sorprendido y ha suscitado en vosotros el deseo de vivir también de ese modo. Habéis pensado que si Cristo es alguien que ayuda a la gente a vivir de una manera tan plena y feliz, tan auténticamente humana, entonces vale la pena acogerlo y seguirlo.

Y efectivamente, al empezar a seguir a Jesús y a vivir en compañía de sus discípulos, habéis comenzado a experimentar una gran paz, habéis empezado a descubrir con sorpresa que en Cristo estaban las respuestas a vuestras preguntas y a vuestros deseos más profundos, y que vuestra forma de mirar la vida, vuestra humanidad, vuestro trabajo, vuestras amistades, vuestra capacidad de amar, todo eso ha adquirido una profundidad nueva y una mayor «verdad». En efecto, eso significa encontrar a Cristo resucitado. Es el acontecimiento de un renacimiento, de una transformación, de una pacificación interior y exterior.

Conservad siempre la gratitud al Señor por esa gracia inmensa y también por esos «instrumentos» concretos de los que el Señor se ha servido: las personas, el carisma, la comunidad. Conservad también la lucidez y libertad de considerarlos como instrumentos para el verdadero y auténtico encuentro, es decir, el encuentro con Cristo resucitado.

En el relato de Marcos hemos escuchado que, justamente a esos discípulos tan «incrédulos y duros de corazón», Jesús les confía la misión de «proclamar el Evangelio a toda la creación». A todos nosotros, aunque débiles y con una fe a menudo vacilante, Jesús nos confía tareas grandes. Me ha impresionado el párrafo de una carta que he leído recientemente, escrita por don Giussani en 1960, cuando soñaba con partir de misión a Brasil junto a un grupo de jóvenes.

«“El mundo entero” es el único horizonte del cristiano, y “quien trabaja sin este ideal podrá ser denodadamente honesto, enormemente asceta, incluso heroico, pero no un verdadero cristiano”»<sup>70</sup>. ¡Qué verdaderas son estas palabras de don Giussani! Como muchas otras de sus palabras, aún por valorar y asimilar plenamente. Os invito por tanto a retomar las enseñanzas de don Giussani en su integridad, pues constituyen una gran riqueza para la Iglesia de hoy.

---

<sup>70</sup> L. Giussani, citado en L. Brunelli, en el inserto «Religio», p. 1, *L'Osservatore Romano*, miércoles 8 de marzo de 2023.

El encuentro con Cristo resucitado ensancha verdaderamente nuestros horizontes y nos abre al «mundo entero», suscita en nuestro corazón el deseo de llegar a cada hombre y de llevar a todos la alegría de la Buena Noticia. No perdáis nunca esa mirada universal, ese impulso misionero y ese gran amor hacia todos los hombres que Jesús indica a sus discípulos y que don Giussani siempre sintió arder dentro de sí.

Esta misión universal de la Iglesia, aunque se lleve a cabo con ímpetu y entusiasmo, nunca será fácil, pues encontrará oposición, como hemos escuchado en la primera lectura. Pero el relato de los Hechos nos testimonia que, frente a la prohibición de anunciar a Cristo y de curar «en su nombre», Pedro y Juan conservan una gran valentía y libertad de espíritu, y afirman: «No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Este testimonio apostólico es de gran ayuda para nosotros. Vemos aquí que el «carisma» de Pedro y de los apóstoles es precisamente el de mantener vivo el anuncio del Evangelio, también cuando este se topa con la indiferencia o incluso el rechazo del mundo. Por ello, solamente si mantenemos firme la comunión con Pedro y con la Iglesia tendremos también la fuerza necesaria para decir: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Nuestro vínculo con los sucesores de los apóstoles confiere garantía de eclesialidad y autoridad a nuestro anuncio, y nos ayudará a no ser «anunciadores de nosotros mismos», sino personas aferradas por el Misterio, resucitados también nosotros con Cristo y anunciadores de su victoria sobre la muerte. El valioso servicio que los cristianos estamos llamados a prestar por amor a los hombres y mujeres de nuestro tiempo consiste en mantener el mundo abierto al misterio de Dios, anunciar con nuestra vida el «hecho» indudable de la resurrección de Cristo, con toda la luz y la esperanza que emanan de ella.

Que la Virgen María os sostenga en vuestro camino y en la misión que el Señor confía a vuestra Fraternidad y a cada uno de vosotros individualmente. Amén.

## ANTES DE LA BENDICIÓN

***Davide Proserpi.*** Eminencia, permítame, en nombre de toda la Fraternidad de CL, expresarles nuestro más vivo y triple agradecimiento.

Gracias por haber aceptado nuestra invitación a compartir con nosotros el camino de profundización del contenido de la fe que estamos recorriendo estos días. Gracias por las preciosas palabras que nos acaba de dirigir en la homilía, que nos invitan a recuperar la totalidad de la enseñanza y la pasión misionera de don Giussani. ¡Es también nuestro gran deseo! Gracias por la atención paternal con que nos está acompañando de cerca junto al Santo Padre en esta etapa de nuestra historia. Para nosotros se trata de un signo potente y de una confirmación continua de la acción del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra comunión.

No nos interesa otra cosa que vivir para la gloria de Cristo en la tierra, y por tanto para servir a la Iglesia con nuestra vida y nuestro testimonio, pobre pero cierto de que solo Cristo es capaz de responder a las preguntas y a la confusión en la que se agita el corazón del hombre de nuestro tiempo.

Eminencia, sigamos caminando juntos por este camino.

Estamos a su disposición. ¡Gracias!

***Cardenal Farrell.*** Antes de la bendición final quisiera daros las gracias a todos.

Habéis recibido la vocación de ser miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que –como he aprendido a lo largo de mi vida– es uno de los movimientos eclesiales más importantes en la Iglesia hoy en día.

Considero a don Giussani uno de los profetas más grandes de la Iglesia, de la Iglesia moderna. Y vuestra vocación es una vocación que está hecha e inspirada para la cultura de nuestros días. Es para este momento, uno de los momentos más difíciles en la vida de la Iglesia. Pero con vosotros, con nosotros, creo que la Iglesia siempre camina hacia delante, porque lo que ha dicho tantas veces don Giussani es verdad.

Nosotros somos los apóstoles del futuro, vosotros sois los apóstoles del futuro.

Entonces os doy las gracias por el testimonio de vida cristiana que nos dais todos los días a todos nosotros. Que Dios, nuestro Señor, os bendiga a todos. Gracias.

# *Sábado 15 de abril, por la tarde*

*Arvo Pärt*

*Which was the son of... y Nunc Dimittis, Estonian Philharmonic Chamber Choir – Paul Hillier*

*Edizioni Harmonia Mundi*

*Fratres, Hungarian State Opera Orchestra – Tamas Benedek – Edizioni Naxos*

*The Deer's Cry, The Sixteen – Harry Christophers – Edizioni Coro*

## **Davide Prosperi**

Tenemos una agradable sorpresa: ha venido a vernos el nuevo obispo de Rímìni, Su Excelencia monseñor Nicolò Anselmi, que ha sucedido a Su Excelencia monseñor Francesco Lambiasi desde hace tres meses, por tanto está recién nombrado. Viene de Génova.

## **Monseñor Nicolò Anselmi**

Gracias por esta acogida. Me honra de verdad estar aquí. Tengo todavía en la retina –lo digo de verdad– la asamblea de hace una semana, en la que se habían reunido tres mil quinientos chavales. Vosotros sois mucho más numerosos, más guapos, más todo, obviamente. ¡No vaya a meter la pata nada más empezar!

Quería agradeceros que estéis aquí, también en nombre de la diócesis de Rímìni, a la que el Señor, a través del Papa, me ha llamado a servir desde hace casi tres meses. Estamos felices de saludaros y de asegurarnos nuestra oración por este momento tan importante y os agradecemos todo el bien que hacéis en vuestras diócesis, en nuestras diócesis. Saludo también a las muchísimas personas que nos siguen conectadas por vídeo.

## **Prosperi**

Son más de veinticinco mil.

## **Monseñor Anselmi**

Me dirijo ahora a la catedral a celebrar la misa y rezaré por vosotros, por el padre Mauro y por toda la Fraternidad, para que el Espíritu Santo pueda tocar realmente vuestro corazón. Gracias.

## **Prosperi**

Gracias.

■ SEGUNDA MEDITACIÓN  
**Mauro-Giuseppe Lepori**

*Para que el mundo crea*

**«Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3,17)**

«No se puede perder la fe, simplemente deja de informar la vida»<sup>71</sup>, escribía el cura rural de Bernanos. Pero, ¿cuál es la forma que la fe quiere dar a la vida?

San Pablo nos lo explica estupendamente en la Carta a los Efesios, uno de los pasajes paulinos más bellos y sublimes, que escribe desde la prisión, una prisión que preocupa a los efesios como si pudiese socavar el apostolado de Pablo en detrimento de ellos, en detrimento de la Iglesia y del mundo pagano que espera el Evangelio. Cuántas veces pensamos que una enfermedad o una fragilidad, nuestra o de nuestros amigos, puede mortificar una vocación, una misión, la fructificación de un carisma. En cambio, Pablo tranquiliza a los efesios sin medias tintas: «Así pues, os pido que no os desaniméis ante lo que sufro por vosotros, pues redundará en gloria vuestra»<sup>72</sup>.

Y enseguida explica por qué, desvelando así su posición ante Dios, es decir, su fe y cómo la fe debe informar la vida de ellos igual que informa la suya:

«Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios»<sup>73</sup>.

La fe es precisamente ese consentimiento del corazón a la presencia de Cristo que se nos da, que viene a habitar en nuestros corazones y que nos permite enraizarnos y fundarnos en la caridad, en el amor de Dios,

---

<sup>71</sup> Ver aquí, p. 46.

<sup>72</sup> Ef 3,13.

<sup>73</sup> Ef 3,14-19.

de modo que, con todos los santos y al igual que ellos, es decir, esa «nube de testigos» de la que hablaba la Carta a los Hebreos, el corazón y la vida, precisamente porque están informados por la fe, se vuelven, por gracia, capaces de comprender, de hacer propias las dimensiones del amor de Cristo, «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» de este inmenso e infinito amor. Y se trata de una forma de nuestras personas, de nuestra vida que, como dice san Pablo, «trasciende todo conocimiento», nos supera totalmente como misterio, porque es misterio, el Misterio absoluto. ¡Así llegaremos a «la plenitud total de Dios»!

### **De otro modo, todo se desinfla**

¿Comprendéis a qué renunciamos cuando arrumbamos la fe en el desván, en un rincón de nuestro cerebro, como escribe Bernanos, o bien en un rincón sentimental? ¿Comprendéis a qué ha renunciado el mundo occidental, antaño cristiano, al situar la fe fuera del alcance de la razón, del pensamiento, de la cultura, de la vida política y social, y también fuera del alcance de la religiosidad? ¡*Se ha renunciado, se renuncia, casi sin darse cuenta, a «la plenitud total de Dios»!* ¡Se ha renunciado a las dimensiones infinitas del misterio de Cristo, del amor de Cristo! ¡De modo que, por así decir, todo se ha *desinflado!* ¡Se renuncia a las dimensiones infinitas del misterio de Cristo, del amor de Cristo! ¡Y por eso todo queda de algún modo desinflado! Vivimos en una cultura desinflada, en una sociedad desinflada, una vida familiar, una educación, un trabajo, un amor, una diversión, una oración, una creencia, desinflados, como un enorme globo o como muchos globos de los que se ha escapado, como a través de un minúsculo poro, el aire que les daba forma, que les daba plenitud. Pero lo mismo sucede con la vida consagrada, monástica, la vida comunitaria, la misión, el compromiso por la paz, por el desarrollo, o el arte, al igual que mucha actividad pastoral, o el compromiso con los medios de comunicación, con la política, es como si todo se desinflara de plenitud, de esa plenitud con la que la fe quiere «informarnos», con la que Cristo ha venido a informarnos, hasta el punto de que bastaría un granito de mostaza de fe para que esto suceda<sup>74</sup>, para que esto penetre en nosotros, para que Cristo penetre en nosotros, en la vida, haciendo que estallemos,

---

<sup>74</sup> Cf. Mt 17,20.



por así decir, por toda la plenitud de Dios, toda la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de su amor infinito y eterno.

Pero esta crisis no es propia solo de nuestra sociedad, de nuestro tiempo, de la Iglesia en esta época. Si así fuera, san Pablo no habría hablado de ello hace dos mil años. Si así fuera, sobre todo, Cristo no habría venido a hacerse hombre para habitar en medio de nosotros, para anunciar el misterio al que la libertad está llamada a consentir, a consentir con el sí de la fe. Se trata de la crisis de la humanidad, de la crisis del hombre desde el pecado original, cuando el hombre cedió a la tentación de pensar que la vida podía tener una forma alternativa a toda la plenitud de amor que Dios le ofrecía.

¿Qué le insinúa la serpiente a Eva, sino la ilusión de poseer una plenitud divina sin recibirla de Dios? «Dios sabe que el día en que comáis [del fruto] se os abrirán los ojos y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal»<sup>75</sup>.

El hombre y la mujer se encuentran inmediatamente vacíos, porque este conocimiento del bien y del mal es el conocimiento de la realidad tal como esta no es en realidad, porque no es tal como Dios la hace, porque Dios todo lo hace bueno, bello, positivo, donado, gratuito. Llenos de esta falsa plenitud, de este dudar de que Dios lo hace todo y nos lo da todo, de que nos ha hecho para recibir la vida y todo de Él, Adán y Eva se encuentran vacíos, desnudos, como descubriendo una forma de sí mismos vergonzosa, que hay que esconder.

Es precisamente a este hombre desinflado, vaciado de sí mismo porque se ha vaciado de la relación amorosa y confiada con el Creador, al que Cristo viene a traer con su venida un conocimiento real pleno, un conocimiento pleno de toda la realidad. Así es, y por eso escribe san Pablo: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis *abarcar* lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, *comprendiendo* el amor de Cristo, que *trasciende todo conocimiento*. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios»<sup>76</sup>.

Si queremos vivir dejando que nuestra vida esté informada por la fe, debemos aprender estas palabras de memoria y repetírnoslas dentro de

---

<sup>75</sup> Gén 3,5.

<sup>76</sup> Ef 3,17-19; las cursivas son mías.

nuestra vida cotidiana. Es como vivir *viendo* el Destino de la vida y del mundo, vivir teniendo delante de nosotros, en todo, con todos, siempre, al Resucitado que aparece en el Cenáculo la noche de Pascua y que, con todo el esplendor de su belleza y bondad, sopla sobre nosotros el Espíritu Santo para que nuestra vida sea misión de su paz y de su perdón: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados»<sup>77</sup>.

Solo así recobra su forma el hombre desinflado, sin fe, solo así encuentra otra vez la forma de su esencia verdadera, original, original en el corazón y en el pensamiento de Dios, del Padre.

### **Cristo, todo en todos**

«*Christ with me, Christ before me, Christ behind me*». «Cristo conmigo, Cristo ante mí, Cristo tras de mí, / Cristo en mí, Cristo debajo de mí, Cristo encima de mí, / Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda, / Cristo cuando me acuesto, Cristo cuando me siento, / Cristo en mí, Cristo cuando me levanto, / Cristo en el corazón de cada hombre que piensa en mí, / Cristo en la boca de cada hombre que habla de mí, / Cristo en los ojos que me ven, / Cristo en los oídos que me escuchan, / Cristo conmigo»<sup>78</sup>.

La conocida como oración de san Patricio (a la que el compositor estonio Arvo Pärt puso música en 2007) expresa la conciencia de un hombre completamente informado, plasmado en su yo por la fe en Cristo. Pärt consigue expresar a la perfección con la música que acompaña a estas palabras el sentido del crecimiento en nosotros de Cristo hacia una plenitud cada vez más grande y luminosa.

Esta humanidad en la que Cristo es todo, todo en nosotros mismos, todo en todos y todo en todo, en toda la realidad, es la humanidad nueva, la creación nueva que la fe hace posible, que la fe acoge, que la fe

<sup>77</sup> Jn 20,21-23.

<sup>78</sup> «Christ with me, Christ before me, Christ behind me, / Christ in me, Christ beneath me, Christ above me, / Christ on my right, Christ on my left, / Christ when I lie down, Christ when I sit down, / Christ in me, Christ when I arise, / Christ in the heart of every man who thinks of me, / Christ in the mouth of every man who speaks of me, / Christ in every eye that sees me, / Christ in every ear that hears me, / Christ with me» (William Byrd – Arvo Pärt, *The Deer's Cry* (2007), según la Coraza de san Patricio (ca. 377), Coro The Sixteen, dirigido por Harry Christophers, 2016, © Coro).

forma y plasma, abriéndose al acontecimiento pascual de Cristo que el Espíritu de Pentecostés convierte en algo íntimo en el corazón y a la vez en algo que irradia hasta los confines del mundo y del tiempo.

Desde el punto de vista musical, el compositor también hace crecer la música como para comunicar el sentido de la plenitud que llena el corazón, que llena la vida cuando más consciente se vuelve uno de que Cristo está en él, está ante él, de que Cristo está a su derecha, a su izquierda, de que Cristo lo es todo. Todo, siempre, en todo y en todos.

### **Desde Galilea hasta el fin del mundo**

«Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”»<sup>79</sup>.

Esta última escena del Evangelio de Mateo me hace pensar en lo que el Papa nos pidió al final de su discurso a la Fraternidad el pasado 15 de octubre: «No os olvidéis nunca de esa primera Galilea de la llamada, de esa primera Galilea del encuentro. Volver siempre ahí, a esa primera Galilea que cada uno de nosotros ha vivido»<sup>80</sup>.

Volver ahí, a la primera Galilea, quiere decir volver al encuentro en el que Cristo nos ha donado una fe que ha llenado nuestro corazón de Él, en el que Cristo se ha afirmado ante nuestro corazón como el todo de la vida, la vida de nuestra vida. Y cuando Jesús, después de la resurrección, quiso encontrarse de nuevo con sus discípulos en Galilea, mejor que en Jerusalén, en Judea, lo hizo para que entendieran que esa gran misión a la que estaban llamados tenía que brotar siempre del encuentro con Él, de ese primer y eterno encuentro con Él que cada uno de nosotros ha tenido, que vuelve a tener otra vez cuando descubre que la fuente de su vida es el mismo Cristo, que habita por medio de la fe en nuestros corazones haciendo que experimentemos otra vez y cada

---

<sup>79</sup> Mt 28,16-20.

<sup>80</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., pp. 17-18.

vez más «con todos los santos, lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento» para que lleguemos a la «plenitud total de Dios».

Pero no vamos realmente a Galilea, no volvemos al primer encuentro con Jesús, a la fuente del carisma del que hemos sido revestidos, y por tanto no lo reavivamos, si ese ir, ese volver a ese encuentro del que surge todo, si esa primera compañía y amistad que nos lo debe recordar, no la descubrimos inmediatamente como *enviada en misión* hacia todos los pueblos, hacia toda la humanidad que todavía no ha sido bautizada en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, que no ha sido revestida todavía de la gran presencia de Dios que es amor, que es comunión abierta al hombre, que quiere abrazar a cada hombre, a todos los hombres.

Volver a Galilea quiere decir volver al primer encuentro que encendió en nosotros *el carisma cristiano, que es el don divino de poder abrazar a Dios que se entrega*, de vivir perteneciendo al don de la presencia de Dios con nosotros en el Hijo encarnado, que ha prendido en el mundo gracias al Espíritu del Padre.

Pero no se vuelve a esto sin escuchar al Resucitado que justamente ahí nos dice: «¡Id! ¡Id a todos los pueblos!», prometiéndonos que quien va, quien parte, lleva Galilea consigo, porque lleva consigo la presencia de Cristo, la presencia cotidiana, familiar y constante de Cristo: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»<sup>81</sup>.

¿Puede Cristo hacernos una promesa más bella, más regocijante, más esperanzadora que esta?

Sí, realmente «Cristo conmigo, Cristo ante mí, Cristo tras de mí, Cristo en mí, Cristo debajo de mí, Cristo encima de mí, Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda...».

La fe es esa mirada, esa escucha, esa atención del corazón que ve, que oye, que se acuerda, que hace memoria de que ya no es posible salir, encontrarse fuera de la anchura, de la longitud, de la altura y de la profundidad del amor de Cristo experimentado personalmente y todos juntos.

---

<sup>81</sup> Mt 28,20.

## Es Cristo quien resuelve las dudas de fe

Y esta posición, esta conciencia, esta certeza, esta seguridad indestructible, es precisamente una cuestión de fe, es la fe. Lo vemos en la última escena del Evangelio de Mateo que acabo de mencionar: «Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron»<sup>82</sup>.

Pensamos en seguida: ¡pero no es posible! ¡Qué desastre! ¿Los once? ¿Los apóstoles? ¡Después de cuarenta días viéndolo resucitado! ¡Después de escucharlo hablar, de verlo incluso comer pan y pescado, de ver y tocar sus heridas en su cuerpo vivo y glorioso! ¡Después de haber estallado de alegría cada vez que lo veían!... ¿¡Dudan!>? Es decir, todavía no tienen fe. No están verdaderamente convencidos de Él, de que Él está aquí, de que Él está vivo y presente.

¡Cómo no reconocernos en esta actitud absurda, cómo no reconocer que nosotros también somos como ellos!

Pero, ¿qué hace Jesús? ¿Acaso los reprende otra vez? No. *Jesús se acerca más*. «Pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”».

Es como siuviésemos que entender que los problemas de fe, las crisis de fe, no las resolvemos nosotros, sino Cristo. Y las resuelve haciendo más cercana, más visible, más audible, más palpable y experimentable su presencia.

¿No es acaso la experiencia que todos tenemos? Cuántas veces dudamos, sobre todo si nos encontramos, como Pedro, en medio de una tempestad en el mar, y nos parece que a Dios ya no le importamos nosotros o el mundo, y tampoco la Iglesia, y después, de repente, sucede algo, sucede alguien en quien nos sorprende de nuevo la presencia del Señor. Justamente como en las apariciones del Resucitado. Hemos pasado toda la noche sin pescar ni un cangrejo, tenemos la moral y el humor por los suelos, y entonces aparece en la orilla uno al que después reconocemos como el Señor que está con nosotros todos los días hasta el final del mundo<sup>83</sup>. Y entonces nos damos cuenta de que ese momento

---

<sup>82</sup> Mt 28,16-17.

<sup>83</sup> Cf. Jn 21,1-7.

de duda, de poca fe, de sentimiento de abandono, que nos ha hecho vivir mal, que nos ha vuelto huraños con la realidad, con las personas y las cosas, deprimidos y violentos, caprichosos con todo y con todos; pues bien, nos damos cuenta de que ni siquiera ese tiempo ha sido un paréntesis en la presencia de Cristo, sino en nuestra fe.

Pero –¡gracias a Dios!– la fe no se produce por sí misma, sino que nace y resurge del encuentro con Él, y Él siempre está presente, siempre llama a nuestra puerta, siempre se acerca de nuevo, se acerca más para encontrarse con nosotros.

### **Levantar los ojos con Jesús**

¡Pero prestemos atención! Cristo no se acerca solo para reavivar nuestra fe, o mejor para reavivar la fe como la entendemos nosotros, de forma intimista, como si fuese solo un instrumento que me sirve a mí, para estar mejor yo. Cuando Jesús reprochaba a sus discípulos, a Pedro, su «poca fe», literalmente «su fe pequeña», quizá pensaba justamente en esto: en una fe que solo sentimos que nos falta cuando algo nos sale mal. Por tanto, una fe que nos basta con que se encienda de forma intermitente, cuando sentimos su necesidad, cuando no tenemos otras luces más potentes, o que, en cualquier caso, nos basta para dar los tres pasos necesarios para girar alrededor de nosotros mismos. ¡Cuántas veces denuncia el Papa esta fe reducida!

No, la fe que la presencia de Cristo quiere reavivar es esa luz que el anciano Simeón vio y enseguida anunció: «Mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel»<sup>84</sup>. No le bastaba una fe que consolara su vejez. Su fe abrazó al mundo entero.

La fe es mezquina y estéril, incluso para iluminar la vida cotidiana, si su horizonte no está marcado por el anhelo de la salvación del mundo entero.

De hecho, al meditar sobre el carisma de don Giussani, el papa Francisco concluía diciendo: «¡Hay muchos hombres y muchas mujeres que todavía no han hecho ese encuentro con el Señor que ha cambiado y hecho vuestra vida hermosa!»<sup>85</sup>.

---

<sup>84</sup> Lc 2,30-32.

<sup>85</sup> Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 15.

¿Podemos dormir tranquilos después de escuchar una frase así?...

Pienso a menudo en aquella vez que Jesús se retiró con sus discípulos al monte para descansar un poco, porque una gran multitud lo seguía constantemente. Estaba allí hablando con sus discípulos, que estaban sentados delante de Él. Y, de repente, los discípulos ven que la mirada que los miraba se levanta y mira más allá, lejos (como si yo ahora mirara más allá del fondo de la sala). Instintivamente todos se dan la vuelta y ven que Jesús ha visto venir de lejos, otra vez y como siempre, a «muchacha gente». Es la escena que se cuenta al comienzo del capítulo seis del Evangelio de san Juan: «Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos y, al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: “¿Con qué compraremos panes para que coman estos?”. Lo decía para probarlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer»<sup>86</sup>.

Esto es lo que debe sucederle a quien tiene verdaderamente «fijos los ojos en Jesús», los ojos fijos en los ojos de Jesús. Normalmente, cuando alguien mira una cara se fija en los ojos. Ahora bien, quien tiene los ojos fijos en Jesús ve que su mirada traza un horizonte sin límites, lleno de compasión, lleno de conciencia de lo que le falta a la humanidad, lleno de conciencia de aquello de lo que tiene hambre el corazón del hombre. Jesús provoca a Felipe sobre el pan que alimenta el cuerpo, pero sabe ya que después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces les ofrecerá el anuncio del pan de vida que es su cuerpo eucarístico: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo»<sup>87</sup>.

«Mi carne por la vida del mundo». ¿Cómo escucharían estas palabras los discípulos, los pocos que desde ese momento permanecerán con Él? ¿Y cómo escuchamos nosotros un reclamo como el del Papa: «Hay muchos hombres y muchas mujeres que todavía no han hecho ese encuentro con el Señor que ha cambiado y hecho vuestra vida hermosa»?

---

<sup>86</sup> Jn 6,3-6.

<sup>87</sup> Jn 6,51.

## Reunidos en la fe para irradiar la fe al mundo entero

La oración de san Patricio musicada por Arvo Pärt me ha recordado la visita que el gran músico realizó hace años a mi abadía en Suiza, donde vivía antes de que me llamaran a Roma. Pasó con nosotros veinticuatro horas, porque los organizadores del festival de música sagrada de Friburgo le habían propuesto una estancia en un monasterio para ver si le inspiraba una composición. Su presencia nos impresionó mucho a todos los monjes por la sencillez de corazón con la que vivió con nosotros cada momento de nuestra vida. Un hombre con corazón y mirada de niño que veía en todo un motivo de asombro que nos contagiaba. Me hizo pensar mucho en don Gius, en su personalidad.

Pues bien, Arvo Pärt se quedó muy impresionado por el coro del siglo XV de mi abadía, en el que están representadas las figuras de los doce apóstoles emparejados con doce profetas. Cada apóstol recita un artículo del Credo y cada profeta una frase de su libro que se adapta al artículo del Credo. Henri de Lubac escribe en su *Exégesis medieval* que el coro de la Abadía de Hauterive es el último desarrollo de la tradición legendaria según la cual cada uno de los apóstoles, antes de separarse para ir a evangelizar el mundo, pronunció un artículo del Credo<sup>88</sup>.

Desgraciadamente, Arvo Pärt no ha realizado, por lo menos hasta ahora –tiene ochenta y siete años–, una obra musical inspirada en este coro. Sin embargo, nos hizo ser más conscientes de la inspiración que esas figuras tenían que transmitirnos a los monjes que rezábamos en ese coro todos los días, siete veces al día, de la inspiración que deben ser para nuestra fe y nuestra vida comunitaria, nuestra vida de comunión.

Porque esta leyenda, aunque no es históricamente verosímil, es justa desde el punto de vista teológico, es justa porque expresa el modo con el que estamos llamados a vivir la Iglesia, la fe y la misión. Es justa sobre todo porque nos recuerda que la fe cristiana no se puede separar de la comunión. La comunión eclesial ha formulado la fe y es el eje sobre el que descansa su difusión constante y universal.

---

<sup>88</sup> Henri de Lubac, *Esegesi medievale. I quattro sensi della scrittura*, vol. 4, Jaca Book, Milán 2006, pp. 455-456.



## **Que todos sean uno, para que el mundo crea**

¿Cuál es la obra, la vocación, la misión que el acontecimiento de Cristo realiza en nosotros y entre nosotros si tenemos fe, la fe de la Virgen María, de los apóstoles, de los mártires, de la «nube de testigos» que guía e ilumina a la Iglesia desde hace dos mil años?

Jesús habla de ello en el momento más solemne de la Última cena, y lo hace rezando al Padre, revelándonos el contenido de su oración, de su profunda confianza en el Padre. No existe relación más real y consistente que la del Hijo de Dios con el Padre en el amor del Espíritu Santo. Toda la realidad es creada y recibe el ser y la consistencia de esa relación. El Ser es esta comunión eterna y sin fin, y todo lo que existe, en particular en nosotros y en nuestras relaciones, tiene su origen y su destino en la comunión trinitaria. Por ello, las palabras que expresa Jesús al rezar al Padre son como el culmen y la síntesis de toda la Revelación. ¿Qué nos puede revelar Cristo que sea más grande, más precioso, más verdadero, mejor, más bello, que su diálogo con el Padre? Durante treinta años María lo vio sumergirse en la oración al Padre, que con toda seguridad hacía retirándose a menudo durante la noche a lugares desiertos y escondidos. También lo vieron sus discípulos retirarse durante tres años en el misterio de su oración. Cuando le pidieron que los enseñara a rezar, Jesús les entregó el Padrenuestro, eco de su oración, pero, por así decir, traducida en palabras y peticiones adaptadas a nosotros, a nosotros que somos pecadores, que somos deudores. Por eso debió de ser una gran sorpresa para los apóstoles cuando, al final de los discursos sublimes de la Última cena, Jesús se quedó en silencio de repente, levantó los ojos al cielo y empezó a rezar al Padre en voz alta, como si se olvidase de que ellos estaban ahí, como si creyese que estaba retirado en el desierto mientras ellos dormían. En esa oración Jesús pidió por ellos, como debió de hacerlo siempre cuando rezaba en lo escondido. Pidió por ellos, por su misión, por su relación con el mundo. Y pidió también por nosotros, por todos los discípulos que desde hace dos mil años han creído en Cristo mediante el anuncio de los apóstoles y de sus sucesores, y por todos los discípulos que vendrán hasta el final de los tiempos. Y para todos pidió una cosa en particular, una cosa esencial, podría decirse que «la única cosa necesaria» de la que le habló a Marta<sup>89</sup>, valiosa no solo para los discípulos,

---

<sup>89</sup> Cf. Lc 10,41.

no solo para nosotros, sino para el mundo entero, la cosa más importante para todos:

«Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí»<sup>90</sup>.

Nuestra fe, que nos han transmitido los Apóstoles, que nos ha transmitido la Iglesia, y la fe del mundo, es decir, la fe de la humanidad que todavía no cree, que no conoce al Hijo enviado por el Padre para salvar al mundo, la fe no vive en nosotros y no nace en el mundo si falta la unidad de los discípulos, *si no se produce la comunión*, la comunión entre nosotros. *La comunión es el fruto de la fe de la Iglesia, de los discípulos; pero para el mundo, en el mundo, la fe es el fruto de la comunión.*

## El sentido de la pertenencia

Podríamos preguntarnos: ¿por qué esta insistencia de Jesús en la unidad para que el mundo crea? ¿Por qué insistir prácticamente solo en la unidad para permitirle al mundo acoger la fe? ¿Por qué Jesús pidió solo esto? ¿Por qué no pidió para sus discípulos, por ejemplo, la gracia de la santidad, o que hicieran milagros, que fueran buenas personas, honestas, coherentes, impecables, capaces de convencer con su palabra, con sus obras? ¿Qué tiene de especial la unidad, que tiene de único la unidad –disculpado el juego de palabras–?

Creo que Jesús pidió que los discípulos estuvieran unidos para que el mundo no diga: «¡Mirad qué majos son!», sino que diga: «¡Mirad cómo son de Cristo! ¡Cómo le pertenecen! ¡Qué valioso es Cristo para ellos, y... a pesar de ellos!».

Cristo pide la gracia de la unidad para que en ella se reconozca, se intuya al menos, que esa unidad no es obra de los discípulos, ni siquiera

---

<sup>90</sup> Jn 17,18-22.

de los más destacados entre ellos, sino que es obra de Cristo, más aún, ¡es Cristo, es el cuerpo de Cristo! La comunión es el cuerpo de Cristo.

San Pablo estaba determinado por esta conciencia y por la urgencia de reclamar a ella. Como en la primera Carta a los Corintios: «Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir. Pues, hermanos, me he enterado por los de Cloe de que hay discordias entre vosotros. Y os digo esto porque cada cual anda diciendo: “Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas, yo soy de Cristo”. ¿Está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿Fuisteis bautizados en nombre de Pablo?»<sup>91</sup>.

¡Qué dolor para un apóstol, para un padre que vive y se consume por generar a Cristo, por generar a Cristo en todos, verse instrumentalizado para crear divisiones en el mismo cuerpo de Cristo! ¡Qué horror para Pablo oír decir que hay algunos que dicen que le pertenecen a él más que al Señor!

Pero, ¿de dónde vienen esas desviaciones? Vienen de una fe desviada que pretende poseer a Cristo en lugar de dejarse poseer por Él, en lugar de ser suyos, en lugar de pertenecerle a Él. Es una falta de fe que hiere el corazón del Misterio que se nos ha comunicado al ser injertados en la comunión de la Iglesia mediante el bautismo. Somos bautizados «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», y por eso mismo somos insertados en esa unidad del Padre y del Hijo en el Espíritu que Cristo pidió al Padre para nosotros antes de morir en la cruz y resucitar de entre los muertos.

«No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado»<sup>92</sup>.

Toda pertenencia humana –incluso a discípulos de gran valor y llenos de carisma como Pablo, Pedro o Apolo– que no sirviera para hacernos crecer en la pertenencia a Cristo que, a su vez, nos inserta en su comunión con el Padre en el Espíritu Santo, no destruye únicamente la unidad de la Iglesia o de una comunidad eclesial, y no hace inútil solo

---

<sup>91</sup> 1Cor 1,9-13.

<sup>92</sup> Jn 17,20-21.

la misión de dar testimonio al mundo para que crea. *Nos destruye a nosotros*, destruye a la persona, la aleja de su verdad última, de su destino, como le dijo Jesús a Judas: «Uno de vosotros es un diablo»<sup>93</sup>. Judas ya no es él mismo, está poseído por una alienación, por otro que no lo constituye como nos constituye Cristo, como nos constituye el Padre. La unidad de nuestra persona, la unidad de nuestro corazón, se juega en la unidad de la Iglesia, se construye y se consolida en la unidad de la Iglesia, en la Fraternidad a la que el Señor nos concede pertenecer para ser suyos, para pertenecerle a Él. Mi amigo Luciano, el carpintero, me escribía siempre: «El Señor ha hecho que nos conozcamos para pertenecerle a Él, nos ha hecho amigos para pertenecerle a Él».

¿No es acaso evidente y palpable en nuestras comunidades que quien más se consagra a la comunión fraterna y más se sacrifica por ella más consistencia tiene como persona? Quizá es la persona más carente de dones y carismas, la menos capaz de actuar y de hablar, la menos inteligente. Y sin embargo, ¿qué evidente es que la comunidad se mantiene porque está esa persona, porque se da esa humildad, esa presencia, esa mirada, esa atención, esa caridad y esa fe!

Se cuenta que, cuando murió santa Teresa de Lisieux, las monjas no sabían qué escribir sobre ella en su esquela, justamente porque «solo» había amado y favorecido la comunión en la comunidad. No había hecho nada especial más allá de esto.

Cuántas personas así he conocido en los monasterios y en muchas otras comunidades, en nuestras comunidades. Personas amadas por todos sin un motivo aparente. Y es así porque no han vivido para algo sino para Alguien. La comunión entre nosotros no es «algo», sino que es Dios presente, es Dios que es amor, es el Espíritu Santo, es la Trinidad, el ser Uno de las tres personas que coincide con su ser. Solo una mirada de fe puede ver esto, y la educación en la fe es para llevarnos cada vez más a ver esto, a ver el Misterio entre nosotros, llenándonos de silencio, de asombro, de confusión por nuestro pecado, pero una confusión alegre, agradecida, segura de la misericordia del Padre, y nos llena del deseo de no ahogar esta belleza, el esplendor de la amistad que arde entre nosotros, a pesar de nosotros y, precisamente porque arde, irradia sin límites. Y hace que el mundo crea.

---

<sup>93</sup> Jn 6,70.

## La gracia de la unidad

Porque la unidad es una gracia. Ante todo porque Jesús se la pide al Padre. Todo lo que Jesús le pide al Padre es gracia segura, es carisma, don de Dios. El verdadero escándalo de las divisiones en la Iglesia, entre los cristianos, es que si surgen, deben venir necesariamente del rechazo de una gracia segura, de un carisma que se nos ha dado, porque no es posible que el Padre rechace una oración tan insistente del Hijo la víspera de su pasión y muerte. Es como si Jesús le hubiera dicho al Padre: «¡Toma incluso mi vida, déjame incluso morir en la cruz, pero dame la comunión para ellos, haz que muera para que nuestra unidad viva en ellos, para que entre ellos viva nuestro Ser, nuestra caridad!».

No es posible que el Padre no atienda la petición más radical del Hijo. Radical, pero no última. Jesús reza así al final de su vida para mostrarnos su oración eterna, lo que pide eternamente para nosotros, lo que está pidiendo ahora.

Siempre me ha impresionado una frase de la Carta a los Hebreos: «Pues bien, Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros»<sup>94</sup>.

Jesús está compareciendo *ahora* delante del Padre en favor nuestro, está hablando bien de nosotros, está intercediendo por nosotros, se entretiene con el Padre hablando sobre nosotros como un amigo que está lleno de preocupación por su amigo, como una madre por su hijo, como la esposa por el esposo. Me impresiona ese «ahora» que se inserta en la eternidad. Un «ahora» por tanto eterno en el cielo, pero que toca, por así decir, cada instante de mi vida, de nuestra vida. El instante que vivo ahora, la dificultad que vivo ahora, la caída que experimento ahora, mi pecado de ahora, la alegría que vivo ahora, Cristo le habla de todo ello al Padre, lo confía a la misericordia del Padre. Es lo mismo que decimos en cada Ave María: «Ruega por nosotros, pecadores, *ahora* (¡en este momento!) y en la hora de nuestra muerte». También la Virgen está delante de Dios confiándole el instante que vivo, la circunstancia en la que me hallo, todo, instante tras instante, hora tras hora, hasta mi último instante, hasta la hora de mi muerte, es decir, el instante que me hará

---

<sup>94</sup> Heb 9,24.

entrar en la eternidad en la que Cristo es mi abogado delante del Padre, mi juez defensor.

Si fuésemos conscientes de esto, ¡con qué intensidad viviríamos cada instante! Y si fuésemos conscientes de que en este instante Jesús le está pidiendo al Padre nuestra comunión, la comunión con el hermano o la hermana a la que nos gustaría estrangular, ¡qué estremecimiento sentiríamos por cómo tratamos la relación con los demás, por cómo vivimos nuestro estar juntos en la comunidad, por cómo pensamos en los demás! Tendríamos al menos un sentimiento de contrición por el descuido con el que quizá estamos tratando con nuestro pensamiento, nuestras palabras, nuestras obras y, sobre todo, nuestra omisión, a las personas con las que Cristo nos pide, más aún, nos concede estar unidas como Él lo está con el Padre en la Santísima Trinidad. La unidad no es solo una exigencia de la vida cristiana, sino que es un don de la vida cristiana, porque Cristo la pide como gracia.

Y nos debe confortar siempre el pensamiento, la certeza, incluso de fe, de que lo que el Hijo le pide al Padre es atendido siempre en el don del Espíritu Santo.

Lo peor que nos puede pasar es acostumbrarnos a la división, acomodarnos en la división, dándola por descontado, viviéndola con superficialidad, alimentándola por ejemplo con chismorreos. Un don que Dios pide a Dios, que Dios mendiga a Dios, y que Dios concede ciertamente a Dios, lo tratamos con superficialidad, como si la unidad que Cristo mendiga al Padre fuese una obsesión suya y no algo esencial para su misión, algo por lo que Él ha muerto, ha sudado y derramado su sangre. Olvidarnos del deseo ardiente y desgarrador de Cristo por nuestra unidad es la distracción más ignominiosa que podemos tener con relación al Misterio.

¿Es quizá este el pecado contra el Espíritu Santo que nunca será perdonado?<sup>95</sup>

### **«Señor, ¿a quién vamos a acudir?» (Jn 6,68)**

Pero entonces es urgente que nos preguntemos: ¿cómo podemos tomar nos en serio la unidad que Cristo pide y que el Padre concede? ¿Qué se nos pide para acoger este carisma que hace de la Iglesia el reflejo en el

---

<sup>95</sup> Cf. Mt 12,31-32.

mundo de la Trinidad, que hace de la comunidad cristiana la prueba de que todo consiste en un Amor eterno, de que todo tiene origen y fin, y por tanto sentido, en un Amor infinito? ¿En qué nos equivocamos cuando rechazamos este don?

Quizá el error se halla precisamente en pensar que la unidad tiene que ser una construcción nuestra más que un rendirnos a la gracia, es decir, a la ontología del Ser que hace cada cosa y nos concede ser conscientes de ella. Para estar unidos no se nos pide tener algo más, sino más bien renunciar a algo. ¿A qué? Al papa Francisco le gusta llamarlo «autorreferencialidad»<sup>96</sup>, san Benito lo llama «voluntad propia» o «presunción». Jesús lo resume todo en la pretensión de poder salvar nosotros mismos nuestra vida y la de los demás o, si lo preferimos, en no tener fe en Él, en no fiarnos de Él.

Por ello entendemos que un punto fundamental de la fe es precisamente la afirmación de que *solo Cristo nos salva*. La fe no alimenta la comunión porque nos haga mejores o más santos, o porque elimine las discordias, los conflictos o la discrepancia en las ideas. Cuanto mayor es la fe, más lo abraza todo dentro de la confianza en Cristo, de la fe en el Padre, y esto es lo único que nos permite estar unidos incluso y sobre todo con quien es distinto, con quien percibes como enemigo, con quien piensa de modo distinto, con quien actúa mal, y también permanecer unidos a pesar de todo lo que en nosotros es incapaz de edificar la unidad. La unidad de la Iglesia y en la Iglesia, la unidad de los discípulos que Cristo le pide al Padre para que el mundo crea, se basa por entero en ese acto de fe de Pedro que, a pesar de todo y de todos, y sobre todo a pesar de sí mismo, grita desde el fondo del corazón: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios»<sup>97</sup>.

«Nosotros creemos»: lo que Pedro expresa es realmente un acto de fe, en la forma plural que lo une a sus hermanos. Permaneciendo apegado a Jesús, permite a todos los discípulos permanecer apegados los unos a los otros. La fe que nos une es la conciencia que tiene Pedro de que no puede abandonar a Cristo sin caer en la nada, en una soledad en la que ya no sabríamos adónde ir, completamente perdidos. «Señor, ¿a quién vamos a acudir?».

<sup>96</sup> Cf., por ejemplo, Francisco, *Audiencia con el movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

<sup>97</sup> Jn 6,68-69.

## **La pretensión sobre uno mismo que fracasa**

Pero Jesús le responde a Pedro con una frase muy amarga que debe llenarnos, no de miedo, sino de humildad a la hora de vivir la fe y de vivir en la Iglesia, en nuestra comunidad. «Jesús le contestó: “¿Acaso no os he escogido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo”. Lo decía por Judas, el hijo de Simón Iscariote, pues este lo iba a entregar, uno de los Doce»<sup>98</sup>.

«Uno de vosotros es un diablo», es decir, es alguien que divide, que aleja tanto su corazón de Cristo que se convierte para todos en una tentación de separarse de Él, y por tanto en una tentación de perder el eje de nuestra humanidad que es únicamente Cristo. La unidad es Cristo en el centro y el apego desde la fe a Él como única salvación de la vida, como única fuente de una vida plena, eterna.

Aquel que, incluso cayendo, renueva la conciencia y el grito de que sin Cristo estamos perdidos, confirma la fe de los demás. «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos»<sup>99</sup>.

La fe de Pedro no está fundada en él, en sus cualidades, en su fuerza, en su valentía. La fe de Pedro es la fe de alguien que se ha convertido de la traición, como la fe de cada uno de nosotros. La fe de Pedro está fundada por completo en la oración de Jesús por él, la misma oración que funda nuestra unidad. La fe de Pedro es el apego a Jesús, el no haberse separado de Jesús, incluso cuando gritaba que no lo conocía. ¡Cómo tuvo que sentir Pedro que se mentía a sí mismo, que renegaba de sí mismo cuando renegaba del Señor!

La negación de Pedro culmina en un grito expresado con inaudita violencia: «Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar diciendo: “No conozco a ese hombre”»<sup>100</sup>. Una violencia generada por el miedo. Pero, ¿miedo de que? Miedo de perder la vida, miedo de ser arrestado, de sufrir la hostilidad y el maltrato de los judíos, miedo de morir, miedo sobre todo de un peligro indefinido, desconocido. Y sin embargo había

---

<sup>98</sup> Jn 6,70-71.

<sup>99</sup> Lc 22,31-32.

<sup>100</sup> Mt 26,74.



dicho: «¡Daré mi vida por ti!»<sup>101</sup>. ¿Quién de nosotros no ha tenido la experiencia de volverse agresivo y violento por miedo ante un peligro oscuro? La agresividad es un instinto de defensa. Ante un peligro que no conseguimos definir, perdemos el control de nuestras posibilidades de defensa. Como no medimos el peligro, como nos es desconocido, también la defensa pierde su medida, no sabe qué medida tomar. El error de Pedro es haberse preparado para defender a Jesús imaginándose el peligro que lo amenazaría. Se preparó para dar la vida *contra* quien amenazaba a Jesús más que *por* Jesús mismo. Hasta tal punto que se había equipado con una espada pensando que tendría que luchar contra la guardia armada. ¡Y no se había preparado para luchar contra una portera chismosa! Dicho de otro modo, se preparó para dar la vida fiándose más de sí que de Jesús, midiéndose más a sí mismo que a Jesús. Se preparó para dar la vida en lugar de dejársela quitar. En definitiva, se preparó para dar la vida fiándose más de sí mismo que del Señor, teniendo más fe en sí mismo que en Cristo. Si se hubiese fiado de Jesús, habría esperado el «más tarde» que Jesús le pedía que esperara para seguirlo: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde»<sup>102</sup>.

En resumen, Pedro trató de dar la vida por Cristo sin la fe, sin fiarse de Él. Y esta es la cuestión fundamental que debemos entender y vivir en la vida. Sin fe no se entrega la vida, no se ama, no se tiene caridad.

## Una fe grande

Entonces, preguntémosnos en qué consiste una fe grande, esa fe que Jesús había alabado en los paganos y que deseaba de sus discípulos. Si Jesús reprocha a Pedro y a los discípulos que tienen una fe pequeña, una fe mezquina, ¿en qué consiste una fe grande? ¿En qué consiste una fe que tiene las dimensiones correspondientes a la inmensidad de la misión que Cristo confía a la Iglesia, que son las dimensiones de su compasión por toda la humanidad? ¿Qué grande es la fe de Simeón, si ve que la presencia de Cristo ilumina el mundo solo por el hecho de que «él está aquí»<sup>103</sup>, un niño que no habla, que no camina, que no hace nada! ¿Qué grande es la fe de María que, cuando Jesús lleva un par de

---

<sup>101</sup> Jn 13,37.

<sup>102</sup> Jn 13,36.

<sup>103</sup> Lc 2,34.

días en su seno, canta ya en el Magnificat el inmenso impacto de la salvación en el mundo y en la historia!

Para poder entenderlo, os propongo una última escena del Evangelio. Dejémonos guiar por el asombro del mismo Jesús ante la fe tan grande de algunas personas, a menudo totalmente fuera de los esquemas de aquellos de los que se debería esperar la fe. El episodio que más me provoca desde hace algunos meses en este sentido es el del centurión piadoso que suplica a Jesús que cure a su siervo paralizado que sufre terriblemente<sup>104</sup>. Lucas dice que el centurión «estimaba mucho» a este siervo<sup>105</sup>.

Mateo cuenta que Jesús está dispuesto a ir enseguida a su casa. Pero el centurión le dice la frase que recitamos en parte en cada eucaristía antes de la comunión: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace»<sup>106</sup>.

Jesús reacciona maravillado ante la fe de este pagano. «Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían: “En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe”»<sup>107</sup>. Y le dice al centurión: «Vete; que te suceda según has creído»<sup>108</sup>.

En el Evangelio de Lucas, este episodio sigue inmediatamente a la sección que corresponde al *Sermón de la montaña* de Mateo, que empieza con las Bienaventuranzas. Lucas introduce el episodio del centurión con estas palabras: «Cuando terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró Jesús en Cafarnaún»<sup>109</sup>. Y es allí donde sale a su encuentro el centurión. Lucas nos permite entender que la fe del centurión es la respuesta más adecuada a las palabras de Cristo, al Verbo de Dios que acaba de expresar el culmen de su enseñanza, la esencia de todo el Evangelio.

¿En qué consiste entonces esa fe que le permite a Cristo cumplir perfectamente en nosotros su misión? Consiste en acoger la palabra de Jesús con una disponibilidad humilde, que le permite al mismo Cristo

---

<sup>104</sup> Cf. Mt 8,5-13.

<sup>105</sup> Lc 7,2.

<sup>106</sup> Mt 8,8-9.

<sup>107</sup> Mt 8,10.

<sup>108</sup> Mt 8,13.

<sup>109</sup> Lc 7,1.

realizar en nosotros su palabra, su misión. El centurión pone el ejemplo de su autoridad militar. «Tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». En pocas palabras, el centurión  *cree con confianza que la palabra de Cristo se convierte en acontecimiento*, cree que la Palabra se realiza si la pedimos y la dejamos actuar. Él está seguro de que es el mismo Cristo quien realiza la palabra, la orden. Es decir, entiende que no debemos concebir la obediencia solo como algo que hacemos nosotros, con nuestras fuerzas, sino que es el mismo Cristo quien sabe y puede realizar por nosotros y en nosotros lo que dice. La obediencia es dejar hacer a Cristo lo que nos manda, lo que nos ordena.

Las palabras que emplea el centurión no se limitan entonces a describir el milagro de la curación de su siervo; describen la vida que Cristo ha venido a vivir en nosotros, que Cristo quiere vivir en nosotros. Cuando Jesús nos dice: «¡Ven!», toda nuestra *vocación* queda resumida en esa palabra. Cuando Jesús dice: «¡Ve!», toda nuestra *misión* se sintetiza en esa palabra. Y cuando dice: «¡Haz!», en esa orden se resume toda la *obra* de Dios que Jesús quiere realizar en nosotros y a través de nosotros.

La fe no le permite únicamente a Dios hacer algún milagro por nosotros, sino que *la fe le permite a Cristo convertirse en el verdadero sujeto de nuestra vida*, vivir en nosotros su palabra, vivir en nosotros la Palabra que Él es como Verbo de Dios. *La fe le permite a Cristo encarnarse en nuestra vida, como en la Virgen María, y vivir en nosotros su vocación, misión y obra, es decir, su venida al mundo para realizar la obra del Padre.*

Jesús mismo lo resume al final del episodio cuando le dice al centurión: «Vete; que te suceda según has creído –*Vade, et sicut credidisti, fiat tibi*».

Cómo no percibir en estas palabras el eco de la respuesta de María al ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí [*fiat mihi*] según tu palabra»<sup>110</sup>. En cierto sentido, Jesús pronuncia sobre nosotros, sobre nuestra fe, el «¡Aquí estoy!» de María, para que también nuestra vida llegue a ser encarnación de Su presencia y misión.

---

<sup>110</sup> Lc 1,38.

## **La posición justa entre la realidad y Cristo**

Cuando Jesús dice, después de haber escuchado al centurión: «En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe»<sup>111</sup>, es como si dijese que en Israel hay una crisis de fe y que la fe del centurión es un juicio profético que debería revelar a Israel su verdadero problema, la verdadera naturaleza de su crisis.

También en los tiempos de Jesús, al igual que hoy, el pueblo se sentía en crisis. Todos percibían que la cosa no iba bien, que hacía falta un cambio. Sin embargo, casi todos decían que la culpa era de los romanos, o del partido opuesto al propio. Los fariseos decían que la culpa de la crisis era de los saduceos, y los saduceos decían que la culpa era de los fariseos. Lo mismo pasa hoy muchas veces en la Iglesia: si no se echa la culpa a los enemigos de la Iglesia, se le echa a la tendencia opuesta a la propia en la misma Iglesia.

Imaginemos que viniese Jesús en medio de todo esto. ¿Qué nos diría? Buscaría un centurión romano, una mujer cananea<sup>112</sup> o una prostituta arrepentida<sup>113</sup>, miraría con asombro su fe y después nos diría: «Daos cuenta de que el verdadero problema es que no tenéis esta fe. Vuestra crisis es una crisis de fe. No tanto la crisis de una fe teórica, dogmática, porque todos estáis bastante bien catequizados, sino la crisis de la fe como posición frente a mí y frente a toda la vida».

Tener fe no quiere decir no hacer nada y dejar que Dios lo haga todo, no quiere decir vivir solo de milagros y prodigios, sino que se trata de situarse en el lugar justo entre la realidad y Dios, por ejemplo entre la situación del mundo y Dios que nos salva. Se trata de hacer de intermediarios entre Dios Salvador y la realidad que hay que salvar, de ser aquellos que le permiten a Dios actuar en el mundo. Por eso la fe es esencial para la misión.

La fe del centurión es la posición justa entre su siervo enfermo y Cristo. Este hombre se pone con verdad delante de su siervo y delante de Cristo. Por una parte mira a su siervo enfermo con una gran compasión, un gran amor, una gran pasión por su bien. Por otra mira a Cristo con verdad reconociéndolo como Dios, reconociéndolo como el único

---

<sup>111</sup> Mt 8,10.

<sup>112</sup> Cf. Mt 7,25-30.

<sup>113</sup> Cf. Lc 7,37-50.

Salvador que puede curar a la humanidad, que puede responder a la necesidad de vida y de salvación que hay en cada hombre. *La fe es esta posición justa de la libertad, de nuestra libertad, entre la necesidad de la humanidad y Dios.* De toda la humanidad, en nosotros y en todo el mundo. La fe es la posición justa que le permite a Dios abrazar al mundo, salvarlo, cambiarlo, transformarlo, renovarlo, es decir, todo lo que necesitamos todos y siempre.

Jesús ensalza la fe del centurión no para condenar al pueblo de Israel o a sus discípulos, sino para que todos aprendan de ese pagano a abrirse al gran milagro que Cristo quiere hacer en nuestra vida: el milagro no solo y no tanto de curar a un enfermo, sino de hacer que nuestra vida sea un espacio en el que se pueda realizar el «¡Ven!», «¡Ve!» y «¡Haz!» que Cristo pronuncia sobre nosotros, es decir, nuestra vocación a convertirnos en carne de Su presencia en el mundo de hoy.

El primer y fundamental milagro de la fe es nuestra conversión para dejar que Cristo viva en nosotros, en las comunidades, y por tanto en el mundo. El verdadero milagro es que obedezcamos a Cristo con sencillez de corazón y confianza, como los soldados y los siervos sometidos al centurión. El centurión dice: «Digo a mi criado: “Haz esto”, y lo hace»<sup>114</sup>. Quizá hablaba precisamente de su querido siervo enfermo. Y justamente Jesús lo cura a él, lo devuelve a esta obediencia «sin demora», como diría san Benito, «la que corresponde a quienes nada aman más que a Cristo»<sup>115</sup>. Jesús cura al siervo para que pueda volver a vivir esa obediencia, que sin embargo, de ahora en adelante, será como si obedeciese más a Jesús que al centurión, porque de ahora en adelante obedecerá, trabajará, lo hará todo con la vida que Cristo le ha dado, que es la vida del mismo Cristo en él. Todo su venir, su ir y su hacer será de Cristo en él.

¡Qué plenitud de vida tendríamos si viviéramos la fe!

Tenemos una necesidad urgente de esta fe para vivir no ya nosotros mismos, sino para que Cristo viva en nosotros, como dice san Pablo a los galatas, para que la presencia de Cristo llegue a ser toda la vocación, la misión y la obra de nuestra vida<sup>116</sup>.

---

<sup>114</sup> Mt 8,9.

<sup>115</sup> RB 5,1-2.

<sup>116</sup> Cf. Gál 2,20.

## **Reconocer que tenemos necesidad de salvación**

Mirar a la cara la crisis no quiere decir ser pesimistas, sino *reconocer que la humanidad, la condición humana, está en un estado permanente de necesidad de salvación*. La verdadera crisis no pide soluciones. La crisis pide salvación, salvación de las personas y de las comunidades, salvación de los pueblos, de los pueblos en guerra. La crisis se resuelve cuando la vivimos como hombres y mujeres redimidos, salvados, y por tanto como hombres y mujeres que, aun en medio de la crisis, aunque la crisis permanezca, tienen una razón para estar alegres y en paz que no podrá sustituir ninguna solución a la crisis.

La fe grande es la fe de aquellos a los que Cristo les puede decir: «Vete, que suceda según has creído». Sí, la fe es nuestra apertura mendicante al acontecimiento de Cristo, es el permiso sediento que le damos a Cristo para que en nuestra vida acontezca su salvación, el bien que solo Él puede realizar.

No hay nada más urgente y necesario para cada uno de nosotros, para nuestras comunidades, para la Iglesia y para el mundo que esta fe, porque nada nos es más necesario que el acontecimiento de Cristo, Salvador del mundo.

*Regina Coeli*

# *Domingo 16 de abril, por la mañana*

Wolfgang Amadeus Mozart

Concierto en re menor para piano y orquesta n. 20, K 466

Clara Haskil, piano – Igor Markevitch – Orchestre des Concerts Lamoureux

Spirto Gentil 32, (Philips) Universal

*Ángelus*

*Laudes*

## ■ ASAMBLEA

**Davide Proserpi.** Hemos escuchado *Il mio volto*, este canto magnífico de Adriana Mascagni, a la que recordamos con gran afecto. «Dios mío, me miro y descubro que no tengo rostro»<sup>117</sup>. ¿Cuántas veces hemos tenido esta experiencia? Habría que decir que, cuando no sucede, es más que nada por distracción. Nos levantamos por la mañana y, al mirarnos en el espejo, nos damos cuenta de que no tenemos rostro. Y cuanto más a fondo miramos, más se nos presenta la oscuridad sin fin. Y sin embargo, de la oscuridad, del fondo de esta oscuridad que sería nuestra existencia si estuviese abandonada a sí misma, emerge una luz. «Solo cuando advierto que tú estás, como un eco vuelvo a escuchar mi voz y renazco como el tiempo desde el recuerdo». Esta luz se vuelve cada vez más fuerte e inunda todo el espacio de nuestra jornada. Es la luz que nos inunda cuando hacemos memoria de que hemos sido queridos, de que hoy somos esperados por Quien nos ha querido desde siempre. No estamos solos porque Él nos espera, Él nos llama. La canción de Anas que acabamos de escuchar es un hecho que vuelve a suceder cada mañana cuando abrimos los ojos. «Si tú supieras cuánto te he esperado / cuánto he pensado en ti, cuánto te he querido»<sup>118</sup>, nos dice Aquel que nos hace ahora.

Ayer por la noche os desatasteis. ¡Después de recibir mil setecientas preguntas se gastó el tóner de la impresora! Esto pone de manifiesto que durante estos días el padre Mauro nos ha hecho entrar en una mirada

<sup>117</sup> A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 356.

<sup>118</sup> A. Anastasio, «Se tu sapessi», del álbum *Pochi passi*, realizado en Tappeti Sonori Recording Studio, 2022; arreglos de Walter Muto, © Fraternidad sacerdotal de San Carlos.

nueva sobre nosotros mismos y sobre toda la realidad, y esto se refleja en que las preguntas son en su mayoría existenciales y tocan los pasajes fundamentales de la introducción y sobre todo de las dos lecciones del sábado. Por tanto, sin más dilación, paso a leer las preguntas escogidas.

«Los apóstoles creyeron no por lo que decía o por los milagros que hacía, sino por su “presencia cargada de propuesta”. ¿Podrías profundizar en este pasaje? ¿De qué modo es válido esto también para el hombre de hoy (por ejemplo, para nuestros hijos)?».

«¿Estamos en desventaja con respecto a los hombres anteriores a nosotros? “Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, realmente creer, en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?” (Dostoievski)».

**P. Mauro-Giuseppe Lepori.** Creo que si estamos aquí, si seguimos un carisma, quiere decir que el Espíritu no nos desfavorece, como no desfavorece a ninguna época, a ninguna criatura humana. ¿Por qué podemos decir que no nos desfavorece? Por el don de una Presencia, el don de un encuentro vivo con Cristo, y por tanto, por la propuesta que constituye la presencia de Cristo. La propuesta de la fe es la Presencia, el acontecimiento de Cristo en medio de nosotros. «Yo estoy con vosotros todos los días [cada día] hasta el final de los tiempos»<sup>119</sup>, esta es la gran promesa del Resucitado. No es posible que, si Cristo está presente cada día, esté menos presente de como lo estaba para los apóstoles, porque Cristo no puede ser menos Él mismo. Si nos ha prometido su presencia, el don de su presencia, y si esta presencia es la que recorre toda la historia hasta el final de los tiempos cada día, cada mes, cada año, y por tanto siempre, también en nuestra época, no se nos puede dar a nosotros menos que a los apóstoles. Lo que puede perjudicarnos es vivir en una época, en un tiempo cultural marcado por una mentalidad que nubla nuestros ojos y nuestra libertad a la hora de reconocer esa presencia y de acoger la propuesta que ella constituye. Puede haber una niebla que nos impida vivir con sinceridad nuestra fe. San Pablo le decía a Timoteo: «Reaviva en ti la fe sincera que recibiste de tu abuela, de tu madre»<sup>120</sup>, lo que quiere decir realmente una

---

<sup>119</sup> Mt 28,20.

<sup>120</sup> Cf. 2 Tim 1,5-6.



fe no hipócrita, una fe honesta, explícita, sincera. Por eso no podemos dejar de creer que también la fe es un don, es el don vinculado a la presencia de Cristo, es el don que el Espíritu nos concede para reconocer a Cristo. Simeón fue y reconoció la presencia del Niño porque el Espíritu Santo lo movió a esto<sup>121</sup>. Y creo que debemos tener fe en el Espíritu Santo, que no puede dejar de acentuar –¡lejos de desfavorecer!– el don de la capacidad de reconocer a Cristo en una época en la que todo contribuye a no reconocerlo. Debemos caer en la cuenta de que también entre nosotros y en la Iglesia de hoy hay testimonios que asombran por su excepcionalidad y que destacan sobre el fondo oscuro de una cultura, de una mentalidad, de una época que no favorece en nada la fe. Pues bien, creo que esto debe hacernos sentir incluso más privilegiados que en otras épocas.

**Prosperi.** «Has hablado de reavivar las brasas de la fe y de que la fe es un don –ahora mismo lo acabas de repetir– que, por tanto, no nos damos nosotros. Me gustaría entender mejor cómo puedo reavivar mi fe».

**Lepori.** Reavivar, es decir, pedir que se reavive la fe. San Pablo pide algo que la libertad de Timoteo debe hacer. La fe no se reaviva por sí misma, es un don, una gracia que se ofrece a nuestra libertad, que se propone a nuestra libertad. Reavivarla es la tarea con la que nuestra libertad corresponde a esa gracia. En el fondo, creo que debemos ser conscientes de que también la libertad es un don, es un carisma. Y de igual modo, la libertad –como decía– es un don irrevocable. Dios no ha revocado este don después del pecado y después de todo lo que ha pasado en la historia por un uso equivocado de la libertad. Dios permanece completamente fiel al carácter irrevocable de cada don suyo, en particular del don de la libertad. Pues bien, debemos ser conscientes de que, justamente porque no ha querido revocar este don, Cristo ha muerto en la cruz. Ha subido a la cruz porque no le ha quitado a Judas la libertad de traicionarlo, a los fariseos la libertad de condenarlo, a Pilato la libertad de procesarlo, etc. Ha ido hasta el fondo del don de la libertad, sufriendo sus consecuencias. Y de este modo nos la ha vuelto a confirmar, nos la ha vuelto a donar aún más, la ha hecho todavía más valiosa, pero valiosa por cómo la salva Él, por cómo la hace buena, un don que no se malgasta sino que da fruto. Y el fruto de la

---

<sup>121</sup> Cf. Lc 2,25-27.

libertad es que llegue a ser un «sí», un «sí» al acontecimiento que se abra totalmente, que se vuelva apertura, como la apertura de María, la apertura de la Virgen al acontecimiento de Cristo. Este es el culmen de la libertad, de la libertad redimida en María desde su concepción y de nuestra libertad redimida por Cristo en la cruz, capaz por tanto de reavivar la fe, de reavivarse como fe, de ser vivida como apertura a la presencia de Cristo.

**Prosperi.** Es precioso esto que dices de que la libertad es el primer don irrevocable de Dios, y es justamente el testimonio de la verdad de lo que decías la primera noche de que Dios no revoca nunca sus dones. Esto es fuente de esperanza y certeza para todos nosotros, pues Cristo no revoca nunca el compromiso de las promesas que hace a nuestra vida.

**Lepori.** Sí, en el fondo la libertad se acoge como don cuando se convierte en confianza en Dios, se acoge como don cuando es confianza que le entregamos a él. La fe es confianza en Cristo, es fiarse de él, creer en él, seguirlo, decirle que sí, tener confianza en que él nos quiere y nos ama. La fe es acoger el don hasta el fondo, devolviéndolo.

**Prosperi.** «A ratos me ha parecido hoy que todo procede de Dios. La fe viene de Dios, la unidad la hace Dios, las crisis las resuelve Dios, como si Dios fuese una respuesta a todo que cae de lo alto. Pero, ¿dónde estoy yo?».

«La fe es un método de conocimiento que implica el uso de mi razón. Has dicho que “la fe le permite a Cristo convertirse en el verdadero sujeto de nuestra vida”. Es como si percibiese que de algún modo queda fuera mi humanidad. ¿Cómo puede mi humanidad convertirse en camino, y no en obstáculo, para el crecimiento de mi fe?».

**Lepori.** ¿Cuándo utilizamos la razón como razón y no como locura? Cuando esta abraza y reconoce la realidad por entero, cuando permanece abierta a toda la realidad. La razón que se cierra en una idea, en un concepto restringido, la razón que renuncia a ser una mirada abierta a la realidad en su integridad y a comprenderla, no abraza el infinito (¡y el infinito forma parte de la realidad!). En el fondo, la Revelación nos desvela y nos propone que verifiquemos que es Dios quien hace toda la realidad, que es Dios quien la hace por el amor que hay en él. Por tanto

mi razón, es decir, mi yo, existe si está abierto a esto, si verifica esto. Y la Revelación permite y exalta hasta el fondo justamente el yo del hombre en cuanto que es capaz de abrirse a toda la realidad. Comprender que mi humanidad está hecha para verificar esto, para verificar que está hecha para acoger un amor infinito, hace que toda mi humanidad se convierta en un campo que la fe hace fructificar justamente abriéndola a toda la realidad, dilatando mi humanidad. ¿Dónde estoy yo? Yo estoy ahí donde me abro a toda la realidad, no estoy ahí donde me escondo (como Adán y Eva entre los arbustos) cuando veo venir hacia mí a un Dios que me propone su compañía, su amistad, que me propone vivir toda la realidad desde la fuente de su amistad con todo, un Dios que viene a pasear por el jardín que ha creado, que ha hecho hermoso, que ha regalado al hombre para hacerle ver que todo es don. ¡Y sin embargo el hombre se esconde de esto, se cierra a esto! Si mi yo se cierra a esto, se cierra a sí mismo, es decir, se mortifica a sí mismo y ya no sabe dónde está. Cuando Dios pregunta: «Adán, ¿dónde estás?»<sup>122</sup>, Adán en el fondo no sabe decirle dónde está, porque ya no sabe dónde está su yo, porque el lugar, la posición verdadera de nuestro yo es el Tú. Es decirle «Tú» a Dios, al Tú que nos hace. Solo si somos encontrados sabemos dónde estamos.

Si nos dejamos encontrar por esta relación que nos ama, que viene a nosotros, que se nos propone y que nos dice «tú» para que respondamos «Tú», entonces sabemos dónde estamos. Solo sabemos dónde estamos si delante de nosotros está el Tú de Dios infinito que nos lo entrega todo. Esto es lo que hace que Cristo se convierta en el sujeto de nuestra vida, lo que nos permite vivir como un sujeto nuevo, y lo que hace que ya no viva yo, sino que sea Cristo quien vive en mí. Pero, ¿qué vive Cristo en mí? La plenitud de mi yo, la plenitud de haber sido creado para ser hijo de Dios, el ser creado en Cristo. Hemos sido creados en Cristo y Cristo vive en nosotros, y esta es una experiencia de plenitud del yo que solo Cristo hace posible. Solo si acogemos, si nos damos cuenta –como san Pablo, con asombro– de que «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»<sup>123</sup>, solo si vivimos este asombro podemos darnos cuenta de quiénes somos realmente. Creo que quien conocía a san Pablo –se ve también por las cartas–, reconocía que tenía una personalidad mucho más marcada que

---

<sup>122</sup> Gén 3,9.

<sup>123</sup> Cf. Gál 2,20.

otros, tenía una personalidad fortísima, y sin embargo incluso un hombre como él tuvo que caer en la cuenta de que la plenitud de su yo, su personalidad, estaba hecha para tener un sujeto que no era el yo que creía ser.

**Prosperi.** Con respecto a estar frente a un Tú y al asombro de ser hijos, recuerdo que entre los Carteles de Pascua de hace años hay uno con la imagen de Marcelino con los ojos abiertos de par en par frente una presencia, una presencia que no se yuxtapone a su yo, sino que es fuente de asombro<sup>124</sup>. A veces tenemos la tentación –igual que todos– de concebimos autónomos en el fondo; es como si Dios no fuese padre de verdad, sino alguien que te da el empuje inicial, y después debes seguir caminando con tus propias piernas. En cambio, Dios lo hace todo; sí, Dios lo hace todo, y esto es lo bonito. Por eso Giussani insistía siempre en que nuestra postura original es la del niño. Por eso hicimos ese Cartel. El niño es completamente dependiente, y en el hecho de ser dependiente no está solo su condición existencial, sino también el gusto, la paz y el asombro continuo por una novedad, frente a Otro que lo hace todo para nosotros y en nuestra vida.

**Lepori.** La mirada de Marcelino es la misma mirada que me sorprendía en Giussani, la mirada que tenía sobre mí, su mirada de asombro ante mí, que me desvelaba a mí mismo, que me asombraba y por tanto me abría, que no me permitía vivir replegado sobre mí mismo. Como ya hemos dicho, vivir replegados sobre uno mismo es justamente la negación del yo, es la asfixia del yo como relación, como creado a imagen de la Trinidad. Por eso decía que la fe cristiana no está separada de la comunión.

**Prosperi.** Podemos leer la siguiente pregunta, que tiene que ver con este punto: «“La fe cristiana no se puede separar de la comunión”. ¿Cuál es el nexo entre fe y comunión?».

Hemos elegido esa pregunta porque nos introduce en el hilo conductor del recorrido de estos días sobre la fe. Toda la segunda lección está centrada en este punto.

---

<sup>124</sup> Se refiere al protagonista del film *Marcelino pan y vino* (dirección de L. Vajda, Falco Film-Charmartín, España 1955), cuya imagen se reproducía en el Cartel de Pascua de 1992.

**Lepori.** La fe cristiana no se puede separar de la comunión por el simple hecho de que la fe es creer en la Trinidad. La realidad completa en la que cree la fe es la Trinidad que nos hace, que nos ha querido crear, que ha creado todo el universo y que da a todo consistencia y ser, que es origen y fin de todo. Dios es comunión eterna de personas y ha creado al hombre justamente para que participe de esa naturaleza suya, de la naturaleza divina que es el amor, que es la comunión entre las tres Personas, y por tanto, para que entre en esa relación. En el fondo, todo el anuncio de Cristo y de toda la Revelación consiste en hacernos entrar en la relación trinitaria como hijos del Padre en el Espíritu Santo, es decir, se nos concede un puesto que es el puesto de Cristo, un puesto filial dentro de la Trinidad. Y toda la fe consiste en conocer y experimentar esto, como dice Jesús en el capítulo quince de san Juan: «Como el Padre me ha amado, así también os he amado yo. Permaneced en mi amor. Si os amáis unos a otros, permanecéis en mi amor». Aquí está todo: «Os he amado como el Padre me ha amado»<sup>125</sup>. ¿Qué puede haber más grande, más infinito que ser amados por Cristo como el Padre lo ama? No hay nada, no hay ser, no hay realidad fuera de esta: «Os he amado como el Padre me ha amado». Y también: «Permaneced en mi amor». Jesús vincula la permanencia en su amor, el ser amados por él como el Padre lo ama, al hecho de amarnos entre nosotros. Por eso la unidad está ligada a la totalidad de la experiencia cristiana. Vivir la comunión entre nosotros es abrirnos –algo que se nos pide y se nos da– a esta experiencia infinita que solo la fe reconoce, que la fe reconoce y que la fe acoge. La fe es creer en este amor, en la propuesta de este amor. Por eso no se puede separar la vida de comunión de la vida de fe, ni la vida de fe de la vida de comunión, porque no existe fe fuera de la comunión y no existe comunión fuera de la fe. Es un misterio tan grande que, en el fondo, no se puede responder.

**Prosperi.** Esto nos introduce en las siguientes preguntas.

«¿Qué significa estar unidos y al mismo tiempo mantener la propia singularidad y diferencia?».

«Has insistido mucho en la unidad. En la audiencia del 15 de octubre el Papa nos dijo que “unidad no es uniformidad”. De hecho los primeros cistercienses [véase *Tres monjes rebeldes*], y después san Bernardo,

---

<sup>125</sup> Cf. Jn 15,9-17.

fundaron una nueva orden y don Giussani se sorprendió dando comienzo a algo nuevo dentro de la Iglesia. ¿Cuál es la contribución de mi humanidad?».

**Lepori.** También aquí, la unidad que Cristo le pide al Padre para nosotros es a imitación de cómo están unidos el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Por lo poco que las conozco, me parece que las tres personas de la Trinidad son muy distintas entre ellas. No creo que exista una diferencia más evidente. ¿Entendéis que la comunión es justamente la unidad de una diversidad, porque la persona es «diversidad»? Es su originalidad, ¿no? Pero existe un amor en el Ser, existe un amor que es el Ser, que une aquello que es lo menos uniforme posible, no sé cómo decir. Y esto se refleja en la comunión eclesial. Lo veo en la vida de los monasterios donde, a medida que los monjes y las monjas envejecen, su personalidad se vuelve más original; pero no quiere decir que se vuelvan originales porque se separen de la comunión y hagan lo que quieran, es más, con frecuencia son los que están más unidos, los más obedientes, los que están más dentro, aquellos a los que más les importa la vida de la comunidad. Y sin embargo su personalidad se vuelve cada vez más original, realmente, y te asombra la originalidad de la persona como un don que es justamente su carisma, el don de ser lo que el Señor le concede ser, el yo que le concede ser. Pues bien, la uniformidad que el Papa condena es una unidad que parodia la comunión trinitaria, la comunión de la Iglesia, en lugar de vivirla. En efecto, la comunión no le quita al Espíritu —cómo decir— la riqueza del don que le hace a cada uno del carisma necesario para la comunión y que vuelve rica la comunión entre nosotros. Esto vale dentro de una comunidad, de una familia, de una fraternidad, de una Orden y de toda la Iglesia. Debemos estar atentos a no concebir la identidad de cada uno como algo que divide. Normalmente esto sucede cuando un don se separa de la comunión, es decir, cuando es vivido como algo que no edifica la comunión, que no está alimentado por la comunión y que no alimenta la comunión. Este es el único y verdadero problema. En cambio, cuando se acoge la originalidad de cada uno como un don del Espíritu, se entiende que cada don es vida del único cuerpo de Cristo. Esto da paz a la hora de vivir el propio don o los dones que no tengo, si uno tiene la conciencia de vivir en un cuerpo. A mí, por ejemplo, me dicen: «¡Sí, pero vosotros los monjes no vais, no hacéis misión!»; es verdad, ¡pero la Iglesia la hace!

Yo soy miembro de un cuerpo y sé que estoy vinculado a quien va de misión, igual que quien va de misión sabe que está vinculado a quien reza, a quien ofrece la vida de otro modo. Pues bien, esto nos permite tocar y experimentar toda la riqueza de la comunión que no elimina la identidad de cada uno y que no es una uniformidad que mortifica el don, la irradiación del don de Cristo al mundo.

**Prosperi.** Hay algunas preguntas que tocan el punto de la originalidad, cuando esta puede minar la comunión o la unidad. Entre todas las posibles hemos elegido esta:

«En un momento de la lección de la mañana has hecho referencia a uno de tus monasterios, hablando de problemas que implican la libertad “más o menos sincera de las personas” que te son confiadas. También has hablado de las reacciones de rabia, desánimo, tristeza que experimentas frente a todo esto. A veces yo vivo una experiencia similar. Frente a quien se afirma a sí mismo (su propia opinión, poder, o incluso simplemente su necesidad de atención) [esto vale también dentro de una familia], de forma hostil con respecto al trabajo que otros hacen para construir o alimentar la unidad, hablando con doblez, manipulando la realidad de los hechos y a las personas (y con frecuencia los que pagan las consecuencias son los más débiles), no puedo decir que encuentre siempre en mí una capacidad de confianza en Dios que me dé paz. La conciencia de que la unidad de la comunidad no depende de mí sino que es un don, a veces se empaña en mí, si no como juicio último al menos como sentimiento que me bloquea. Y sin embargo, hay una verdad en la consideración de que se me ha confiado también la tarea de defender la unidad y a los débiles. ¿Cómo vives tú la relación con el mal de la división, de una libertad que no reconoce y que “rema en contra”?».

**Lepori.** Si pienso sobre todo en mi experiencia, creo que ahí es importante tener los ojos fijos en Jesús y no en la persona o las personas que en las comunidades (o en la Orden, en el movimiento, etc.) encarnan una posición que divide, un poco como Judas; no digo que todos sean unos Judas, sino que en cierto sentido se convierten en divisores, crean división.

**Prosperi.** Todos tenemos un poco la tentación de Judas.

**Lepori.** Todos tenemos dentro esa tentación. Por eso lo primero de lo que debemos ser conscientes es de que yo también podría ser esa persona y que a veces, sin darme cuenta de ello, lo soy para los demás. Judas supuso para Jesús un dolor, una herida, pero no fue una «fijación», hasta el punto de que hasta el final nadie se dio cuenta de que Judas era un problema, y los discípulos vivieron con él durante tres años. En cierto sentido, es como si Jesús hubiera tapado un poco su situación –por así decir– por amor a él, por el carácter irrevocable del don que le había dado al llamarlo, al darle la libertad, al haberlo elegido. Es como si Cristo no hubiera podido decirle: «¡No, vete!». De hecho, fue él quien se marchó, quien rechazó a Jesús, pero el don permaneció. Esto nos permite partir siempre, a la hora de tratar a las personas y las situaciones que nos atormentan, con un fondo de misterio, porque la persona nunca está definida solo por su comportamiento, por lo que hace, por lo que quizá está tramando. En cualquier caso, en una época en que sufría una cierta hostilidad más evidente hubo algo que me liberó mucho: darme cuenta de que Dios no nos pide que afrontemos a los enemigos de frente, es decir, que vayamos como Pedro contra los enemigos con nuestra espada, porque el enemigo es más fuerte que nosotros, sobre todo el enemigo con mayúscula, el que se esconde con frecuencia detrás de la fragilidad de las personas. Judas era una persona frágil, en su ambición era una persona frágil a la que el demonio consiguió convertir en instrumento suyo de división. Me hace mucho bien leer los salmos, en los que siempre aparece la imagen de Dios que vence al enemigo, porque me doy cuenta de que el enemigo es más fuerte que yo, pero Dios es más fuerte que el enemigo. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la experiencia de la hostilidad, de la enemistad, de la mentira, etc., no tengo que afrontarla de frente, sino que debo afrontarla desde la relación con Cristo, es decir, debo pasar a través de Él, confiándole en primer lugar mi persona. Significa fijar los ojos en Él más que en el problema que el otro es para mí. Y esto es un ejercicio de ascesis, porque es verdad que cuando alguien nos atormenta se convierte en una fijación, es decir, no conseguimos dejar de pensar en ello, no dormimos por la noche porque nos atormenta psicológicamente. En el fondo también esto –quizá por eso Jesús dejó a Judas libre de actuar hasta el final– nos empuja a una conversión, para que también en esto y sobre todo en esto no pretendamos salvarnos nosotros mismos, o salvar a la comunidad o a la Iglesia nosotros mismos. Con frecuencia se dice en las vidas



de los santos o de los Papas: «¿Cómo pudo soportar a esa persona junto a él? ¿Por qué no la echó? ¿Por qué no se deshizo de ella? ¿Por qué la dejó actuar?». Creo que esto forma parte de su santidad; ellos entendieron que debían dejar a Dios el tiempo y el modo de resolver esos tormentos, esas pruebas. Porque, en el fondo, Dios quiere salvar también al enemigo; no quiere destruirlo, sino que quiere salvarlo y por eso nos vuelve pacientes, de modo que, con nuestra paciencia, le permitamos vencer a Él, y vencer hasta el fondo, no solo venciendo el problema, la división, la mentira que nos atormenta, sino venciendo también la división profunda en su cuerpo, del que ciertos fenómenos y personas son como la punta del iceberg, porque el verdadero problema es que siempre hay un enemigo mucho más potente detrás y que solo Cristo lo derrota muriendo en la cruz.

**Prosperi.** Me viene a la cabeza que Jesús le dice al Padre: «Tuyos eran y tú me los diste [...] para que sean uno, como nosotros»<sup>126</sup>. Cuando nosotros nos olvidamos de esto, es como si nos convirtiésemos en dueños de la compañía y del camino por el que vamos todos.

**Lepori.** Como siempre, debemos dejarnos sorprender por cómo resuelve Dios estos problemas mejor que nosotros. Cuando me dije: «El enemigo es más fuerte que yo, pero Dios es más fuerte que el enemigo y por tanto me confío a Dios», se me concedió paz en aquella situación. Me sorprendió que la solución Dios la encontrara en mí en primer lugar, la creó en mí, me dio a mí la gracia de estar en paz frente a un enemigo. Era la paz de Jesús frente a Judas, la paz que siempre ha tenido frente a todos sus enemigos.

**Prosperi.** «En la lección de la tarde decías que tener fe no quiere decir no hacer nada y dejar a Dios hacerlo todo, sino ocupar el puesto justo entre la realidad y Dios [esta frase ha impresionado mucho y muchas preguntas se han referido a ella], hacer de intermediario entre el Salvador y la realidad. ¿Qué quiere decir encontrar el puesto justo? ¿Puedes explicar mejor cómo puedo aprender existencialmente esta posición justa en los asuntos cotidianos?».

---

<sup>126</sup> Jn 17,6-11.

**Lepori.** En primer lugar, la fe reconoce, pide y transmite, anuncia la relación de Dios con la realidad, con nuestra realidad, la relación que crea, que ama, que redime, que salva, es decir, una relación que es misericordia. Hoy es el Domingo de la Divina Misericordia<sup>127</sup>, que expresa justamente el misterio de la relación de Dios con nuestra realidad. La fe reconoce que la mirada de Dios es misericordia. Cuando los apóstoles vieron levantarse los ojos de Jesús hacia la muchedumbre que venía, reconocieron que Jesús tenía una relación con la muchedumbre (¡esa muchedumbre que a veces les fastidiaba!) que era de compasión, de misericordia; el suyo era un amor que abrazaba, que acogía, que daba la vida por ellos. Pues bien, la fe es reconocer la relación de Dios con la realidad, la mirada de Dios sobre la realidad, también sobre el enemigo. Y esto significa para mí poder mirarlo con fe y no solo a partir de mi psicología, descubriendo que existe una relación con la realidad que no es estar cara a cara con ella, sino pasar a través de Dios para mirarla. Nuestro puesto es reconocer esto a la hora de vivir nuestra realidad, la realidad que se nos da cada día, la realidad que vivo en mi familia, en mi trabajo, en mi enfermedad, en mi pecado, la realidad que para el centurión era su siervo enfermo. En el fondo, en aquel momento la realidad se concentraba para él —como urgencia, como dolor, como sentimiento, como amor y también como amistad— en aquel siervo enfermo. ¿Y qué hace él? Hace de intermediario entre esa realidad y Jesús, viendo cómo la abraza Jesús, cómo la mira Jesús, cómo la salva Jesús y cómo la cura. Esta es la gran tarea. Y esto permite que el acontecimiento de Cristo pueda suceder, porque Jesús no mira la realidad desde fuera, sino que la abraza, es decir, se vuelve acontecimiento en la realidad humana. Que se vuelve acontecimiento quiere decir que la realidad humana que el pecado ha sustraído a Dios, vuelve a ponerse en las manos de Dios para que haga con ella lo que solo Dios puede hacer. Al poner a su siervo enfermo en manos de Cristo, el centurión se lo encuentra curado, es decir se lo encuentra restituido, se lo encuentra redimido y se encuentra también él siendo instrumento de ese acontecimiento. Y entiende que bastaba con su fe, en cierto sentido, que era como decir: «Basta con mi fe para llevarte a mi siervo. Pronuncia tan solo una palabra y mi siervo quedará curado», es decir: «Tu presencia es tan grande que basta una palabra y lo alcanza todo». Incluso una sola palabra,

---

<sup>127</sup> El Domingo de la Misericordia, instituido por san Juan Pablo II en el año 2000, coincide con el domingo siguiente al de Pascua.

acogida con fe, lleva todo el acontecimiento de Cristo a la realidad que nos es confiada. Creo que, para profundizar existencialmente en cómo aprender esta posición justa en las circunstancias cotidianas, debemos mirar esa nube de testigos que nos rodea. He hablado de Jone, pero Jone había hablado en un testimonio estupendo de cómo vivieron su enfermedad don Gius o Juan Pablo II, nos transmitió su mirada sobre la nube de testigos y sobre estos santos. Y también se debe testimoniar continuamente cómo las personas, especialmente en la enfermedad, frente a la muerte, etc., dejan que sea Cristo quien lleve de la mano esa realidad. Y su testimonio es camino para nosotros, sobre todo despierta una fascinación, porque no hay nada más fascinante que una vida, una situación –incluso de mal, de peligro, de enfermedad, de muerte– que se deja llevar de la mano por Cristo; no existe nada más fascinante para mí como propuesta de plenitud de vida, porque sé que también mi vida está hecha para esto. Y la vida es justamente seguimos unos a otros, acoger el testimonio, el testimonio que nos damos, que nos entregamos unos a otros y que se convierte en una propuesta verificada que todos podemos verificar.

**Proseri.** Sin embargo, una amiga nuestra pregunta: «Me parece que toda esa nube de testigos con la que me he encontrado no me basta para llegar a la certeza del amor de Cristo, a la fe verdadera en Dios Padre. Siempre queda espacio para la duda. ¿Cómo puedo estar segura de que en las personas que encuentro Cristo obra y se me quiere comunicar?». Y otra persona pregunta: «Esta duda me parece una traición demasiado grande y continua. ¿Podrías ayudarme a entender mejor la dinámica de la duda? ¿Es algo de lo que es imposible escapar?».

**Lepori.** El testimonio, al ser testimonio de un acontecimiento, es siempre más grande que los testigos; no es necesario que los testigos sean más grandes que lo que testimonian (ningún apóstol fue más grande que Cristo resucitado). La grandeza del testigo consiste por entero en testimoniar la grandeza de Cristo. Y por eso los testigos son dignos de fe, no tanto porque se anuncian a sí mismos, sino porque manifiestan la grandeza del acontecimiento de Cristo en su vida. En el fondo, cuanto más miserable, pobre e incluso pecador es un testigo, más remite a Cristo su testimonio. Es lo que le pasó a la samaritana en el pozo, que volvió a su aldea y se convirtió en testigo de Cristo; ella, la persona más inverosímil, no pretendió ser

más grande que Cristo, más aún, no pretendió nada, solo dijo: «¿Será este el Mesías?», y mientras dio testimonio de Él, los llevó a todos hacia Él. ¿Acaso ha conseguido alguno de nosotros llevar a toda la sociedad, a todo su pueblo al encuentro de Cristo? Esta mujer lo hizo. Y esto forma parte del carisma, forma parte del don del Espíritu: que mi pobreza transmita y testimonie la infinita grandeza del acontecimiento de Cristo. Es verdad que se necesita una cierta humildad, pero la humildad que se nos pide, frente a la miseria del testigo que nos lleva a Cristo, es la humildad que se me pide para no creer que el acontecimiento, que Cristo, viene a mí por una razón más grande que su gratuidad, que su misericordia. Me hace bien que Cristo me sea testimoniado por pobres pecadores, me hace bien saber que también yo puedo llegar a ser testigo. No debo tener miedo, porque esto me testimonia que el acontecimiento es más grande, que el acontecimiento es Cristo y no esa persona. Lo importante es no reducir el acontecimiento a la presencia que nos lo testimonia, que es lo que denuncia Pablo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas»<sup>128</sup>. Se trata de una reducción del acontecimiento de Cristo a la persona que nos lo testimonia, lo que quiere decir no transmitirlo verdaderamente y no dejárnoslo transmitir. Creo que, en cualquier caso, las dudas pueden formar parte de un camino; nos hacen caminar, pero debemos darnos cuenta de que hay dudas que nos traicionan a nosotros mismos, que nos cierran, y entonces tenemos que prestar atención a que la duda no se convierta en una cerrazón. La duda que pregunta está bien, pero la duda que se cierra me engaña porque, al encerrarme en mí mismo, ya no acojo el acontecimiento, ya no acojo a Cristo y por tanto me perjudico a mí mismo.

**Proseri.** Has dicho que la misión nace de fijar la mirada en Cristo. Dado que has vinculado el origen y el cumplimiento de la fe a fijar la mirada en Cristo, para muchos no queda claro qué vínculo hay entre la fe (que, en cualquier caso, es personal) y la misión.

«¿Qué relación existe entre el impulso misionero y el reconocimiento de la unidad como don de Cristo, para que el mundo crea?».

**Lepori.** Fijar la mirada en Cristo es reconocer, tener la mirada fija en una presencia, una presencia que se nos da, gratuita, que se me da a mí

---

<sup>128</sup> 1 Cor 1,12.

y al mundo entero. Y por ello el impulso misionero nace de Él, y cuanto más mira uno a Cristo más cuenta se da de que es un don universal que abraza al mundo, como hemos dicho tantas veces. El impulso misionero está vinculado al reconocimiento de la unidad como don de Cristo para que el mundo crea porque –precisamente, como decía– la unidad se explica, tiene consistencia únicamente en la pertenencia a Él. No hay unidad sin pertenecer a Cristo. Los Hechos de los Apóstoles narran cómo Pedro y Juan son interrogados por los jefes del sanedrín. «Viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús»<sup>129</sup>. Veían a unos hombres sencillos y los reconocían como compañeros de Cristo, como gente que pertenecía a Cristo –era la única cualidad que tenían–, y esto es lo que hacía de ellos misioneros, testigos. Veían su unidad porque Cristo estaba en medio de ellos, porque cada uno estaba apegado a Cristo. Y si cada uno de nosotros está apegado a Cristo, entonces estamos unidos entre nosotros, no existe alternativa a esta dinámica del acontecimiento cristiano. Comprender que en la unidad con la persona que tengo a mi lado se juega la comunión con el mundo entero, la paz de todo el mundo, consiste en el fondo en comprender la grandeza infinita que ha traído Cristo a nuestras relaciones. Al pertenecer a la persona que tengo junto a mí, en la unidad con ella, con mi pequeña comunidad, con las personas de mi comunidad, se pone en juego el hecho de que ahí dentro está la comunión con el mundo entero, está el acontecimiento que salva al mundo. Esto hace que mi fraternidad, mi trabajo de fraternidad se convierta en servicio universal a la paz del mundo. Por eso también el Papa nos ha pedido que lo ayudemos en la «profecía por la paz»<sup>130</sup>. Y la profecía por la paz empieza por cómo estoy con quien está junto a mí, por cómo trato la relación con las personas de mi familia, de mi comunidad, de mi fraternidad, justamente por la naturaleza del acontecimiento que nuestra pobre Fraternidad lleva como un tesoro inmenso, en vasijas de barro, es verdad<sup>131</sup>. Pero estas vasijas de barro contienen el tesoro, el tesoro para todos. Estar atentos a esto entre nosotros antes que querer serlo, estar atentos a esta realidad, por la que Cristo ha vinculado la pertenencia a Él a la unidad, por tanto la pertenencia a las personas con las que estoy, ser conscientes de esto quiere decir acoger el acontecimiento

<sup>129</sup> Hch 4,13.

<sup>130</sup> Cf. «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 19.

<sup>131</sup> Cf. 2 Cor 4,7.

de Cristo en todo su alcance. Nuestra unidad es algo humilde, parece insignificante, sin embargo es a través de ella como acogemos el acontecimiento para el mundo entero, como yo lo acojo también para la persona más lejana. No sé cómo expresarlo, perdonadme la pobreza de mi expresión un poco cansada. Creo que fijar la mirada en Cristo en medio de nosotros es la obra más arrolladora, más transformadora del mundo que podemos hacer, que podemos realizar. Y si esto nos requiere sacrificio, humildad, negarnos a nosotros mismos, seamos por lo menos conscientes (como Cristo quiere que lo seamos) de que no es un sacrificio que hacemos solo por este pequeño detalle de la realidad que es la relación con determinada persona, sino que es un sacrificio que hacemos por el mundo entero, es un sacrificio que hacemos por la humanidad, por la paz de todos. Hoy es Pascua para nuestros hermanos ortodoxos. Pocos días antes de venir recibí un mensaje de una amiga que está con un grupo de refugiados ucranianos en Italia, están viviendo la Pascua y han seguido los Ejercicios desde Asís. He llevado muy dentro ese mensaje estos días, porque me transmitía su dificultad para vivir esta situación en un mundo que progresivamente se está olvidando de la guerra, y quizá también nosotros empezamos a acostumbrarnos a este drama, a esta herida terrible que está en nuestra carne, y por eso no puedo olvidarla. Pues bien, creo que la respuesta, la ayuda que podemos darles a ellos y al mundo entero, la respuesta que podemos dar a las guerras, a los conflictos en Sudán, etc., empieza justamente por la comunión entre nosotros, por el sacrificio de la comunión, porque es un sacrificio que hacemos por Cristo. Insistir en la unidad no es insistir en lo que hay que hacer, sino insistir en la presencia de Cristo que se nos da para el mundo. Se trata de una responsabilidad inmensa que se pone en juego dentro del detalle mínimo de la mirada con que miro a la persona que tengo al lado, con que miro mi vida, mi comunidad. Ofrezcamos esto, porque si no ofrecemos este amor a la unidad entre nosotros, no ofrecemos a Cristo al mundo. Y si no ofrecemos a Cristo al mundo, nuestra fe es vana, es decir, no existe, es una fe vacía. Pero Cristo ha resucitado y nos ha relanzado a esto, y debemos estar agradecidos porque, con su infinita misericordia, nos vuelve a lanzar siempre, nos hace siempre instrumentos suyos. Por tanto, ¡demosle gracias!

***Prosperi.*** ¡Gracias! Unas gracias creo que merecidas. Han sido días muy densos, tendremos un año para retomar todo lo que nos has dicho.

## SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 2,42-47, Sal 117; 1Pe 1,3-9; Jn 20,19-31*

**HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR FILIPPO SANTORO  
ARZOBISPO DE TARANTO Y DELEGADO ESPECIAL PARA LOS *MEMORES DOMINI***

Queridos hermanos y hermanas,

la experiencia de la fe proclamada en estos Ejercicios espirituales alcanza su máxima expresión litúrgica en la celebración de este domingo, que no se llama segundo domingo *después de Pascua*, sino segundo domingo *de Pascua*; un domingo que dura todo el tiempo pascual. Lo que hoy irrumpe en nuestra vida es el mismo día de Pascua. Un único y gran día, el día de Cristo resucitado que no tiene fin.

El Señor nos ha visitado estos días de Ejercicios y ahora Él está en medio de nosotros como estuvo con los discípulos en el cenáculo. Dice el evangelio de Juan: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado». Imaginaos, imaginemos a los apóstoles, ¡qué estupor, qué maravilla encontrarlo vivo! El evangelio de Juan dice simplemente que «los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor». Y nosotros también nos alegramos con ellos porque Lo hemos visto estos días y en nuestra vida.

La presencia del Resucitado era algo tan impensable para los apóstoles que cada vez que Jesús les había hablado de ello ni siquiera lo habían tomado en consideración ni lo habían creído. Ahora lo ven con los signos físicos de sus heridas en las manos y en el costado. ¡Es Él, vivo y resucitado! Verlo a Él despierta la fe y la alegría. Lo que les hizo ver no fue la fe que tenían previamente. Antes eran desconfiados e incrédulos, estaban asustados. La fe es consecuencia del ver. Lo ven igual que lo hemos visto nosotros cuando se ha hecho presente en un encuentro más bello y verdadero que los demás. En la Galilea de nuestro primer encuentro hemos visto los signos de la pasión, las llagas gloriosas, el signo inconfundible de su presencia en un rostro, en una relación que sería inexplicable sin Él. Y Lo hemos seguido, cada uno en su camino. A mí, en un momento dado, se me pidió ir de misión a Brasil y esa fue la

experiencia más impactante de mi vida, pero fue posible porque estaba Él; y la voz de don Giussani invitándome a partir era la voz del Señor que se me hacía presente.

Luego Jesús volvió a decir a los discípulos: «Paz a vosotros». Y añadió: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Él nos dona el Espíritu y perdona nuestros pecados, igual que ha pasado estos días. El Señor nos hace ver, nos elige, vence nuestros miedos y nos envía, como Él fue enviado. Él es el enviado y a su vez nos envía. Inseparable por naturaleza del Padre, en el que percibe toda su consistencia. Nos anticipa el hecho de que nuestro rostro solo se cumple en relación con nuestro Señor, que nos constituye desde el origen. Igual que para Jesús el Padre lo es todo, la fuente y la vida, para nosotros el encuentro con Él lo es todo, dentro una relación histórica. La nueva creación y nuestra consistencia suceden hoy en el encuentro con el Resucitado. No porque seamos mejores y merezcamos su amor, sino porque Él nos ha alcanzado y nos llena así de estupor, y por tanto de adoración. A nosotros nos sucede lo que les sucedió a los apóstoles, que ya no pudieron borrar aquel encuentro de su vida. Del mismo modo, nosotros tampoco podemos borrar nuestra Galilea del amanecer de cada día que comienza.

Pero Tomás no estaba ese día con ellos, cuando Jesús llegó al cenáculo, y no creyó a los apóstoles que le hablaban de Jesús resucitado de la muerte. Decía: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». Y Jesús, ocho días después de la Pascua —exactamente un día como hoy— llega, se presenta en medio de los apóstoles y le dice a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Tal como lo vemos en el cuadro de Caravaggio. Jesús le permite tener una experiencia directa y personal de su presencia; y después de tocar sus manos y su costado, Tomás le dice a Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!».

El que había dudado ante la fe de los apóstoles se rinde ante la experiencia de tocar al Señor. El que no había creído y se había alejado de las afirmaciones de los apóstoles tiene el privilegio de tocar el costado de Jesús cerca de su corazón, tiene experiencia del Señor, lo reconoce y lo proclama. No porque fuera mejor, sino porque fue amado y en ningún momento recibió un reproche.



San Juan Pablo II quiso que este domingo fuera el «Domingo de la Divina Misericordia», la misericordia de Jesús con Tomás. El Señor se muestra, nos ama y nos perdona. La fe nace hoy también de hechos concretos, de un encuentro vivo en el que se muestra el Señor, un encuentro con personas como nosotros, signo concreto de Aquel que vive. Jesús le dice a Tomás: «¿Porque me has visto has creído?», y aquí un gran exegeta, Ignace de la Potterie, traduce así la siguiente afirmación de Jesús: «Bienaventurados los que crean sin haber visto [es decir *sin haberme visto* directamente]»<sup>132</sup>. No alude a los fieles que vendrán después, que deberían «creer sin ver», sino a los apóstoles y discípulos que fueron los primeros en reconocer que Jesús había resucitado, a pesar de la escasez de signos visibles que lo testimoniaban. Jesús quiere señalar que es razonable creer el testimonio de aquellos que *han visto* los signos, los indicios de la presencia viva del Señor. No se nos pide una fe ciega, pues se trata de la bienaventuranza prometida a aquellos que humildemente reconocen su presencia partiendo también de signos escasos y dan crédito a la palabra de testigos creíbles, como nos ha sucedido a nosotros.

En el relato de los discípulos de Emaús, narrado por san Lucas, que sucede el mismo día (la noche del primer día), Jesús, después de caminar con los dos, entra en su casa, se sienta con ellos (¡se sienta con ellos!), parte el pan y entonces sus ojos se abren y su corazón arde, como le pasó a Tomás. Así les sucede a los discípulos de los apóstoles y así nos sucede también a nosotros. Jesús se sienta con nosotros y el corazón arde por su presencia. Hoy el Señor vuelve a sentarse con nosotros en la eucaristía, se sienta con nosotros en la vida de todos los días, en nuestra unidad. Por eso Jesús le pide al Padre: «Yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí»<sup>133</sup>. Desde que nos hemos encontrado con Él, nuestra vida ya no es la misma, porque hemos sido insertados –mediante el bautismo y la gracia del carisma– en su cuerpo. Los signos de sus manos y de su costado son hoy los signos de nuestra unidad; signos de la pasión del Señor y de su gloria.

<sup>132</sup> «Fragmentos de difícil interpretación de la Biblia VII, Jn 20,29», en I. de la Potterie, *Storia e mistero. Egesesi cristiana e teologia giovannea*, SEI-30Giorni, Turin-Roma 1997.

<sup>133</sup> Jn 17,23.

San Pablo nos dice: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»<sup>134</sup>. Nace así un deseo mayor de su venida. De la pasión del Señor nace la resurrección que, como un río imparable, atraviesa los tiempos y llega hasta nosotros en los sacramentos, en el sacramento de la Iglesia y en el sacramento de nuestro carisma, abrazado y reconocido por el Papa. Llega también mediante la gracia de estos Ejercicios espirituales y de esta eucaristía. Llevamos entre nosotros los signos inconfundibles de su presencia y la anunciamos al mundo, hasta los confines de la tierra, hasta que Él vuelva.

«“Sí, vengo pronto”. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!»<sup>135</sup>.

---

<sup>134</sup> 1Cor 11,26.

<sup>135</sup> Ap 22,20.

## TELEGRAMAS ENVIADOS

*A Su Santidad el papa Francisco*

Santidad,

unas 32.000 personas, 5.000 de ellas reunidas presencialmente en Rímìni y otras conectadas desde varias ciudades italianas y desde otros países, han seguido estos días los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comuni3n y Liberaci3n.

El título de los Ejercicios era *Fijos los ojos en Jes3s, que inici3 y completa nuestra fe* y han sido predicados por el padre Mauro-Giuseppe Lepori, Abad general de la Orden Cisterciense. Ha sido para nosotros, Santidad, la ocasi3n de retomar el contenido y fundamento de nuestra fe en Cristo, 3nico salvador del mundo. El padre Mauro nos ha acompa±ado en este camino ayudándonos a comprender nuevamente que la fe, reconocimiento de la presencia de Cristo vivo y presente en medio de nosotros, «informa» con su persona toda nuestra vida, haciéndola atractiva y digna de ser vivida. Y que la fe en Cristo tiene la forma de nuestra comuni3n, en obediencia a usted y a la Iglesia, con la preocupaci3n por la unidad de nuestro movimiento y de todos los fieles cristianos. Así hemos podido comprender mejor las palabras que nos dirigi3 en la plaza de San Pedro el pasado 15 de octubre: «No os olvidéis nunca de esa primera Galilea de la llamada, de esa primera Galilea del encuentro. Volver siempre ah3, a esa primera Galilea que cada uno de nosotros ha vivido». Solo en ese encuentro hallamos constantemente palabras de vida eterna que, como sol3a repetir don Giussani, pueden «explicar nuestra existencia» y relanzarnos a la tarea misionera que se nos ha confiado.

Agradecidos por la bendici3n que nos ha enviado y que nos ha acompa±ado en estos Ejercicios, seguimos rezando todos por usted.

*Davide Prosperi*

*A S.E.R. cardenal Matteo Zuppi*

*Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Eminencia reverend3sima,

este fin de semana se acaban de celebrar los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comuni3n y Liberaci3n. Han participado unas

32.000 personas, 5.000 de ellas reunidas presencialmente en Rímini y el resto por conexión, reunidos en grupos en varias ciudades de Italia y otros países.

El título de los Ejercicios era *Fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe* y han sido predicados por el padre Mauro-Giuseppe Lepori, Abad general de la Orden Cisterciense.

El padre Mauro nos ha ayudado a comprender nuevamente que la fe, reconocimiento de la presencia de Cristo vivo y presente en medio de nosotros, «informa» con su persona toda nuestra vida, haciéndola atractiva y digna de ser vivida, y tiene como forma nuestra comunión en obediencia a la Iglesia. Con este trabajo, se ha reavivado en nosotros la tarea misionera que se nos ha confiado.

Agradeciendo su cercanía e invocando su bendición, le envió un saludo muy cordial.

*Davide Prospero*

*S.E.R. monseñor Nicolò Anselmi  
Obispo de Rímini*

Excelencia,

agradeciendo de nuevo su cercanía y el saludo que quiso dirigirnos personalmente, le escribo para informarle de que en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación –titulados *Fijos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe*– han participado unas 32.000 personas, casi 5.000 reunidas presencialmente en Rímini y el resto en varios grupos conectados desde diversas ciudades de Italia y otros países.

La predicación del padre Mauro-Giuseppe Lepori, Abad general de la Orden Cisterciense, nos ha ayudado a comprender nuevamente que la fe, reconocimiento de la presencia de Cristo vivo y presente en medio de nosotros, «informa» con su persona toda nuestra vida, haciéndola atractiva y digna de ser vivida, y tiene como forma nuestra comunión en obediencia a la Iglesia. Con este trabajo, se ha reavivado en nosotros la tarea misionera que se nos ha confiado.

Invocando su bendición para el camino de nuestra Fraternidad, le envió un saludo muy cordial.

*Davide Prospero*

# EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

*A cargo de Sandro Chierici*

María es la primera persona que tuvo el privilegio de poder mirar los ojos de Jesús, y su mirada ya no abandonó nunca la vida de su Hijo. Desde antes de la Anunciación, confiada por completo al designio de Dios, supo confiar a Jesús a la mirada buena de Simeón y lo confía hoy a nuestra mirada.

## *Natividad de María*

- 01 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 02 Icono, escuela de Novgorod, Moscú, Galería estatal Tretiakov
- 03 Carpaccio, Bérgamo, Academia Carrara

## *Presentación de María en el templo*

- 04 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 05 Carpaccio, Milán, Pinacoteca de Brera
- 06 Vrancke van der Stockt, Madrid, Monasterio del Escorial, detalle

## *Desposorios de la Virgen*

- 07 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 08 Rafael, Milán, Pinacoteca de Brera
- 09 Rafael, Milán, Pinacoteca de Brera, detalle

## *Anunciación*

- 10 Tejido copto, Ciudad del Vaticano, Museos Vaticanos
- 11 Paolo Veneziano, Venecia, Academia
- 12 Beato Angélico, Florencia, Convento de San Marcos
- 13 Antonello da Messina, *Annunciata*, Palermo, Galería Regional de Sicilia
- 14 Leonardo da Vinci, Florencia, Uffizi

## *Visitación*

- 15 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 16 Marfil, Salerno, Museo Diocesano
- 17 Pontorno, Carmignano (Prato), Santos Miguel y Francisco

*Natividad*

- 18 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 19 Agnolo Gaddi, Prato, Catedral, Capilla del Sagrado Cíngulo
- 20 Guido Reni, Nápoles, Cartuja de San Martín
- 21 Icono, taller de Rublev, Moscú, Galería estatal Tretiakov

*Adoración de los pastores*

- 22 Matthias Stomer, Turín, Palacio Madama
- 23 Gherardo delle Notti, Florencia, Uffizi
- 24 Lorenzo Lotto, Brescia, Pinacoteca Tosio Martinengo

*Adoración de los Magos*

- 25 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 26 Zillis (Grigioni, Suiza), San Martín, techo de madera, detalle
- 27 Benvenuto di Giovanni, Londres, National Gallery

*Presentación en el Templo*

- 28 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 29 Marfil, Salerno, Museo Diocesano
- 30 Beato Angélico, Florencia, Convento de San Marcos
- 31 Giovanni Bellini, Venecia, Fundación Querini Stampalia

*Huida a Egipto*

- 32 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 33 Juan de Borgoña, Cuenca, Museo de la Catedral
- 34 Caravaggio, Roma, Galería Doria Pamphili
- 35 Caravaggio, Roma, Galería Doria Pamphili, detalle

*Jesús entre los doctores – Jesús hallado en el Templo*

- 36 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 37 Mosaico, Monreale, Catedral
- 38 Simone Martini, Liverpool, Walker Art Gallery

*Vida cotidiana de la Sagrada Familia*

- 39 Rafael, *Virgen del velo*, Chantilly, Museo Condé
- 40 Guido Reni, *La Virgen cosiendo*, Roma, Palacio del Quirinal
- 41 Rembrandt, *Sagrada Familia con ángeles*, San Petersburgo, Museo del Hermitage
- 42 Modesto Faustini, *Sagrada Familia*, Loreto, Santuario de la Santa Casa

*Bodas de Caná*

- 43 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 44 Marfil, Salerno, Museo Diocesano
- 45 Fresco, Dechani (Kosovo), detalle

*María al pie de la cruz*

- 46 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 47 Rogier van der Weyden, *Descendimiento*, Madrid, Museo del Prado

*Lamentación*

- 48 Giotto, Padua, Capilla de los Scrovegni
- 49 Miguel Ángel, *Piedad*, Roma, San Pedro
- 50 Miguel Ángel, *Piedad*, Roma, San Pedro, detalle
- 51 Bellini, Milán, Pinacoteca de Brera

*Pentecostés*

- 52 El Greco, Madrid, Museo del Prado
- 53 Icono, Moscú, Trinidad de Nikitniki

*Dormición de la Virgen*

- 54 Beato Angélico, Cortona, Museo Diocesano
- 55 Jacopo Torriti, mosaico, Roma, Santa María la Mayor
- 56 Paolo Veneziano, Vicenza, Museo cívico

*Asunción al cielo*

- 57 Bartolomeo della Gatta, Cortona, Museo Diocesano
- 58 Tiziano, Verona, Catedral
- 59 Tiziano, Venecia, Basílica de Santa María dei Frari

*Coronación de la Virgen*

- 60 Giotto, *Políptico Baroncelli*, Florencia, Santa Cruz, Capilla Baroncelli
- 61 Jacopo Torriti, mosaico, Roma, Santa María la Mayor
- 62 Paolo Veneziano, Nueva York, Frick Collection
- 63 Bergognone, Milán, San Simpliciano
- 64 Maestro di Cesi, París, Museo Marmottan

*Juicio*

- 65 Miguel Ángel, Ciudad del Vaticano, Capilla Sixtina, detalle
- 66 Miguel Ángel, Ciudad del Vaticano, Capilla Sixtina, detalle





# Índice

---

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO 3

## ***Viernes 14 de abril, por la noche***

SALUDO INTRODUCTORIO 4

INTRODUCCIÓN — «*Mis ojos han visto a tu Salvador*» 11

SANTA MISA — HOMILÍA DE SU EXCELENCIA  
MONSEÑOR GIUSEPPE BATURI 25

## ***Sábado 15 de abril, por la mañana***

PRIMERA MEDITACIÓN — *La fe que informa la vida* 27

SANTA MISA — HOMILÍA DE SU EMINENCIA  
CARDENAL KEVIN JOSEPH FARRELL 47

## ***Sábado 15 de abril, por la tarde***

SEGUNDA MEDITACIÓN — *Para que el mundo crea* 53

## ***Domingo 16 de abril, por la mañana***

ASAMBLEA 77

SANTA MISA — HOMILÍA DE SU EXCELENCIA  
MONSEÑOR FILIPPO SANTORO 93

TELEGRAMAS ENVIADOS 97

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 99

---





